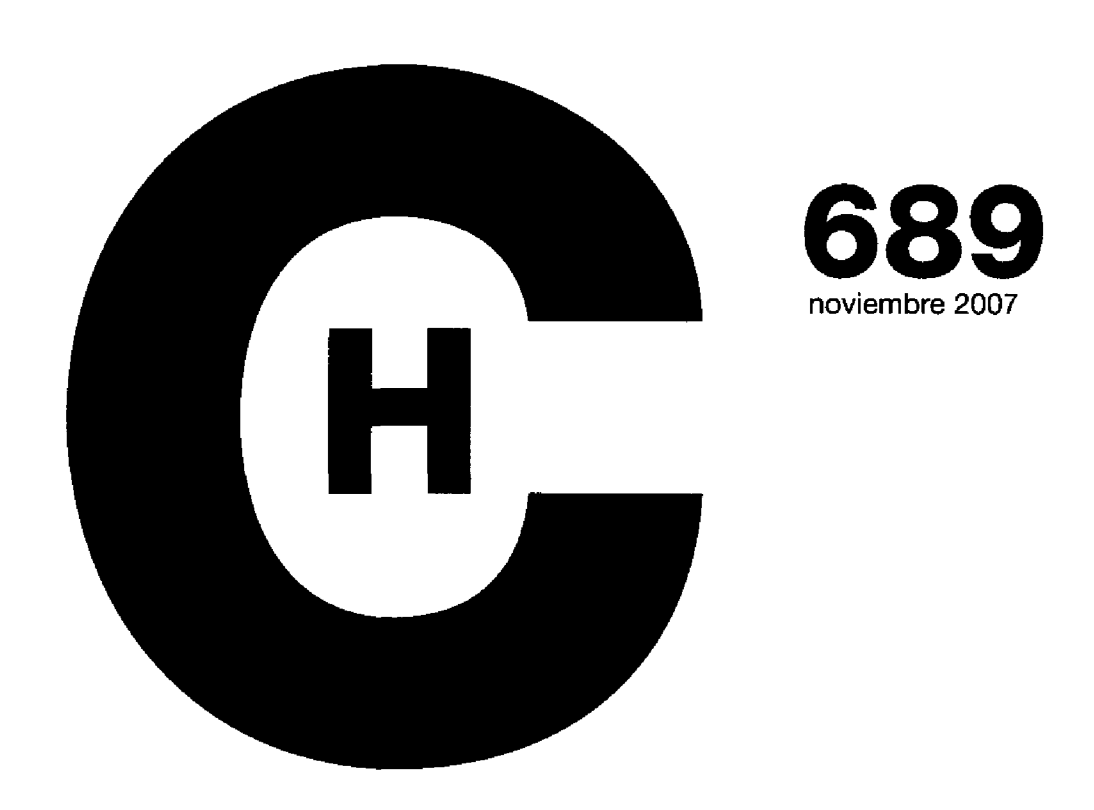


Cuadernos Hispanoamericanos

Agencia Española de Cooperación Internacional



Cuadernos Hispanoamericanos

Esta Revista fue fundada en el año 1948 y ha sido dirigida sucesivamente
por Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, José Antonio Maravall,
Félix Grande y Blas Matamoro.

Director: **Benjamín Prado**

Redactor Jefe: **Juan Malpartida**

Cuadernos Hispanoamericanos: Avda. Reyes Católicos, 4. 28040, Madrid.
Tlfno: 91 583 83 99. Fax: 91 583 83 10/ 11/13. Subscripciones: 91 583 83 96
e- mail: Cuadernos.Hispanoamericanos@aeci.es

Secretaria de Redacción: **Mª Antonia Jiménez**
Suscripciones: **Maximiliano Jurado**
Imprime: Solana e Hijos, A. G., S.A.
San Alfonso 26, La Fortuna, Leganés
Diseño: **Cristina Vergara**

Depósito Legal: M. 3875/1958 – ISSN: 0011-250 X – NIPO: 502-07-006-X
Catálogo General de Publicaciones Oficiales
http://publicaciones.administracion.es
Los índices de la revista pueden consultarse en el HAPI
(Hispanic American Periodical Index), en la MLA
Bibliography y en internet: www.aeci.es

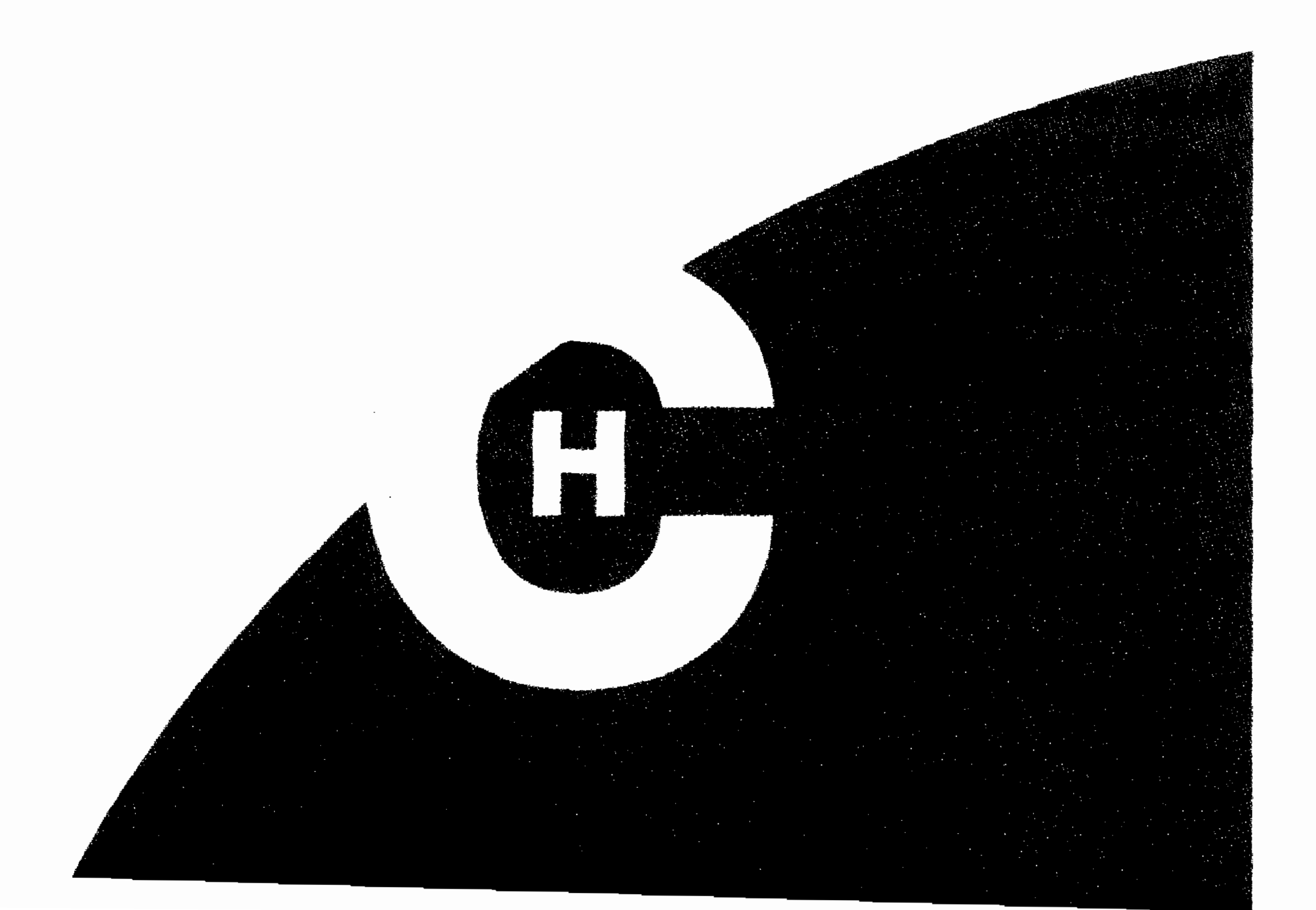
689 Índice

Editorial

Benjamín Prado

La reciente celebración en Quito del Encuentro Internacional sobre Cambio Climático en América Latina, y la dura crítica del presidente de Ecuador, Rafael Correa, contra los países que más contaminan nuestro planeta y que, por lo tanto, son los principales responsables de los desarreglos medioambientales que sufre la Tierra, ha vuelto a encender un piloto rojo en medio de la oscuridad: la oscuridad malintencionada en que intentan mantener estos temas algunos políticos a los que, de un tiempo a esta parte, ya se les añade sin temor el siniestro adjetivo de «negacionistas» y el piloto rojo de la verdad, que es el que sirve tanto para disipar las sombras como para desenmascarar las luces embusteras. No olvidemos que, depende de quiénes lo dirijan, un foco puede servir para alumbrar pero también para deslumbrar, para conducirnos a la ceguera.

Es curioso que en el mundo de la Literatura actual el tema de la ecología sea tan poco frecuente. Una ausencia extraña, sin duda, porque si la Naturaleza siempre ha sido uno de los elementos tradicionales de la escritura para servir, según los casos, de metáfora,



paisaje, telón de fondo o expresión del estado de ánimo de los personajes o los autores, resulta dramático que ese protagonismo se atenúe precisamente ahora que esa misma Naturaleza está en peligro y su saqueo se ha transformado en la prueba más dolorosa de hasta dónde puede descender el ser humano en nombre de la ambición, que es hasta el punto de convertirse en el único ser vivo que destruye su propio hábitat.

Por supuesto que hay a estas alturas muchos autores iberoamericanos que han mostrado su preocupación por la ecología, que militan en la defensa del medio ambiente: a modo de ejemplo, uno de los más perseverantes en este asunto, el poeta Jorge Reichmann, escribe en este número de *Cuadernos Hispanoamericanos*. Pero quizá sería deseable que un tema de tal trascendencia formara parte de la educación elemental en nuestras escuelas y que fuese materia de estudio y reflexión obligatorios. En muchos países se enseña a los escolares a respetar la Naturaleza, se organizan plantaciones de árboles anuales, etcétera. Sin duda, se trata de un gran aprendizaje y no es descabellado soñar que algunos de esos niños podrán dedicarse en el futuro a la Literatura, o al Arte, o incluso a la misma docencia, y que desde esas atalayas sirvan como mensajeros, le recuerden a sus lectores, o espectadores o alumnos que la Naturaleza también es cultura y que su devastación es uno de los mayores actos de barbarie que podemos llegar a cometer.

Y tampoco parece mala idea la que puso sobre la mesa del Encuentro Internacional sobre Cambio Climático en América Latina el presidente de Ecuador, que pidió que la ONU elabore una lista de «las naciones que están acabando con nuestro planeta, de esos terroristas ambientales que van a acabar la vida en el planeta Tierra». Qué buen tema de denuncia para un novelista o un poeta comprometidos con la realidad



El oficio de escribir



Notas de vida y letras (mayo-junio 2007)

Enrique Vila Matas

TOCADO POR EL DEMONIO DE LA ANALOGÍA Y LAS ASOCIACIONES NO EVIDENTES, EL NOVELISTA VILA MATAS NOS OFRECE UN DIARIO INQUIETANTE.

1

En unas instrucciones de Julio Cortázar para tener miedo, doy con un párrafo que habla de un pueblo de Escocia donde venden libros con una página en blanco perdida en algún lugar del volumen. «Si un lector desemboca en esa página al dar las tres de la tarde, muere».

He mirado el reloj. Eran las tres y diez. Hacía años que no creía tan literalmente en lo que leía. De hecho, me ha parecido que seguía vivo de puro milagro, al estilo Maradona, cuya genial capacidad camaleónica no deja de fascinarme, hasta el punto de que me quedé de piedra el otro día cuando le vi reaparecer en *Show Match*, tan aseado y tan distanciado de sus episodios toxicómanos. Qué bárbaro.

2

De Maradona he regresado a Cortázar en un viaje argentino improvisado y me he acordado de *La puerta condenada*, un relato de 1956, donde en un hotel de Montevideo un comerciante oye en la noche el misterioso llanto de un niño tras el armario que tapa una puerta cerrada. El relato de Cortázar comienza así: «A Petro-

ne le gustó el Hotel Cervantes por razones que hubieran desagradado a otros. Era un hotel sombrío, tranquilo, casi desierto. Un conocido del momento se lo recomendó cuando cruzaba el río en el Vapor de la carrera, diciéndole que estaba en la zona céntrica de Montevideo. Petrone aceptó una habitación con baño en el segundo piso, que daba directamente a la sala de recepción».

3

He recordado que mi amiga argentina Vlady Kociancich escribió un ensayo sobre una casualidad de tipo fantástico entre *La puerta condenada* y *Un viaje o El mago inmortal*, un relato escrito por Bioy Casares en aquellos mismos días y de trama idéntica a la de Cortázar. Decía Kociancich que si ya la casualidad argumental era rara, la presencia de otras muchas coincidencias lo enrarecía todo aún mucho más. Petrone, el personaje de Cortázar y el narrador de Bioy tienen la misma profesión y viajan a la misma ciudad, Montevideo (en el Vapor de la carrera, un barco que salía de Buenos Aires a las 10 de la noche y llegaba la mañana siguiente a su destino), y están a punto de registrarse en el mismo hotel sombrío y tranquilo. «A Petrone le gustó el Hotel Cervantes por razones que hubieran desagradado a otros», dice Cortázar. «Juraría que al chofer del taxímetro le ordené que fuera al Hotel Cervantes», se asombra el personaje de Bioy con inquietante perplejidad cuando el taxi se detiene frente al Hotel La Alhambra.

Y aún hay más. Una vista melancólica desde el cuarto de baño aparece casi idéntica en el comienzo de los dos relatos. Y la coincidencia está también en las voces nocturnas de los vecinos de cuarto que despiertan a los personajes: Mientras el llanto enigmático de un niño tras el armario que tapa una puerta condenada impide dormir a Petrone, al don Juan fracasado de Bioy le toca el castigo de una pareja que hace el amor atronadoramente.

4

Bioy Casares, en unas declaraciones de los años ochenta: «Sobre Cortazar le voy a contar que estando él en Francia y yo en

Buenos Aires escribimos un cuento idéntico. Empezaba la acción en el vapor de la Carrera, como se llamaba entonces. El protagonista iba al Hotel Cervantes de Montevideo, un hotel que casi nadie conoce. Y así, paso a paso, todo era similar, lo que nos alegró a los dos».

Y Cortázar, que siempre habló del *poder mágico de los hoteles montevideanos*, decía en una entrevista: «Yo quería que en el cuento quedara la atmósfera del Hotel Cervantes, porque tipificaba un poco muchas cosas de Montevideo para mí. Había el personaje del Gerente, la estatua esa que hay (o había) en el hall, una réplica de Venus, y el clima general del hotel. No sé quién me recomendó el Cervantes, donde en efecto había una piecita chiquita. Entre la cama, una mesa y un gran armario que tapaba una puerta condenada, el espacio que quedaba para moverme era el mínimo».

5

El Hotel Cervantes, en la calle Soriano entre Convención y Andes, continúa en pie. Así que, si algún día voy a Montevideo, iré a verlo y trataré de alojarme en el segundo piso, en una «pieza chiquita», donde tal vez siga estando ese gran armario que tapa la misteriosa puerta condenada. He mirado en Internet y parece que el hotel no ha cambiado mucho, continúa sombrío y tranquilo, aunque mejor será decir relativamente tranquilo. En el viejo garaje del antiguo teatro de al lado han montado un centro cultural, y hace unos años el hotel (se ha sabido que Gardel y Borges fueron sus ocasionales clientes) fue declarado monumento histórico. Por lo visto, el Gran Oriente de la Francmasonería Mixta Universal realizó los días 12 y 13 de Diciembre de 2003, en las instalaciones del hotel uruguayo su VI Gran Asamblea: «La misma se desarrolló en un ambiente de trabajo intenso, donde reinó la fraternidad, la serenidad, la tolerancia y el respeto mutuo».

Como puede intuirse, el hotel no se ha modernizado nada. Ignoro si continúa ahí la mítica estatua del hall, la réplica de Venus, pero lo que es seguro es que los viernes y sábados hay «intercambios de parejas»; acuden los llamados *swingers*, que

«andan ganando espacio en la sociedad montevideana, pero lo pierden en materia jurídica». Es como si el intercambio de parejas quisiera recordarnos el intercambio de tramas en los cuentos de Bioy y Cortazar. Cosas que pasan.

En el blog de una muchachita uruguaya, sin duda completamente ajena al cuento de Cortázar, puede leerse acerca del Hotel Cervantes: «Su teléfono es el 900-7991 y tiene un lugar ganado en el tema *swinger*. Es un hotel viejo y venido a menos, del que me ha dicho mi prima que una vez fue con el novio y vio una cucaracha, y bueno, entonces fue a la recepción a exigir que le devolvieran el dinero». La verdad es que tanto desastre y cucaracha me permiten albergar esperanzas de que hayan dejado intacta la enigmática y condenada puerta, de tal modo que tal vez un día pueda verla y quién sabe si abrirla, aunque sin resolver el misterio nunca.

6

En *Dos ciudades* Adam Zagajewski dice que si la música ha sido creada para la gente sin hogar (es el arte menos unido a un lugar concreto y es sospechosamente cosmopolita), la pintura, en cambio, sería el arte de los sedentarios que se complacen en la contemplación de la tierra natal: «Los retratos afianzan a los sedentarios en la convicción de que sólo si pueden ser vistos viven de verdad». Únicamente los bodegones, y no todos, dice Zagajewski, dejarían al descubierto la indiferencia total y absoluta de las cosas, su cinismo y su falta de patriotismo provinciano. Y como ejemplo cita los jarros pintados por Giorgio Morandi, que no tienen nada ver con Bolonia, la ciudad natal del pintor: son frágiles, esbeltos y llenos de aire.

Quedo preso de imágenes, sospechas y recuerdos. Tal vez todo esto explique, me digo, por qué siempre sentí gran simpatía por los estilizados jarros y botellas de Morandi. Es posible que en mi inconsciente los haya relacionado con la idea de que nada es de ningún sitio concreto y que el estado más lúcido del hombre es no tener nada y sentirse extranjero siempre.

Pero de todos modos ¿qué hace ese estilizado objeto frente a mi sedentario escritorio? Es un jarro azul oscuro que imita a la

perfección uno de los que pintaba Giorgio Morandi. Lo compré hace cinco años en la tienda de un museo de Ferrara y lo coloqué frente a la mesa de mi estudio. De ahí no se ha movido hasta hoy, y siempre lo he considerado ligado a mi casa y al trabajo. Nunca hasta ahora se me ocurrió pensar que ese sencillo y frágil jarro podría ser el símbolo de mis viajes mentales, de cierto nomadismo cerebral. Pero seguramente lo es, porque sin él sería un escritor más sedentario: me da alas el factor Morandi, y a veces hasta me siento al amparo del misterio y la simplicidad de ese jarro. Es más, ahora comprendo por qué de los bodegones de Morandi suele decirse que en ellos está el arte de la pintura mismo con toda su fuerza y su sutileza, su enigma y su simplicidad, su espíritu y su materia.

7

Del único día que he estado en Bolonia recuerdo que, habiendo largo rato mirado hacia arriba, mirado con largo detenimiento la fachada del Palacio de Accursio, incliné la cabeza y vi de pronto a mis pies un tranquilo desagüe de aguas casi estancadas y allí, abandonada, una botella que parecía salida de un cuadro de Morandi, y lo que más recuerdo es que al ver aquel sereno canalillo y la humilde botella solitaria sentí un bienestar sorprendente. En el fondo, un bienestar más que comprensible si uno piensa en el largo y cargante rato que llevaba viendo la pretenciosa y agotadora fachada del palacio italiano.

8

Una vez, compré un libro de relatos sólo porque en la portada había un bodegón de Morandi. Fue hace mucho tiempo, en 1988, y entonces, claro, aún no sabía que un día tendría el jarro azul oscuro frente a mi escritorio. Pero algún mecanismo interno debió moverse en ese momento para que pudiera yo intuir por fin que Morandi y la ausencia de todo patriotismo provinciano tenían que entrar en casa. El libro se llamaba *Narradores de las llanu-*

ras y lo había escrito Gianni Celati, nacido en Bolonia en 1937. Y siempre pensé que el bodegón de Morandi (*Naturaleza muerta*, 1938) estaba ahí porque escritor y pintor compartían el mismo lugar de nacimiento. *Narradores de las llanuras* resultó ser como una versión abreviada de *Las mil y una noches* de nuestros días en un viaje a lo largo del río Po. Era un bellísimo viaje a través del Valle Padama de alguien que iba detrás de historias que contar, a la búsqueda de aquello que llamamos lo maravilloso cotidiano: un viaje casi ritual de retorno a los orígenes de las historias, a la escucha de los narradores orales que hablan de los «hechos de la vida».

Temí esta mañana haber perdido el libro de Celati, pues hacía años que no lo veía. Pero no he tardado en encontrarlo intacto en un rincón de la biblioteca, y ha sido como recuperar un juguete casi olvidado de la infancia, o como haber viajado de forma fulminante hasta el Valle Padama. He releído entonces algunas de las historias simples y llanas de *Narradores de las llanuras* y me ha parecido descubrir que pudo en su momento existir un motivo menos obvio para esa portada *boloñesa* del libro de Celati. Y es que, mirando el mapa de las llanuras que se incluye al inicio del libro, he observado que para seguir el itinerario de los cuentos orales hay que moverse por derroteros parecidos a aquellos por los que se desplazara Morandi cuando en 1913 consiguió esa modesta plaza de profesor suplente en escuelas elementales que le llevó durante dieciséis años a pueblos perdidos de las llanuras y de la Emilia. Su admirador De Chirico dijo de esos años que «para mantener su obra en la pureza, de noche en las aulas desoladas de alguna escuela elemental, Morandi enseñaba a los niños las leyes eternas del dibujo geométrico, el fundamento de toda gran belleza y de toda profunda melancolía». Pero, claro está, cuando compré ese libro de Celati en 1988, no podía saber nada de leyes eternas y todo eso, pues hasta ignoraba la biografía del profesor de dibujo Morandi y su modesto itinerario escolar en las llanuras.

Creen muchos con firmeza que las cosas son únicamente lo que parecen ser y que detrás de ellas no hay nada. Muy bien. Sin embargo, a mí me basta con levantar la vista hacia el jarro que tengo delante para que esa creencia se derrumbe y las leyes eternas del dibujo geométrico, en cambio, permanezcan en pie en su

lugar físico, en su sitio, mientras voy leyendo los signos pasionales de mi alfabeto metafísico.

9

He oído decir que la única manera de cuidar el ánimo es manteniendo templada la cuerda de nuestro espíritu, tenso el arco, apuntando hacia el futuro. Pero yo en este momento estoy solo, y atardece; veo desde mi ventana el último reflejo del sol en la pared de la casa de enfrente. Aunque mantengo templada la cuerda de mi espíritu, lo cierto es que tanto el momento del día como ese último reflejo no me parecen el contexto más adecuado para apuntar hacia nada. Por si fuera poco, me viene a la memoria *Sed de mal*, con Marlene Dietrich, ojos muy fríos e impávida, espetándole rotunda a Orson Welles después de echarle las cartas: «No tienes futuro».

Y es más, me llega de golpe la impresión, a modo de súbito destello, de que cuando oscurece, siempre necesitamos a alguien: todos somos vulnerables, nos sentimos solos, tenemos muchos miedos y necesitamos mucho afecto. Eso aumenta mi impresión de angustia, aunque paradójicamente la impresión misma termina por revelarse muy feliz y oportuna cuando descubro que le hace sombra a todo, hasta a la pared de la casa de enfrente y al último reflejo del sol, y de paso incluso a cualquier idea de futuro.

10

Irrumpe el sol a primera hora de esta mañana, último miércoles de este extraño febrero primaveral. No sé por qué me gusta leer a ciertos autores cuando comentan los libros de los otros. Acostumbro a hacerlo orientado en casa en dirección al sol, cuyos rayos me obligan a hacer un esfuerzo añadido para leer, aunque es un esfuerzo –no me gusta que leer me resulte siempre tan fácil– que acabo agradeciendo. Esta mañana, por ejemplo, acabo de encontrarme con un Julien Gracq fascinado ante unas líneas en las que Proust describe los pasos de Gilberte por los Campos Elíseos. El gran lector que es Gracq se detiene feliz en ese punto en el

que Proust habla de la nieve sobre la balaustrada del balcón donde el sol que emerge *deja hilos de oro y reflejos negros.*

«Es perfecto», comenta Gracq, «no hay nada que añadir: he aquí una cuenta saldada en toda regla con la creación, y Dios pagado con una moneda que tintinea con tanta solidez como una moneda de oro sobre la mesa del cajero». Lo que a mí me parece que en realidad es perfecto es el comentario de Gracq. Se me ha quedado su moneda tintineando en la memoria. Y, quién sabe, tal vez también sea perfecta la mañana. Breve arrebato de alegría y de fiesta leve, gracias tan sólo a unos pocos destellos de sol y lectura. Como si hubiera iniciado una segunda vida.

11

Dejo el televisor funcionando y regreso horas después, al atardecer, y no me sorprende lo más mínimo que pongan todavía lo mismo.

12

Siento algo parecido a haber perdido peso durante la noche y al mismo tiempo haber discretamente aumentado mi euforia, sólo de dormir y soñar. Buen despertar de este primer día de marzo, cumpleaños de mi padre. Reaparición del optimismo intermitente. El día está cargado de citas. Primero, con los padres. Después, con algunos amigos. Siempre he llegado tarde a todo. Lo digo porque no ha sido hasta hace poco que he aprendido por fin a valorar en su justa –grandiosa– medida, la suerte inmensa, el lujo vital que representa la existencia de unos contados, muy escogidos íntimos; haber conservado en el tiempo un círculo privilegiado de seres queridos. Mejor que cualquier libro, la conversación con los padres, con la amiga y el amigo. Pensar que están todavía ahí y que todo es terriblemente vulnerable y que conviene estar alerta. Los amigos son una segunda existencia.

Ese es el estado de las cosas cuando al mediodía doy una vuelta por el barrio antes de acudir a las citas. Jamás me había encon-

trado ante una jornada con tantas altas perspectivas. Y mientras paseo, me deslumbra, y hasta llega a herirme, un furtivo destello de sol, demasiado perfecto. Lo saludo como si también fuera un amigo. O una madre. O una segunda vida.

13

«Un optimista es el que sabe de sobras que la televisión está podrida, mientras que un pesimista es el que lo descubre cada día» (Peter Ustinov)

14

La semana pasada en Madrid, viendo con Paula la asombrosa exposición de M. C. Escher, me acordé de que *Relatividad*, con sus escaleras entrecruzadas, era uno de los grabados preferidos de Roberto Bolaño, tan amante como Escher del arte de lo imposible. No sabía yo nada de la biografía de este obsesivo y geométrico artista holandés, en cuyo mundo sólo hay construcciones mentales. Recuerdo que me llamó la atención que la arquitectura renacentista de Roma, ciudad donde Escher vivió una larga temporada, no le dijera mucho. Es más, sólo le interesaba cuando tenía iluminación nocturna. Quiero suponer que Escher no tenía muchas relaciones con el sol, tan sólo con sus destellos, siempre y cuando, claro, le llegaran con vigor eléctrico.

15

Por la noche, en casa, no me sorprende nada ver que siguen y siguen poniendo en la televisión lo mismo. Queriendo ser indulgente con ellos, diré que continúan hablando en todos sus programas de la teoría del *error inicial*, siguen diciendo que en toda vida hay un error preliminar, aparentemente trivial, un falso razonamiento que engendra a su vez otros errores. Ese es el estado de las cosas, para qué negarlo. Trato de hallar en mi vida ese fallo pri-

mero, ese error inicial que desencadenó tantos equivocos. Busco encontrar ese error en lo primero que creí entender y que debió ser la historia del pecado original. Pero no, pronto veo que no es necesario que me remonte tan lejos. En realidad, el famoso y bíblico pecado original no fue otro que encender el televisor. Aún así, deseos de seguir adelante. Deseos de ser piel roja y de continuar estudiando a Escher y de buscar destellos geométricos y de cruzarme emocionadamente con los seres queridos y ser optimista siempre. Faltaría más ©

Los otros
Luis García Montero

GARCÍA MONTERO DEFIENDE LA CONCIENCIA RESPECTO AL OTRO COMO UNA PLURALIDAD AMPARADA POR LA JUSTICIA Y AL LEY.

A lo largo de mi vida he pasado muchas horas caminando por el laberinto de la literatura. Las galerías interminables de los siglos y los géneros nos enseñan lugares previsibles y cosas inesperadas, tópicos que se ocultan orgullosos en las sombras y enigmas profundos y humildes que descansan de la curiosidad ajena a la luz del día. Pero todos los caminos conducen, entre el orgullo y la humildad, entre los tópicos y los enigmas, a nuestras propias obsesiones, que se abren en el tiempo, y se convierten en laberinto, y se hacen literatura. Una de mis obsesiones ha sido la relación con los otros que se evidencia en los libros, en los recursos estéticos y en el hecho literario. Vivimos una época que ha renunciado a los espacios públicos. Más que en las bellas banderas y en los contenidos de las protestas, el poder ideológico de la literatura descansa hoy en la defensa íntima del espacio público que supone el hecho literario, un pacto entre autor y lector, una cita a la que acuden dos soledades, dos conciencias, para mantener un diálogo. Obsesionado por el diálogo con los otros, me he preguntado muchas cosas en el laberinto de la creación y de la lectura. Y todas las preguntas conducen a Roma. ¿Por qué se ponen tristes los poetas cuando hablan del amor? ¿Qué miedo social está escondido en los ojos de las mujeres fatales? ¿Por qué mentimos al inventar paraísos o héroes bellos cuando hablamos de paisajes y figuras desconocidas? ¿Por qué caricaturizamos aquello que deberíamos conocer con exactitud? Me pregunto estas cosas, y sigo caminando por un laberinto de pasos perdidos.

1. *Ni una cosa...*

Ama a tu prójimo como a ti mismo. No se trata de una ingenuidad, sino de uno de los mandatos más sádicos de la historia de la humanidad. Basta con tener cierta edad para comprenderlo, con asistir al espectáculo del mundo desde una butaca fría. Un corazón desnudo en el espejo es mal camino para acercarse a los demás. Todo se llena de arrugas o de mentiras. Pretender amar al prójimo como a uno mismo encierra más crueldad que la consideración pesimista del hombre como un lobo para el hombre. Encierra más crueldad incluso que la idea de que el infierno son los otros. Los individuos no suelen tratarse bien a sí mismos, se destruyen, se odian, son incapaces de aplicar de forma metódica la moral saludable del interés, y llevan el amor propio y el egoísmo a una violencia de primera persona del singular, la más violenta entre todas las personas del verbo. Sólo resulta sensata una versión negativa de esta idea, la disciplina de no hacerle a los demás lo que no quisieras que te hiciesen a ti, o la decencia de no poner al otro en un lugar inhabitable para ti mismo.

La poesía contemporánea enseña que para tratar bien a los demás conviene que uno mismo se borre un poco. Un poeta empeñado en llenar los versos de modo abusivo con su propia personalidad no deja hueco para que entre el lector. Jaime Gil de Biedma fue un maestro en este arte de afirmar borrándose. Estar ahí, muy ahí, pero dejando espacio para el otro. Quizá su poesía haya servido tanto a los demás porque supo colocar en su dormitorio espejos crueles para mirarse a sí mismo, con intención de aprender lo que era necesario borrar. Los buenos poemas del siglo XX son ejercicios espirituales laicos. Cuando el poeta se mira a sí mismo, no ve nada bueno. Jaime Gil de Biedma escribió «Contra Jaime Gil de Biedma»:

> De qué sirve, quisiera yo saber, cambiar de piso,
> dejar atrás un sótano más negro
> que mi reputación –y ya es decir–,
> poner visillos blancos
> y tomar criada,
> renunciar a la vida de bohemio,

si vienes luego tú, pelmazo,
embarazoso huésped, memo vestido con mis trajes,
zángano de colmena, inútil, cacaseno,
con tus manos lavadas,
a comer en mi plato y a ensuciar la casa?

¿Conviene amar al prójimo como a nosotros mismos? El personaje de Jaime Gil de Biedma asumió aquí la misma lección moral que el buscón Don Pablos. De nada sirve cambiar de lugar si no puede cambiarse de condición. Claro que Jaime habitaba un mundo muy distinto al de don Francisco de Quevedo. El poeta contemporáneo tiene límites, está obligado a vivir en su propia casa. Por mucho que pretenda el orgullo narcisista, una casa nunca llega a convertirse en un templo. Se trata de una suerte, porque lo verdaderamente grave es mezclar la idea de amar al próximo como a ti mismo con el mandamiento de amarás a Dios sobre todas las cosas. Luis Cernuda se detuvo con rabia en su trabajo y meditó con fortuna en la evolución de su poesía al descubrir que cualquier hombre puede existir sin Dios, pero que ningún Dios existe sin los hombres. Para que existan los dioses parece obligado que los hombres no tengan muy buena opinión de sí mismos, que duden de sus intenciones y de su decencia, que sean proclives a sentirse pecadores. El individuo religioso se maltrata, alberga una pobre imagen de su autonomía moral, de su capacidad de resistencia ante las tentaciones, y necesita una totalidad en la que diluirse.

El moralismo de Quevedo resulta inseparable de un masoquismo autogestionado con mano dura. Sentía un placer muy significativo al degradarse como ser físico y espiritual. Abundan, entre las carcajadas de su obra deslumbrante, algunas confesiones de este jaez: «Yo, miserable gusano, que habiendo pasado tantos siglos antes de mi nacimiento sin ser algo, el haber sido algo y ser tierra y ya ceniza es prodigio para la incapacidad de mi miseria». El desahogo patético de Quevedo pertenece a *La cuna y la sepultura*, título que recoge el matrimonio preferido por los pesimistas del mundo, dispuestos a borrar cualquier geografía intermedia entre la vida y la muerte. Son estos pesimistas los que luego se empeñan en amar a los demás como a ellos mismos. Quevedo

conocía sus cunas, quiero decir sus tradiciones, y necesitaba arrodillarse con humildad ante los peligros del pecado. Podía recitar sin extrañarse estas palabras con las que San Agustín sermoneó a unos obispos reunidos en Cartago: «¿Qué cosa buscas alrededor de ti de la que Él te libre cuando te libra del mal? No vayas más lejos, no apliques en todas direcciones la sagacidad de tu inteligencia. Vuelve a ti mismo, mira dentro de ti mismo: tú eres aún el mal. Así pues, cuando Dios te libra de ti mismo, te libra del mal. Escucha al Apóstol, y aprende de él de qué mal has de ser liberado. Me deleito –dice– en la Ley de Dios, según el hombre interior, pero siento otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado, que está... ¿dónde?, me encadena –dice– a la ley del pecado, que está en mis miembros».

Con esa idea que los fieles suelen tener de su propia condición, convendremos en que es una crueldad ordenarles que amen a los demás como se aman a sí mismos. El pecado era concebido en la Edad Media como un proceso de invasión del alma por los impulsos del cuerpo, un proceso de animalización. A partir de ahí, la imagen de los otros como enemigos supone la proyección de la parte animalizada de uno mismo. La observancia flageladora de la autodisciplina se convierte en pasión violenta ante los otros, es decir, ante los que fueron condenados a quedarse al margen de la totalidad litúrgica de lo sagrado. Se mata con lujuria, se ama asesinando. Visto el paisaje desde hoy, la lección debiera ser fácil e inmediata. Mejor que tratar a los demás como al animal que somos, suele dar resultado perder un poco de la propia identidad, borrarnos para borrar al otro, para respetarlo no por lo que es, sino por lo que no es del todo, por lo que no somos del todo, por no ser del todo moros, judíos, cristianos, vascos, andaluces, sino simples ciudadanos, sin legitimación para proyectar una identidad totalitaria e infectada hacia los otros. Sólo una razonable prevención ante las identidades permite el reconocimiento de derechos en uno mismo y en los otros. El camino contrario, ya sea en la formulaciones modernas, ya sea en las descarnadas verdades medievales, conduce a los *Castigos y documentos* del rey Sancho IV de Castilla: «No quieras pecar ni tener gran mestizaje con judía ni mora, porque la judía es de otra ley contraria de la tuya; y la mora es mujer de otra creencia que pretende el daño y la deshonra de la

tuya. ¿Qué te diré más? El moro no es sino perro y la mora no es sino como una perra. Y quien peca con mora por cumplir su voluntad, hace tanto como si pecase con perra o con bestia, pues no tiene ley ni creencia».

Son palabras expresivas, pero no debemos escandalizarnos mucho. En el fondo no era muy diferente el trato que se dispensaba a las mujeres cristianas. El cuerpo de la mujer en la Edad Media pertenecía de forma muy visible al ámbito de la animalización. Las serranas del *Libro de Buen Amor* dejan poco lugar a dudas. Son mujeres fuertes, capaces de cargar en hombros a los viajeros, llevarlos a lugar secreto con intención de violar, robar y asesinar. La mujer cruda de la sierra enseña la animalidad que ocultan los afeites de la corte. Cuando el pecado engaña con la piel de la belleza, la tarea del escritor medieval es despejar el panorama, quitar la máscara, mostrar el veneno. Es lo que hizo el Arcipreste de Talavera, Alfonso Martínez de Toledo en su tratado sobre las mujeres. Aunque el *Corbacho* ofrece un festival de citas a los estudiosos de la literatura, elijo ésta relacionada con la hipocresía: «La mujer tiene dos caras y es cuchillo de doble filo. No hay duda de ello, porque cada día vemos que una cosa dice la boca y otra cosa esconde el corazón. No hay hombre en el mundo, por mucha amistad, familiaridad, conocimiento o privanza que tenga con una mujer, que pueda saber sus secretos. La mujer jamás hablará con él de manera fiel y leal. Siempre se guarda, siempre está recelosa, siempre esconde y retiene algún secreto en un rincón de su corazón, que no descubre para no ser señoreada, ni que otro conozca su voluntad y su corazón». Así que no hay tanta diferencia entre una mora y una cristiana. Las dos son mujeres, aliadas del cuerpo y del secreto.

El secreto sirvió en la poesía cortesana de finales de la Edad Media para constituir al sujeto humanista, un secretario de sí mismo. La sociedades sacralizadas confunden el secreto con el pecado, con las tretas femeninas, con aquello que escapa a la vigilancia de la congregación y sólo puede ser castigado por Dios. Celestina no supo guardar secretos, Calisto tampoco, y era ridículo cometer pecados sin el amparo del secreto. A la luz pública, sin el afeite de los sentimientos cortesanos, los amores de Calisto y Melibea evidenciaron su locura animal, el carácter hueco de su

retórica, el patetismo de su tragicomedia. Los afeites, la retórica y el secreto guardaban con envoltura engañosa el mal. Pero cuando los individuos empezaron a negarse a ser *señoreados*, cuando quisieron vivir de acuerdo con su propia voluntad, el secreto fue el ámbito en el que se elaboró la intimidad de las nuevas condiciones subjetivas. Quien decide con libertad tiene sus manías, sus intereses, sus razones. Desde entonces los poetas escribieron largamente sobre aquello que no se podía decir, hablaron aprendiendo a callar, desde el nombre de la dama que no debía ser deshonrada hasta las ilusiones esquivas que se negaban a tomar forma en palabras impuras. El secreto determinó, según el radio de sus movimientos, las fronteras entre la intimidad subjetiva y los otros.

Así se trazó el mapa de las ilusiones ilustradas. La inercia del secreto cobró una forma social sólida con el paso de los años. La intimidad subjetiva aprendió a relacionarse con los otros, equilibrando la oportunidad de sus palabras en las diversa situaciones geográficas que ofrecían la alcoba, la casa y la plaza. Se delimitaron bien las fronteras de la intimidad, lo privado y lo público, y cada espacio tuvo sus pactos, sus negociaciones, sus exigencias de verdad, sus dominios lingüísticos. Las palabras podían quedarse en la punta de la lengua, convertirse en un murmullo de sofá o saltar por los aires de la ciudad en forma de pregón, discurso o arenga. Las pasiones más turbias vivieron sometidas al ámbito de la estricta intimidad. Las singularidades familiares constituyeron el espacio privado, con su justificación sentimental, sus recuerdos y sus ilusiones particulares. Y el espacio público maduró al conseguir tomarse en serio los procesos de abstracción, la borradura de las identidades particulares, la exigencia de un ámbito neutro en el que todos los individuos fuesen considerados iguales ante la ley. Fue entonces cuando los individuos se hicieron ciudadanos, personas conscientes de la geografía de su secreto, de los espacios oportunos para hacer valer sus pasiones más turbias, sus particularidades familiares o sus derechos sociales.

Algunas cosas no se pueden mezclar sin producir un inmediato espectáculo de degradación. Los secretos de alcoba aireados por personajes y periodistas sin pudor sólo provocan las mezquinas risotadas de la telebasura. Ocurre los mismo cuando se mez-

cian derechos democráticos universales con herencias particulares. Construir un espacio público en base a la identidad es incompatible con la convivencia social en un Estado de Derecho y en un mundo globalizado. Por eso resulta tan peligrosa la tendencia, muy de moda hoy por diversos motivos y por caminos ya nada sutiles, de imponer identidades fuertes como proyecto político, o convertir las discusiones públicas en discusiones sobre la identidad. La geografía pública sólo es democrática, sólo trata igual a todos los ciudadanos, al reconocerse como un dominio neutro, vacío, sin credos particulares. Cuando las consideraciones sobre el otro se producen en un mundo globalizado y en un espacio público que pretende tener su propia identidad definida, está asegurado el conflicto religioso, nacionalista, racista o económico. Y el problema no es tanto el conflicto, sino la forma de plantearlo, ya que enfocado así no deja huecos para una verdadera solución democrática.

Llegados a este punto conviene aclarar algunos detalles para no tomarle el pelo al lector. Estoy utilizando el concepto de identidad tal como suele aparecer en los medios de comunicación, es decir, muy confundido con la práctica de la caricatura. No es lo mismo una caricatura que una experiencia histórica concreta. La caricatura surge por un proceso vicioso de abstracción, una elaboración costumbrista de la realidad que se condensa en un solo rasgo, y siempre muy exagerado. Se manipulan los sentimientos y las contradicciones propias de cada experiencia histórica. Estar contra la caricatura del andaluz vago, el catalán tacaño, el gallego hipócrita, o el moro irracional, no significa negar que las experiencias históricas perfilan educaciones sentimentales, con atención particular a determinados conflictos y formas de conciencia. Todos debemos ser iguales ante la ley, pero en la realidad no es lo mismo ser pobre o rico, mujer u hombre, homosexual o heterosexual, marroquí o europeo, campesino andaluz obligado por la pobreza a ingresar en la Guardia Civil o hijo de una alta burguesía con sueños patrióticos. La caricatura extrema identidades reales que sólo llegan a desaparecer con un proceso de abstracción violenta cuando afirmamos que todos somos iguales ante la ley. Ningún análisis democrático puede desconocer la existencia de este tipo de contradicciones.

Si se plantean desde el punto de vista de la experiencia histórica, los conflictos de identidad pueden encontrar soluciones democráticas dentro de un Estado de Derecho, con capacidad de promover políticas discriminatorias de equilibrio y amparo social ante las carencias concretas de los ciudadanos. Pero si las cosas se plantean de forma caricaturesca, haciendo que un andaluz sea sólo un andaluz, y no un ciudadano con una experiencia histórica y unas necesidades concretas, el conflicto se convierte en una discusión de esencias, de verdades incuestionables, sin posible solución democrática. ¿Para qué molestarse en analizar las carencias y los conflictos de unos ciudadanos particulares? Resulta más cómodo caricaturizarlos, convertirlos del todo en moros, judíos, vascos, españoles, homosexuales, guardias civiles o perros rabiosos, sin tener que considerarlos como seres humanos que viven en sociedad, ciudadanos en un Estado de Derecho. La caricatura es el primer paso en el camino de la animalización. Convertidos los individuos en animales, las reglas democráticas dejan de tener sentido. A una persona es difícil pegarle un tiro en la nuca. Cuesta menos trabajo acabar con un perro moro, judío o español. A unos ciudadanos de derecho es difícil dejarlos sin voz en la solución de sus conflictos. A unos animales locos puede dejárseles sin derecho a opinar, impidiendo con pactos políticos que sus representantes democráticos intervengan en las decisiones. Para la vida, lo único irreparable es la muerte. Para un Estado de Derecho es tan grave la violencia de un terrorista, como la cancelación de los derechos políticos de los ciudadanos libres. Y ahora no hablo de la Edad Media, sino del país en el que vivo. Mientras hay jóvenes que asesinan en nombre de la Patria Vasca, los dos partidos mayoritarios españoles firman un pacto para arreglar el conflicto al margen de los partidos que gobiernan en el País Vasco por decisión democrática de los ciudadanos. Los asesinos patriotas odian la vida y la libertad de su patria. Los políticos democráticos temen la democracia.

Muchos episodios conocidos de nuestra historia literaria repiten el mecanismo de proyección que hace de los otros una percha para la ropa vieja que tiramos, una encarnación de todo aquello que expulsamos de nosotros mismos. El hombre medieval, que se sabía animal pecador, encarnaba en la mujer su condición peca-

dora, multiplicada por cien cuando las caderas y los pechos perturbadores pertenecían a una religión extraña. Los otros llevan en su cuerpo todo nuestro mal; podemos así excluirlos de nuestros bienes. Cuando se expulsaba a un judío de España, se expulsaba la parte pecadora del español católico. Cuando se expulsa hoy a un subsahariano de nuestra tierra, estamos librándonos de nuestra posibilidad de fracaso, de nuestra pobreza, nuestro miedo a no tener la identidad de los elegidos. Las leyes internacionales y el pragmatismo político no ocultan las contradicciones de una razón objetiva, universal y democrática. Pretendemos imponer una identidad en el espacio público, ocupar la geografía que no debe habitarse. Las motivaciones puramente económicas son la raíz del problema, pero no la justificación, porque en nombre de la economía más dura ninguna conciencia humana puede llegar a legitimar con comodidad la miseria, el abandono y el crimen. Los adornos son, pues, tan peligrosos como las pasiones egoístas, y conviene entender los procedimientos mentales que nos convierten en cómplices de un genocidio.

A partir de una definición del otro perfilada por el odio, algo parecido a *odia a los otros como odias lo peor de ti mismo*, cualquier relación se convierte en un duelo entre el bien y el mal. Cuando el otro queda animalizado, la violencia ejercida sobre él parece una trivialidad o un remedio justo. La actuación del héroe no pone en peligro la dignidad propia, representa la lucha de una verdad justiciera enfrentada a una fiereza hostil que debe ser finalmente derrotada. Cada duelo actualiza una batalla anterior, original, ya librada entre Dios y el Demonio, o entre la Virgen y la Serpiente, o entre la salud económica y la miseria. Los combates son ritos llamados a repetirse. Claro que no conviene confundir los duelos propios de las sociedades sagradas y laicas, tanto por lo que se refiere a la voluntad de entender al otro como por lo que alude a la violencia. La mirada laica está mucho más capacitada para asumir la realidad del otro como un ser complejo, definido por sus derechos y sus deberes. Pero también está más expuesta al miedo, y –por lo tanto– a los excesos del miedo, olvidando la propia dignidad y poniéndose en manos del monstruo que lleva dentro. En las sociedades sacralizadas el valor formaba parte del código victorioso, porque los héroes encarnaban una

verdad invencible y ya escrita por la mano segura de Dios. Ahora, en los códigos del bienestar, el prestigio de la mano dura o de una fuerza épica prefiere organizarse alrededor del miedo colectivo, bajo la amenaza de una posible derrota. Al fin y al cabo el futuro no está escrito. Los poderes científicos han alcanzado la seguridad propia de Dios, y existe más desigualdad que nunca entre los ejércitos que protagonizan los conflictos armados. Pero la leyenda que flota en el aire es la del fuerte que puede perder ante el débil si no ejecuta con decisión su poder. Se trata de decisiones tan dolorosas como necesarias. El poderoso derrota al débil por obligación. Antes era al revés, los poemas contaban la leyenda del débil que gana al fuerte porque estaba legitimado por una verdad. David derrotaba al gigante Goliat, y el caballero justo doblegaba a la bestia.

Resultaba, desde luego, aleccionador que se cantara la braveza de los héroes del bien, como se hace en la batalla entre el Cid Campeador y el rey Búcar: «Buen caballo tiene el rey Búcar, y va saltando con ligereza; pero ya Babieca, el del Cid, le va dando alcance. Al fin, a tres brazas del mar, logra emparejarle: levanta en alto la Colada y le descarga un furioso tajo, que, arrancándole los carbunclos del yelmo, le abre la cabeza abajo hasta la cintura. Mató a Búcar, el rey allende del mar, y ganó a Tizona, la espada que bien vale mil marcos de oro. Venció la maravillosa y gran batalla». No era una mala lección la del héroe capaz de abrirle al otro de un solo golpe el cuerpo, de la cabeza a la cintura. La rabia tiene sus ventajas.

Pero no se trataba de la lección definitiva, porque el heroísmo era compatible con la derrota, con el sacrificio. Más allá de la vida, el desenlace final del duelo estaba asegurado por amparo de una fuerza superior invencible. El *Cantar de Roldán* supo explicar la victoria del derrotado: «Cuando Turpín de Reims se siente derribado, con el cuerpo atravesado por cuatro lanzadas, el barón se yergue ágilmente, contempla a Roldán, corre hacia él y le dice estas palabras: *¡No estoy vencido! Un buen vasallo no se arredra mientras viva.* Desenvaina Almancén, su espada de acero bruñido, y en la gran refriega da más de mil golpes. Luego dijo Carlos que no perdonó a nadie, porque encontró a su alrededor unos cuatrocientos sarracenos, algunos heridos, otros atravesados por

la mitad, y otros hubo con la cabeza cercenada». Luego dijo... Carlos, el emperador, la encarnación de la justicia, impone un final justo. La muerte de Roldán, enfrentado él solo a cuatrocientos sarracenos, abre el camino a la ley de un ser más poderoso, que reconoce los sacrificios del vasallaje y sabe decir, hacer justicia. Los herederos de Cristo sabían morir según la voluntad del Padre. Los telespectadores contemporáneos han aprendido a colocar en la literatura y el cine de las minorías cultas la leyenda del héroe perdedor, arañado por las soledades y la incomprensión de la ciudad. A la hora de pensar en la vida real, prefieren que la leyenda asuma la eficacia contundente de Rambo.

La violencia, la vieja y cruel señora de la Historia, sigue imponiendo su ley con mano firme sobre los seres humanos, y ejerciendo toda la sabiduría que ha aprendido en siglos de odios tribales, en los barcos repletos de cadenas y de esclavitud, en los sótanos malolientes donde durmió la mano de obra barata de las ciudades industriales, en los barracones lejanos y anónimos que albergan las tragedias del hambre, en los laboratorios fríos que calculan los efectos de las armas de destrucción masiva. La violencia, agitadora con miles de años de experiencia, sigue llamando a las armas con voz altisonante, desde los púlpitos y las templos atestados de fieles, desde las tribunas de los políticos, desde las tabernas sentimentales de las patrias, desde los rincones oscuros de la miseria o del negocio, desde los medios de comunicación que cuentan la historia al hombre o a la mujer que vuelven a casa, y buscan la tranquilidad de su domicilio, y abren una cerveza delante del televisor. La señora cruel de la Historia vive bien, muy bien, en unos conflictos de difícil solución, porque los débiles se siente David, seguros de su victoria final, y los poderosos prefieren vivir con miedo, un miedo que cierra los ojos y confunde la firmeza de la razón con la mano dura de la violencia. Débiles y fuertes responden a su caricatura, a su animalización, con unas misiones claras que cumplir. Vencer es la consigna en un mundo planteado como competencia. Aprendemos a vivir con la culpa y la moral del sacrificio, y luego amamos al prójimo como a nosotros mismos.

El padre de Jorge Manrique supo cumplir su misión en la tierra. Llevó a cabo el mandato de Dios:

No dejó grandes tesoros,
ni alcanzó grandes riquezas,
ni vajillas,
más hizo guerra a los moros,
ganando sus fortalezas
y sus villas.
Y en las lides que venció,
muchos moros y caballos
se perdieron,
y en ese oficio ganó
las rentas y los vasallos
que le dieron.

Don Rodrigo mató muchos moros y caballos, ganándose así un lugar en el cielo y unas rentas en el valle de lágrimas de la tierra. La imaginación de un moro enemigo tuvo efectos prácticos en la España Medieval. El sentido providencialista de la historia, la exaltación del héroe y la demonización del otro, facilitaba bienes precisos a la hora de justificar las decisiones bélicas. La caricatura de los «perros malditos» que elaboran cronistas como Juan Barba, Pedro Mártir de Anglería, Alonso de Palencia, Hernando del Pulgar, Andrés Bernáldez o Diego de Valera sirvió después para animar y justificar las guerras contra el moro como sentido natural de la Historia. A pesar de haber visto ya de todo y de tener la vista cansada, no deja de sorprender, cuando analizamos con detenimiento las razones de los conflictos, que la señora violencia siga actuando con tanta impunidad en el juego de las verdades y las mentiras. El poder tecnológico de la modernidad no se ha utilizado para buscar alternativas de progreso común, sino para hacer más verosímil la leyenda de las crónicas guerreras. Desde el propio lenguaje, desde las metáforas que pretenden dar fuerza a los titulares, hasta la explicación de las situaciones previas, los medios ofrecen una imagen precisa de los «perros malditos» de turno, configurando una identidad sólida del enemigo (violento, peligroso, irracional, resentido) que nos permite dejarlo fuera de nuestras consideraciones morales y de las reglas de la democracia. Sin convertir el conflicto en un problema de identidades, planteado sólo como una cuestión de ciudadanos o de simples seres humanos,

sería muy difícil aceptar los métodos empleados por los países democráticos que han provocado un genocidio en Irak.

Convertido en animal rabioso el enemigo, es más desagradable un noble espectáculo taurino que una matanza humana. Las corrientes de opinión cumplen así una tarea legendaria que suaviza el malestar de las conciencias. En fin, desde la pura racionalidad neutra, sin un compromiso mayor que el de las exigencias morales del ciudadano, se entiende bien el estado de ánimo de Rafael Sánchez Ferlosio al escribir *Vendrán más años malos y nos harán mas ciegos* (1993): «¿Qué es esto? El hombre se azuza a sí mismo o se pone bozal, como si fuese su propio perro; se arrea a latigazos sobre sus propias nalgas o, embridado por propia mano y propia voluntad, refrena su carrera estirándose hacia atrás las comisuras de los labios, con el hierro del bocado, como si fuese su propio caballo; o, en fin, si hay que clavar un clavo, se empuña por los tobillos y golpea con la nuca la cabeza del clavo, como si fuese su propio martillo. ¡María santísima, qué barbaridad!». El proceso de animalización, propia y ajena, ha tenido sus utilidades en los tiempos modernos. En lo que va del siglo XXI, ya hemos visto torturar, ejecutar con tiros en la nuca, construir campos de concentración, elevar muros, secuestrar, bombardear escuelas, reventar estaciones de ferrocarril o aeropuertos, comprender la autoridad de censura e inquisición de diversos mandarines religiosos, y desencadenar un genocidio, y siempre se ha encontrado un motivo para decir que la tortura, los asesinatos, los campos, los muros, los secuestros, las matanzas infantiles y los genocidios se justificaban en nombre de la democracia. Los viejos revolucionarios son hoy mucho menos útiles, y mucho menos molestos en el mundo de la justicia que los ciudadanos demócratas que quieran vivir de acuerdo con las leyes y la razón de su cultura ilustrada.

Las cosas del pasado están muy presentes. La anestesia moral consiente el crimen, pero permite la vida en Oriente y en Occidente. La verdadera desesperación no sólo muerde en las ilusiones del filósofo ilustrado al leer o ver lo que ocurre en el mundo, sino sobre todo al asistir al espectáculo de lo que se cuenta. Sin anestesia moral sería muy difícil que los ciudadanos más sensatos, decentes padres y madres de familia, no se reunieran en la

asamblea o en los parlamentos y acudieran, armados de antorchas, a quemar las redacciones, los sótanos, las calculadoras, las banderas de la Historia contemporánea. La tecnología moderna ha actualizado el poder épico de la movilización, incorporando una nueva fuerza: la desmovilización. Ahora resulta más difícil que un inocente se atreva a afirmar en voz alta que el rey está desnudo. La naturaleza virtual extrema algunas estrategias de las sociedades sacralizadas, lo que suele ser rotundo, como hemos visto, a la hora de definir al otro. El poder divino que permite al Conde Roldán, a Walter de Hum y a Turpín de Reims enfrentarse a «mil sarracenos de a pie y cuarenta mil de a caballo», está hoy ocupado por una superioridad tecnológica desmesurada en el duelo del fuerte contra el débil. La misma tecnología ha conseguido desplazar el credo religioso, al sustituir ahora la realidad por la propaganda. Resulta imposible no confundir la realidad de la historia con la realidad de la propaganda. Hay medios de sobra para que tres guerreros se enfrenten a cuarenta mil de a caballo, y hay medios para que la escabechina sea justificada. Basta con separar al otro del amparo de la razón, basta con definirlo de acuerdo con una identidad bárbara, que suponga la proyección de nuestros propios miedos y nuestras barbaries. Basta con que la geografía del mal sea inutilizada. Nadie quiere pedirse responsabilidades de lo que ocurre al otro lado del muro que nosotros mismos construimos.

Asumir responsabilidades significa oponerse a los efectos del relativismo en todas las posibles alternativas facilitadas por la comodidad intelectual. El relativismo del que se avergüenza de sus valores, creyendo que no hay razones que defender, facilita que un obispo, un imán, un rey, un magnate, se atrevan a ejercer la censura. Pero las respuestas al relativismo no pueden convertirse en una defensa dogmática de la propia identidad cultural. Lo verdaderamente desolador del nazismo, como advirtió Adorno, fue que nació de nosotros mismos, en el interior más sublime y en la poesía de nuestra cultura, en el corazón de Alemania, de la música clásica y el Estado liberal, haciendo imposible desde entonces la comodidad de pensar que la barbarie siempre llega de fuera. La piel de la conciencia ilustrada está en carne viva, obligada a defenderse y a vigilarse a un mismo tiempo.

2. ... *ni la otra*

La literatura contemporánea no se ha contentado con caricaturizar al otro de modo despreciativo. Con frecuencia levanta imágenes idílicas de caras y tierras pedregosas. La caricatura animalizadora es inaceptable. Las sublimaciones también. Ni una cosa, ni la otra.

Debemos vigilar el asunto espinoso de las identidades cuando se habla de derechos. La lectura romántica de la Ilustración ha dado excesivas muestras de sus limitaciones como para que no asumamos la necesidad de darle la vuelta a las gafas y procurar una lectura ilustrada del Romanticismo, ascendiendo hasta el origen de una razón objetiva: unos ciudadanos que plantean sus derechos y sus obligaciones más allá de su identidad. La definición del otro debe ser neutra, tan fría como la ley. Si aspiramos a vivir en un mundo de seres respetados y respetables, debemos entrar en matices y superar no sólo el desprecio racista, sino también las ofertas demagógicas de la tolerancia y de la sublimación. No necesitamos el corazón empalagoso, simpático, liberal, tolerante que respete las debilidades de los otros. Son preferibles normas intolerantes que hagan imposible el desprecio de cualquier ser humano. El respeto habla del derecho bajo el que nos amparamos todos, mientras la tolerancia se dedica a perdonar la vida de los otros en la comprensión de sus miserias. Tampoco necesitamos los procesos de sublimación que embellecen la imagen del otro y la convierten en una metáfora de la perfección, de la libertad perseguida, de la verdad natural. El respeto y la fraternidad exigen un reconocimiento del conflicto, de los problemas, de las contradicciones, para decidir después los medios razonables de solución. En las definiciones reales del otro conviene aplicar poco la poesía, porque los buenos poemas tratan casi siempre de las cosas sin solución, y conviene encontrar soluciones posibles a una organización legítima de la convivencia.

Para entrar en matices, hay que advertir que la modernidad no encauza las definiciones del otro en los duelos de Dios y el Demonio, sino en las tensiones del contrato firmado entre el yo y la sociedad. Por supuesto hay obras literarias que hablan de tribus

diversas y personajes enemigos de la civilización. La caricatura funciona entonces sin piedad. Pero abundan los argumentos que afectan a miserias internas, y entonces hace falta algo más que la caricatura. Los libros tratan con frecuencia de amores perseguidos por una sociedad mezquina, de autoridades que no cumplen la ley, de ciudades habitadas por ratas y multitudes agresivas, y de domicilios solitarios o islas de aire limpio y viento libre. Las lecturas modernas del otro fuerzan así una interpretación muy matizada, y a varias bandas, de los procedimientos literarios. Las definiciones del otro pueden servir tanto para denunciar a la sociedad de manera contundente como para facilitar la comodidad de un yo embellecido en una sociedad poco aceptable. Es decir, la imagen del otro, ya se convierta en metáfora, ya sea caricaturizado, puede valer para afirmar el fracaso del contrato social o para encubrir las responsabilidades personales en el fracaso de dicho contrato.

Además conviene advertir que las estrategias de figuración de los otros no afectan sólo a la imagen del moro, el judío o el inmigrante. Están mucho más cerca, no se quedan en la plaza, conocen el sofá de nuestro salón y los rincones íntimos de la alcoba. Los soportes más frecuentes de la lírica amorosa, las figuras del amado o de la amada, son un territorio propicio para detectar los viajes de ida y vuelta entre un individuo y su otro. Sin términos medios, se apuran los recursos de la mentira, pintando al otro con la plenitud de los seres perfectos, o convirtiéndolo en enigma. Con la misma lógica, se intuye la muerte detrás de la belleza. Cuando encontramos nuestra perdición en la belleza de unos ojos fatales, reconocemos la imagen de nuestra propia muerte, ésa que nos estaba esperando desde el nacimiento, en el fondo de nuestro deseo. Las quejas o las dichas de amor interiorizan en el ámbito privado las venturas y desventuras de los ciudadanos en los espacios públicos. Las épocas de crisis dibujan en paralelo las catástrofes públicas y las tristezas privadas. No resulta extraño, porque el erotismo es un discurso cultural, una elaboración social del instinto. Aunque cueste entenderlo desde el paradigma romántico, sólo somos sociales de verdad en los sentimientos, hasta el punto de perder en ellos los matices de nuestra posible personalidad diferenciada. Todos reaccionamos de forma muy parecida a la de

nuestros vecinos cuando hablamos con el corazón en la mano y con lágrimas en los ojos. Son los ejercicios de la razón, los fríos y despersonalizados ejercicios de la razón, los que permiten alternativas de distancia crítica ante los discursos heredados y los mecanismos publicitarios de homologación.

Al final de estos enigmas y estas quejas de amor aparece como telón de fondo el descrédito de una sociedad que se concibe como amenaza para las identidades particulares. El pensamiento ilustrado supuso una apuesta optimista en el deseo de convivencia, cuando convirtió a los individuos en ciudadanos y a la nación en un Estado de Derecho. La relación con los otros dependía de un compromiso común por el que los ciudadanos pretendieron encauzar la alegría individual en una felicidad pública. La identidad dejó así de tener importancia cuando se hablaba de derechos. El Romanticismo supuso la primera gran crisis en el interior de la Modernidad, una crisis de consecuencias profundas, porque a partir de entonces leemos la Ilustración desde el punto de vista de sus fracasos y no desde la pertinencia de sus ilusiones. El fracaso social volvió conflictiva la relación de los unos con los otros, ya que el mundo empezó de nuevo a discutir desde los parámetros de la identidad particular. El mundo habló por sus heridas, y nadie puede negar que las heridas existieran. Pero de esas heridas se extrajeron conclusiones con las que se puede estar en desacuerdo. La voz caliente del dolor se utilizó en seguida para desautorizar la ilusión de una tarea compartida, social, basada en el frío de la razón. La cercanía de una solución colectiva se interpretaba como una peligrosa disolución del yo en el Todo. Esta disolución no quiso identificarse con un esfuerzo conjunto de porvenir y de luz, con una tarea de compromiso social y de responsabilidad pública. Ahí estaba la poesía para convertir el Todo en un misterio, en un enigma capaz de devorar al individuo. Los colmillos de la fiera aprendieron a actuar también en forma de beso. Los hocicos del monstruo aplaudieron la compañía inestimable de los dulces labios de la mujer fatal. El peligro se hizo hermoso, el mal extendió la leyenda negra de su prestigio, sus redes literarias tejidas por la trasgresión, el sacrificio y la muerte. Los hombres de letras más moralistas se hicieron malditos, aplaudieron el mal, convertido en una verdadera tradición loable. Nada gustó más a los antiguos

hombres de bien que las charlas sobre la ruptura y el exceso. Pero del mismo modo que la promesa ilustrada se transformó en pensamiento negativo, el bien en mal, el tradicionalismo de las convenciones en tradicionalismo de la ruptura, hoy podemos sospechar que por debajo de la colonia lírica del malditismo se oculta el mal olor de la descomposición de los espacios públicos. Como no estamos ya en épocas sagradas, la muerte, esa disolución última de la identidad, nunca pudo interpretarse seriamente como plenitud y camino de llegada al Paraíso. Los otros, lo Otro, fueron en la estirpe romántica el territorio de la angustia, de la pérdida, de la aniquilación.

El yo ve al otro como una amenaza de disolución. Incluso, como decía antes, en los poemas amorosos. La poesía erótica contemporánea asume esta lógica de relación negativa con el otro. Acercarse a la persona deseada, implica un miedo a la disolución, el peligro de pérdida de una identidad firme. Un buen síntoma es la consideración del orgasmo como una muerte pequeña. Pero más llamativa resulta la dirección que algunos poemas de Bécquer, Rubén Darío, Federico García Lorca, Luis Cernuda o Pablo Neruda muestran al unir el deseo y la tristeza. «Qué ruido tan triste el que hacen dos cuerpos cuando se aman», afirmó Luis Cernuda en un poema de *Los placeres prohibidos*. Por su parte, Pablo Neruda pudo escribir los versos más tristes una noche, pero lo consiguió incluso antes de la ruptura. Los ojos de su amada encerraban de por sí la tragedia, igual que los mares calmos esconden la tormenta. Porque el abismo, el espanto, no surge con la separación, sino con el deseo de unidad, que sólo alcanza a entenderse como disolución de la propia identidad. Ocurre lo mismo en muchos poemas de García Lorca. La colección de *Sonetos del amor oscuro* gira sobre la triple tensión de un yo en crisis con la sociedad, con el amado y consigo mismo. Cito unos versos del poema titulado «El amor duerme en el pecho del poeta»:

Tú nunca entenderás lo que te quiero
porque duermes en mí y estás dormido.
Yo te oculto llorando, perseguido
por una voz de penetrante acero.

Norma que agita igual carne y lucero
traspasa ya mi pecho dolorido
y las turbias palabras han mordido
las alas de tu espíritu severo.

Grupo de gente salta en los jardines
esperando tu cuerpo y mi agonía
en caballos de luz y verdes crines.

Pero sigue durmiendo, vida mía.
¡Oye mi sangre rota en los violines!
¡Mira que nos acechan todavía!

La homosexualidad de García Lorca suele estudiarse como un foco oscuro que late por debajo de sus temas y sus metáforas. Quedan bien este tipo de explicaciones, nos hacen parecer muy tolerantes, muy cómplices de la libertad. Sin embargo, puede esconderse en ellas una forma sutil de homofobia, aunque parezca lo contrario, porque del mismo modo que un poeta heterosexual no es explicado de forma obsesiva por su identidad heterosexual, un poeta homosexual no debe ser reducido a su identidad homosexual. Las heridas, además, se plasman en la escritura a través de formas culturales, y estas formas son compartidas a menudo por las distintas posibilidades de la conciencia desgarrada. Neruda y Alberti escribieron sobre la tristeza del amor, y nunca sintieron el problema de la infertilidad. Conviene, pues, atender a las formas culturales, y no caer en una lectura de interpretación biográfica simplista. El yo interioriza a la sociedad, se constituye en una parte social, la lucha contra la sociedad se convierte en un combate con él mismo, una guerra civil. La sociedad en la que vivió García Lorca era, por supuesto machista y represiva, pero las cosas se complican cuando es el propio García Lorca el que sufre la homosexualidad como problema. La famosa «Oda a Walt Whitman» desciende por una lógica de pureza e impureza que no esconde el sentimiento de culpa y la incomodidad con la que García Lorca vivió su homosexualidad:

Contra vosotros siempre que dais a los muchachos
gotas de sucia muerte con amargo veneno.

Contra vosotros siempre,
Faeries de Norteamérica,
Pájaros de la Habana,
Jotos de Méjico,
Sarasas de Cádiz,
Apios de Sevilla,
Cancos de Madrid,
Floras de Alicante,
Adelaidas de Portugal.

¡Maricas de todo el mundo, asesinos de palomas!

Estos versos explican por sí solos que la víctima, o el yo en general, asume los códigos sociales, interiorizando un ideal de pureza o de degradación. Los *Sonetos del amor oscuro*, además de tener un destinatario concreto, pueden entenderse sin contradicción como un diálogo del poeta consigo mismo, entre su parte social y su parte pretendidamente pura, no manchada por la historia. Algo parecido ocurría en el poema «Contra Jaime Gil de Biedma». Las tensiones empiezan cuando hay una «norma que agita igual carne y lucero». Aunque el ideal amoroso duerma dentro del poeta, una voz de *penetrante acero* lo persigue, hasta morder las alas del ángel, convirtiendo la vida en una agonía. La exteriorización del cuerpo amado forma parte de esta agonía, pues sólo se produce en el territorio hostil de un jardín lleno de gente que vigila, y que además galopa y salta a caballo, animal con el que García Lorca suele representar los instintos llenos de espuma y de violencia. Los violines, el sueño del amado, el dormir en mí y estar dormido, suponen un esfuerzo de belleza, de soneto, de control de once sílabas y catorce versos, que encauza la *sangre rota* del poeta. Pero esta lógica asegura la incomprensión del otro: «Tú nunca entenderás lo que te quiero». Quizá se trata de que para conseguir el entendimiento, el otro sólo puede existir como ideal, como ángel, como algo dormido o metaforizado. En una de las mejores piezas de los *Sonetos del amor oscuro*, «Noche del amor insomne», García Lorca escenifica este drama de amor imposible y agonía:

Noche arriba los dos con luna llena,
yo me puse a llorar y tú reías.

Tu desdén era un dios, las quejas mías
momentos y palomas en cadena.

Noche abajo los dos. Cristal de pena,
llorabas tú por hondas lejanías.
Mi dolor era un grupo de agonías
sobre tu débil corazón de arena.

La aurora nos unió sobre la cama,
las bocas puestas sobre el chorro helado
de una sangre sin fin que se derrama.

Y el sol entró por el balcón cerrado
y el coral de la vida abrió su rama
sobre mi corazón amortajado.

No debe sorprenderse el lector de que la palabra mortaja aparezca cuando los amantes han conseguido unirse en la cama. Tampoco debe sorprenderse de que el color rojizo de la luz que los une, la luz de la aurora, se identifique con un chorro de sangre helada, perteneciente todavía al ámbito simbólico de la luna o de la muerte. Cuando uno llora, el otro ríe. Parece un dios ese otro, pero tiene poca consistencia, sostenido por un débil corazón de arena, de tiempo, de fugacidad. El diálogo entre los amantes que mantienen una relación difícil, partida por la risa y el llanto, acaba en unión, pero se trata de una unión fúnebre, una disolución de la propia identidad. El sol se encontrará con los cadáveres al entrar en la habitación. O con el cadáver, porque el soneto vuelve a parecer un ajuste de cuentas personal. El *cristal de pena* bien pudiera ser el espejo en el que el poeta se atreve a mirarse a sí mismo.

Da igual. En la oscuridad erótica de la poesía contemporánea, el amante interioriza el discurso social, lo adapta al ámbito de lo privado, porque ya antes había penetrado en su propia intimidad, en su configuración subjetiva. Mal nos va, pues, cuando nos empeñamos en amar al prójimo como a nosotros mismos. Demasiadas paradojas y excesiva, envenenada responsabilidad. Primero interiorizamos una realidad social, que está llena de fisuras y soporta el peso de las leyes exteriores. Luego pretendemos vivir

como verdad interior esencial lo que es sólo una coyuntura histórica interiorizada. Más tarde intentamos ocupar el espacio público y construir una identidad a partir de ese sentimiento, ya privatizado. Lo exterior fugaz y artificial se transforma en expresión de sentimientos interiores, naturales y eternos. Todo lo que no se parezca a dichos sentimiento será entendido como amenaza de lo Otro, de los otros, del otro, algo que no debe contar con voz propia en la cama, la asamblea, el ágora, la plaza, la nación. Hay amores que matan doblemente, y lo que se liquida, además del amor, es el ágora.

Si esta elaboración ideológica ocurre en el amor, es normal que suceda y más acentuadamente en la imagen del otro que ofrecen las discusiones raciales o patrióticas. Los libros recrean la realidad, la inventan, y lo que es más decisivo, hacen después que los lectores actúen en la realidad a la luz de sus libros. La ficción ha servido durante años para interpretar la realidad, para ayudar a comprenderla, pero también para simular una realidad alternativa, adelantándose a la poderosa tecnología actual de las creaciones virtuales. Edward W. Said, en su ensayo sobre el *Orientalismo*, recordó el *Cándido* de Voltaire y, sobre todo, el *Quijote*, para hacer la siguiente afirmación: «Parece que un error frecuente es preferir la autoridad esquemática de un texto a los contactos humanos que entrañan el riesgo de resultar desconcertantes». La verdad es que el libro de Cervantes está lleno de complejidad, pero no por afirmar la lucha de los sueños frente a la realidad, sino por contar la historia de un individuo al que se le concedió la libertad para vivir y escoger oficio de acuerdo con un mundo nuevo, sin los servilismos estáticos de la Edad Media, y aprovechó precisamente esa libertad para hacerse caballero andante, sometiéndose a una moral escrita con anterioridad a su propia experiencia.

La inteligencia de Said evita la lectura romántica de las aventuras de don Quijote y prefiere advertir de los peligros que implica cambiar la ficción por el simulacro, manipular la realidad para fijar una moral determinada. El poder de las novelas de caballería y toda la capacidad de superstición propia del mundo sacralizado medieval resultan hoy desbordados por la autoridad del mundo tecnológico posmoderno y del circo mediático. Said explicó con

detalle que la imagen cultural de Oriente reproducida por Occidente en los siglos pasados era inseparable de los códigos del colonialismo. La fábrica de una imagen humana y social depende de una política de explotación. Este fue el tema central de las inquietudes de Said, un asunto al que volvió en «Representar al colonizado», uno de los artículos recogidos en *Reflexiones sobre el exilio*»: «Los intereses materiales en juego en nuestra cultura son muy amplios y muy costosos. Llevan consigo no sólo problemas de guerra y de paz –porque si uno en general ha reducido el mundo no europeo a la categoría de una región inferior o subsidiaria, se vuelve muy fácil invadirlo y pacificarlo– , sino también problemas de distribución económica, prioridades políticas, y, fundamentalmente, relaciones de dominación y desigualdad».

Al tratar el asunto, Said habló de política y añadió una lección más al legado de su inteligencia. No se sintió predispuesto a simular una pureza académica, no buscó una verdad docente al margen de los conflictos. La política no fue para él un ejercicio impuro, la rémora de trucos y convenciones propia de una actividad liquidada en la sociedad contemporánea. Se sintió político porque quiso regresar al ágora, defender los espacios públicos de la objetividad y la palabra. Nos enseñó que la razón última de una meditación sobre el otro debía ser el reconocimiento del conflicto, algo imprescindible para asumir responsabilidades políticas y legislativas. Hay que vigilar, y Said vigila: «La fetichización y la incesante celebración de la diferencia y la *otredad* pueden entenderse, por tanto, como una tendencia amenazadora». En efecto, la exaltación del fragmento, el canto a la diferencia, la exaltación de las identidades particulares, han sido uno de los ejercicios preferidos de los viejos enemigos de las ilusiones colectivas. La lírica juega a veces el papel de la caricatura. Al otro se le desprecia, o se le tolera en su identidad, pero inhabilitando las posibilidades de un espacio conjunto, de un lugar sin cargas de identidad, de una neutralidad pública. Prefieren alabar a las minorías para mantenerlas en el margen, antes que asumir la necesidad de llevar a cabo el proyecto de la razón. Un proyecto frío, es verdad, pero también universal e igualitario por lo que se refiere al respeto de la condición humana. Hacer una reivindicación flexible del todo, procurar que los individuos puedan discutir y ponerse de acuerdo en un terri-

torio neutral, es el verdadero reto. El lugar de la razón es frío, pero funda un espacio democrático, ese que no nos constituye como andaluces, españoles o senegaleses, sino como ciudadanos.

Cada época tiene sus prioridades, sus coyunturas, sus urgencias en el debate intelectual. Si ha habido momentos en los que era necesario defender los derechos del fragmento, hoy parece mucho más necesario encontrar una versión digna de la totalidad. La razón y sus ciudadanos deben encontrar su propia palabra en la unificación tecnológica del mundo. Poner las cosas en su sitio significa comprender que el otro no es por definición una amenaza o una metáfora. Los que exaltan la hermosura marginal de las minorías tienden a practicar una sibilina forma de colonización que procura convertir al otro en metáfora. No se habla de los demás de acuerdo con sus propia realidad, sino dependiendo de las insatisfacciones y las nostalgias del opinante de turno. La animalización y la barbarie se sustituyen aquí por una mitología embellecedora, que casi siempre insiste en la bondad de unas verdades naturales perseguidas por la civilización y sus razones. En nombre de un pretendido derecho a la diferencia, demasiada gente aplaude modos de actuar en países lejanos que no admitirían de ninguna manera en el paisaje aburrido y cotidiano de su país. Es evidente que no resulta admisible una homogeneización totalitaria, dominadora, injusta, como la que hemos padecido en las formas acostumbradas del imperialismo. Pero tampoco se trata de romper en fragmentos las ilusiones colectivas, renunciando a la condición prioritaria del ciudadano ilustrado. Aquí se centra hoy la meditación sobre los otros, y por eso hay que cuidarse tanto de las miradas despreciativas que caricaturizan el bien y el mal, como de las bellas soluciones líricas que convierten una identidad en una verdad natural incontaminada.

La literatura, que ha dado muchos ejemplos de los vértigos de animalización del otro, ha promovido al mismo tiempo imágenes sublimadas. Los procedimientos pueden ser groseros o estar cargados de delicadeza. También hay opciones tan rebuscadas como significativas. El romanticismo de José Zorrilla se entretuvo con frecuencia en temas orientales, versificó la Andalucía islámica y dedicó un extenso canto, repleto de mitología e historia, a la ciudad de Granada. La palabra herida, instalada en la queja, ansiosa

de lugares lejanísimos, de espacios habitados por el otro, encontraba su sentido en el descrédito de la sociedad ilustrada y la pérdida de fe en una civilización razonable. Enrique Gil y Carrasco lo había dejado claro al reseñar la «*Poesía* de don José de Espronceda» en el *Semanario Pintoresco Español*: «Todos los esfuerzos de la razón orgullosa y fría no habrían sido poderosos para descifrar la primera página del libro de la dicha». A partir de aquí las alusiones a tierras exóticas, ajenas, tratadas de forma sublime, no son más que un ajuste de cuentas con el estado de la civilización propia. No dejó lugar a dudas Alcalá Galiano al prologar *El moro expósito* del Duque de Rivas: «Buscan argumentos en tierras lejanas y no bien conocidos, donde imperfecta todavía la civilización, no ahoga los efectos de la naturaleza bajo el peso de las reglas sociales». La vuelta de tuerca la da Zorrilla cuando intenta conjugar su españolismo reaccionario con el mandato romántico. En el prólogo al *Segundo tomo de poesía*, había escrito: «He tenido presente dos cosas: la patria en que nací y la religión en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo inspiraciones; cristiano, he creído que mi religión encierra más poesía que el paganismo». Zorrilla se convirtió en cantor de Granada porque los azares de la historia ofrecían un lugar español, finalmente reconquistado por la verdadera religión, en el que era posible hablar de sultanas, guerreros árabes y princesas secuestradas. Se dedicó a un exotismo de andar por casa.

La sublimación, la identidad hermosa de lo desconocido como mecanismo de conocimiento, representa la otra cara de la moneda de la caricatura. El paisaje idílico sustituye a la amenaza del territorio gobernado por la animalización, la barbarie, el despotismo y las supersticiones. Aunque haya muy buenas intenciones, se puede deslizar una ideología ambigua. Federico García Lorca, por ejemplo, redactó una conferencia, titulada «El poeta en Nueva York» (1932), para explicar el sentido del libro que había escrito en la metrópoli norteamericana. Quiso poner en duda el desarrollo de una modernidad devoradora, empujada por la prisa del mercado, guiada por una ciencia sin control humano, un mundo en el que los artificios tecnológicos amenazaban los principios naturales de la vida. El dolor de los niños se convirtió así en símbolo de la modernidad dispuesta a devorar sus propias ilusiones.

En la conferencia, García Lorca cuenta la historia de una niña negra que se atreve a montar en bicicleta»: «Otra vez vi a una niña negrita montada en bicicleta. Nada más enternecedor. Las piernas ahumadas, los dientes fríos en el rosa moribundo de los labios, la cabeza apelotonada con el pelo de oveja. La miré fijamente y ella me miró. Pero mi mirada decía: Niña, ¿por qué vas en bicicleta? ¿Puede una negrita montar en ese aparato? ¿Es tuyo? ¿Dónde lo has robado? ¿Crees que sabes guiarlo? Y, efectivamente, dio una voltereta y cayó con piernas y ruedas por una suave pendiente». Está claro el sentido de lo que García Lorca quiere decir. No se pueden discutir sus buenas intenciones, y no pasan desapercibidos los procedimientos que convierten a una niña negra en la imagen de la sociedad natural amenazada por una tecnología hostil. Pero hay que tener cuidado al convertir a los otros en metáfora, porque los inutilizamos como gente de carne y hueso. ¿De verdad que las niñas negras no deben montar en bicicleta? ¿De verdad que las mujeres ángeles no deben dirigir un banco? ¿De verdad que los individuos puros y desinteresados no deben mezclarse en política? ¿De verdad que España es diferente? Cuidado con las metáforas, porque el mejor síntoma de respeto y de igualdad alcanzada es el derecho a la vulgaridad legal. Somos vulgares ante la ley porque no tenemos ni más ni menos que cualquier otro. Merecemos respeto por aquello que compartimos con todos los demás, no por aquello que nos diferencia. ¿Sabe usted con quién está hablando? Con un simple ciudadano.

El *otro* sustituye en falso al *nosotros* cuando le arrebatamos su condición de ciudadano, algo que constituye un verdadero robo en un mundo globalizado, de mercados comunes y de informaciones homogeneizadas. Al ciudadano español de hoy, si es lector de literatura, le sorprenderá posiblemente la gran repercusión social que han tenido los debates sobre inmigración y la poca presencia del tema en los libros de nuestros creadores. Pero las presencias y las ausencias tienen su lógica. Los inmigrantes están presentes en las conversaciones de cafetería y en las ofertas electorales porque han prestado un doble servicio. Por una parte, su trabajo ilegal, humillado a la esclavitud de la economía sumergida, ha supuesto un incuestionable regalo para las cuentas nacionales. Por otra parte, al jugar el papel de los otros, al encarnar la figura de los

pobres, al ser los nuevos encargados de soportar la miseria, los inmigrantes han regalado un testimonio magnífico para que los españoles se sientan por primera vez europeos, miembros de pleno derecho del mundo elegido, protagonistas por ley de nacimiento de la sociedad del bienestar. Los inmigrantes han jugado aquí el mismo papel que los negros cumplieron en Estados Unidos a la hora de formar una conciencia unitaria y nacional entre los blancos. Ya tenemos el mismo derecho que los alemanes o los franceses a ser racistas, tolerantes, miedosos, solidarios, explotadores o caritativos.

Al abordar el tema del compromiso histórico, la última literatura española se ha aplicado a la memoria de la Guerra Civil. No se pueden discutir las buenas intenciones, porque soportábamos una larga lista de cuentas pendientes, después de años de silencio y manipulación del pasado español. Pero no deja de ser significativo que entre las capas progresistas españolas tenga más peso el recuerdo de los que sufrieron hace más de setenta años, que el testimonio diario de los que sufren hoy, muy cerca de nosotros, en los naufragios de nuestras costas, en las alambradas de nuestras fronteras, en las subastas de esclavos de nuestras plazas. La cuarta parte de la energía que se ha dedicado a la memoria histórica hubiese forzado una política distinta sobre inmigración y hubiera provocado una alarma social inconsolable ante la sistemática violación de derechos humanos que está asumiendo con toda naturalidad la ciudadanía. Buena muestra del narcisismo consumista en el que nos hemos instalado los españoles, o de la liquidación real de la ciudadanía, es que nos interese más lo que sufrimos nosotros hace más de medio siglo, cuando éramos los pobres, que el testimonio desolador de los parias de hoy. Claro que las víctimas ya no son nuestras, son otros, no forman parte de nuestra identidad de españoles republicanos asaltados por la barbarie franquista. Si no llega a ser por el golpe militar de 1936, hubiéramos tenido derecho al estado del bienestar mucho antes... A España le correspondía otra historia bien diferenciada de la historia de los otros.

Algunos de los republicanos españoles exiliados en 1939 descubrieron el vacío que se esconde bajo la palabra identidad, un vacío muy importante, porque es lo que nos da derecho a sentirnos ciudadanos en cualquier asamblea. Rafael Alberti cantó la

pérdida de España, volvió a la nostalgia de sus canciones juveniles, vivió durante mucho tiempo como un desterrado. Pero cuando llevaba quince años en Argentina, acostumbrado a su nueva gente, a los paisajes y los ríos de América, escribió un libro perturbador titulado *Baladas y canciones del Paraná*. Por muchos recuerdos que haya de España, el tema del libro es otro: el poeta ha descubierto que estará siempre vacío, sin identidad fija. Viva donde viva, será un exiliado. Cualquiera de las dos orillas en litigio, forma parte de su experiencia histórica. Dice la «Canción 57»:

Os llevaré retratados
en mis ojos.
En el claro de mis ojos.

Los mirarán cuando llegue,
y algunos dirán:
– Hay ríos
y caballos en tus ojos.

El alma de otros paisajes
se me ha quedado dormida
en los ojos.

¿No oís? ¡Qué lejanas aguas
y qué perdidos caballos
pasan, lentos, por mis ojos!

Por el claro de mis ojos.

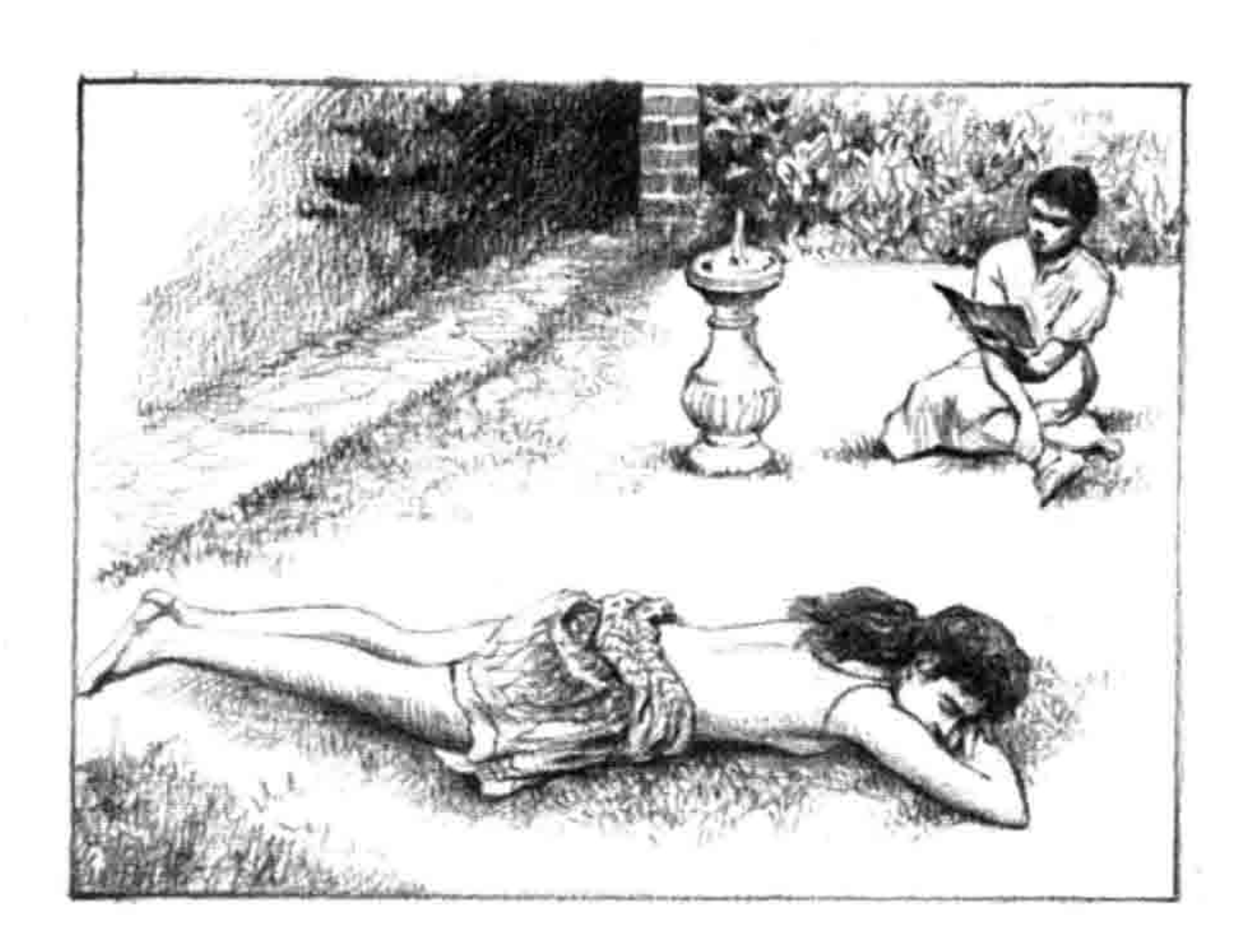
El poeta, que tanto había cantado primero la Bahía de Cádiz y luego la pérdida de España, descubre de pronto que la nostalgia pertenece a una experiencia histórica y no a una identidad fija. La nostalgia que había sentido por el Puerto de Santa María o por Madrid se ve invadida ahora por el paisaje argentino. Cuando abandone la Argentina, sentirá también un dolor íntimo. Esté donde esté, será un desterrado, porque no pertenece a una identidad, sino a una experiencia de la historia. Alberti recurrió para explicar sus sentimientos a una de las escenas míticas de la poesía

española contemporánea. Al escribir sobre los «Campos de Soria», Antonio Machado recordó momentos de felicidad muy íntima y muy fugaz en su vida. Allí conoció el amor, allí lo perderá con la muerte de su mujer. Por eso escribe: «(...) álamos de las márgenes del Duero, / conmigo vais, mi corazón os lleva!». Alberti, que conoce bien la lección poética del siglo XX, recoge la melancolía machadiana en su «Balada del posible regreso»:

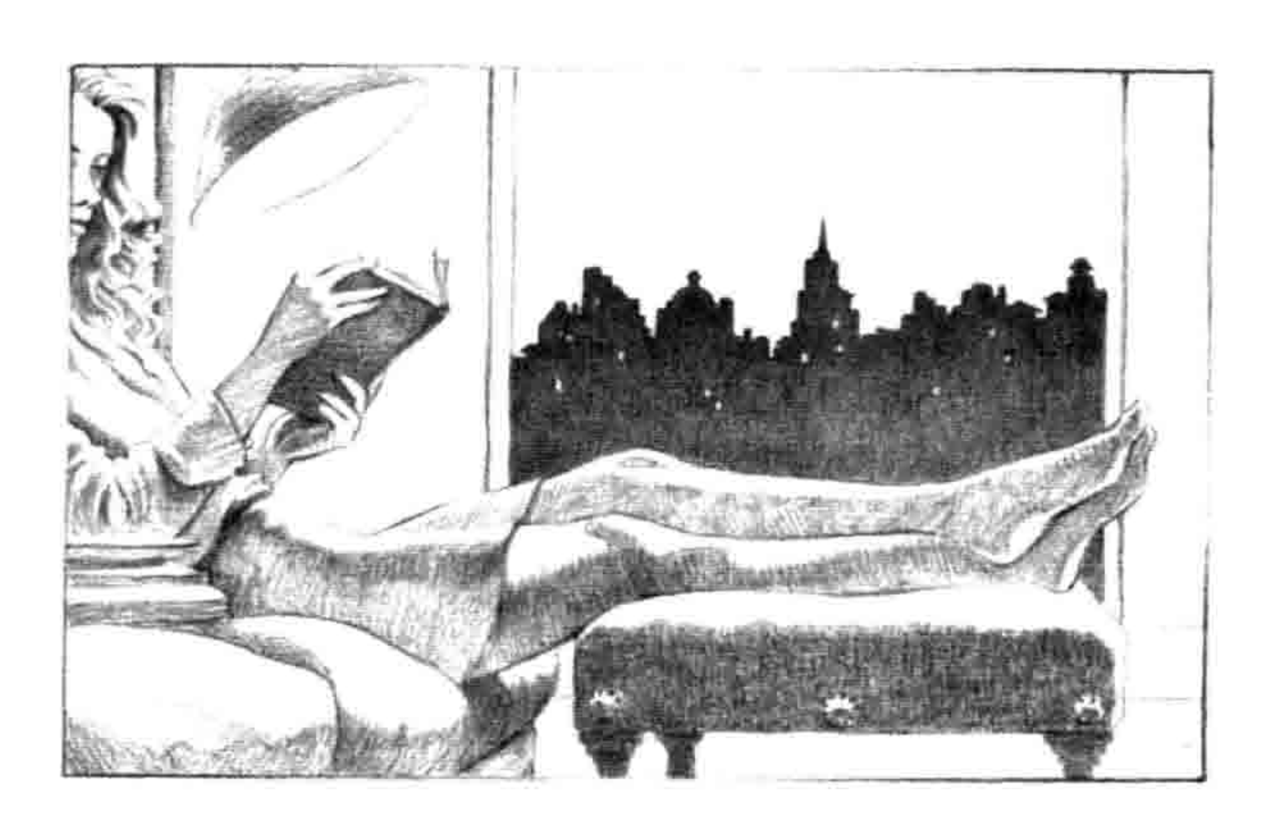
Barrancas del Paraná:
conmigo os iréis el día
que vuelva a pasar la mar.

La identidad vacía nos deja a solas con nuestra propia conciencia. Un lugar incómodo, sin muchos apoyos. Nuestros actos descansan en nuestra responsabilidad. La conciencia es la única frontera legítima a la que responden los ciudadanos a la hora de distinguir entre su experiencia histórica particular y sus vínculos. ¿Qué hay de historia social y de coyuntura en nuestra intimidad? ¿Qué es aquello que no podemos disolver de nosotros mismos en la totalidad de las ilusiones colectivas? Ésas son las preguntas de frontera, las preguntas de la conciencia que no delega sus responsabilidades en ninguna verdad natural anterior a sí misma, ya sea patriótica, política o religiosa.

En esa frontera sólo pueden imperar la ley y la razón. No basta tolerar o embellecer a los otros. Ni siquiera basta con afirmar *yo soy otro, lo otro, un otro*. Resulta obligado defender la extrema vulgaridad de la ley, y luchar por un *todos* suficiente, abierto y flexible, en el que quepan todos los ciudadanos en igualdad de derechos. ¿Los otros tolerados? ¿Las minorías exaltadas? ¿Las reservas indias? No, gracias. En ese error ya hemos naufragado, y tenemos la ropa todavía puesta a secar ©




Mesa
revuelta



Postal Jorge Amado

Juan Gustavo Cobo Borda

Fechada en Rio de Janeiro en 1930, la primera novela de Jorge Amado se titula *El país del carnaval.* Nacido el 10 de agosto de 1912, Amado centra su peripecia en la figura de Paulo Rigger, un joven de veintiséis años que había pasado siete años en París aparentemente estudiando derecho, pero en realidad convirtiéndose en un cerebral desencantado, «casi indiferente, espectador de la vida, hacia tiempo había perdido el sentido de Dios y no había hallado el sentido de patria» (p. 13).

Tenía recursos y ansiaba recobrar vitalidad y claves para comprender su país. Las encuentra, aparentemente, en un grupo de amigos, bohemios y literatos que se agrupan en torno a la figura de un Sócrates escéptico que les infunde dudas y perplejidades. Se llama Pedro Ticiano y parece la negatividad misma. Sin embargo el ardor y la ambición juvenil lleva a cada uno de los miembros del grupo a buscar su realización, a perseguir el fantasma de la felicidad, por muy diversas vías: los sentidos, el periodismo, la política, la filosofía, el poder, la religión, el dinero o el aburguesamiento, simple y llano. Paulo comienza su odisea por el carnaval mismo, donde una mulata, arrebato de lujuria y carne, lo impulsa a escribir poesía: «el Brasil es un pedazo de África que emigro para América» y en ese contacto ira desechando su venal aventura con Julie una francesita fácil quién se le pega en el barco del regreso.

Novela juvenil, más de esquemas de caracteres, sus figuras adoptan poses de *blasé*, hastiados de todo, y tal aburrimiento suscita frases provocadoras y actitudes contestatarias.

Pero si bien Ticiano les hace creer que por ser superiores no hallarán la felicidad, digna apenas de la gente elemental y plana, Paulo va descubriendo algo de su país y de sí mismo en forma

insospechada. Lo dirá de este modo: «yo no tengo sentido de patria. Solo me sentí brasileño dos veces. Una, en el Carnaval, cuando sambé en la calle. La otra cuando le pegué a Julie. Después que me traicionó». (p. 62)

Ese nacionalismo y ese machismo se harán más explícitos cuando enamorado de una brasileña, María de Lourdes, pobre pero sensible y franca, termina por rechazarla en víspera del matrimonio: «una joven que se había dejado poseer por un hombre ya no puede casarse, pues las leyes dicen que en una piel intacta reside toda honra del mundo». (p. 83)

Celoso, sin poder vencer las convenciones, sabiendo que esa mulatita de familia desconocida, como la llaman sus amigos, era la meta y el sentido de su vida, Paulo ve como todo el grupo se va a acomodando al status-quo. Ricardo se va al interior del país, con un buen sueldo como Fiscal. José López escribe una novela, sin pena ni gloria, sobre todos ellos titulada «Los mendigos de la felicidad». Otro se hace rico vendiendo reportajes pagados en el periódico donde se iniciaron. Ticiano, finalmente, muere, dándoles el postrer y budista consejo: «No desear. Llegar a la suprema renunciación, no querer. Vivir para morir» (p. 135).

Pero el verdadero final de esta novela no esta aquí. Es la serenidad, según el narrador, que alcanza José López al convertirse en comunista; y es, sobre todo, le espléndida página con que Amado retrata una ciudad del interior de Brasil, una ciudad del Norte muy semejante a esas ciudades como Santiago de Ilhéus que en contrapunto con San Salvador de Bahía serán los ejes fundamentales de su narrativa. Esas fazendas de cacao, erigidas por hombres bravíos y emprendedores. Esos coroneles, como los llaman, que no vacilan en desatar un duelo a tiros con sus rivales y que sin Dios ni Ley luego buscarán, como el padre de Amado, que sus hijos estudien en un colegio de jesuitas, en la capital de esos Estados federales, que en aquellos años 30 se debaten entre la Revolución y la Legitimidad.

Esas ciudades aparentemente letárgicas encierran muchas pasiones, muchas historias, y hasta sus ochenta años las narrará con simpatía y malicia. Y sagazmente pondrá en la piel de sus mujeres al verdadero país del carnaval: aquel que ahora se llama Gabriela clavo y canela, Teresa Batista cansada de guerra o Doña

Flor y sus dos maridos. Un largo camino, lleno de delicias, para recorrer desde estos ingenuos orígenes.

Entre la Semana del Arte Moderno de 1922 y la revolución de 1930, Amado se sitúa con esta primera novela en la búsqueda de su voz. No hay certezas aún pero ya se notan otros signos de su estilo: a partir de 1927, estudiando como externo en Salvador comienza a trabajar en la prensa y a vivir solo, en una casa de pensión, en la ladera de Pelourinho, zona pobre de la ciudad. Allí se impregna con el hervor inagotable de la vida popular, tan pintoresca como desamparada, tan recursiva y astuta como incapaz de vencer las duras condiciones de desigualdad. Allí también se dará su contacto con los valores culturales del mestizaje y el sincretismo afrobrasileño, perceptible en toda su obra pero explicito en su novela *Desaparición de la Santa* (1988).

Pero su afiliación al partido comunista encamina su narrativa hacia la denuncia. Obras como *Cacao* (1933) y *Sudor* (1934), más que novelas proletarias terminan por ser novelas panfletarias. Lucha contra la dictadura de Getulio Vargas, exilios, prosa de combate y denuncia, solo en 1958, con *Gabriela, clavo y canela* sintoniza su mundo con los intereses del lector. Y con el juego de dobles, espejismos, y travesuras con la propia ficción, que resume de modo ejemplar el volumen de 1961: *Los viejos marineros*, ese mar tan exaltado e incorporado a sus líneas, con sus arrebatos y sus enigmas, con su fascinación inagotable, ya perceptible desde *El país del carnaval.*

La muerte de Quincas Berro Dagua, el hombre que abandonó su respetabilidad burguesa de «ejemplar funcionario de la Dirección General de Rentas del Estado», llamándose Joaquin Soares da Cunha, para convertirse en «Rey de los vagabundos de Bahía» a los cincuenta años, es una esplendida parábola de lo sano que resulta la ruptura de rutinas. Bebedor, libertino y jugador, este «Senador de los bailongos» avergonzará durante 14 años a su familia. Y muere de mala manera, llevando a su hija Vanda a enterrarlo, afrontando el escándalo y descubriendo la crapulosa corte de malandrines que lo rodea. Filósofos de esquina, desplumadores de incautos, que van a velar al amigo y se encuentran con su roñosa familia, tacaña en el precio del ataúd y preocupada por el que dirán. Mientras el muerto parece reír con todo aquello, le dan

de beber, lo despojan de la ropa nueva que le han comprado-sin calzoncillos, y se lo llevan a una comilona en un barco.

Incongruente, deliciosa, fraternal, la noche se ha vuelto de compinches que hacen real el sueño fracasado del amigo: «Viejo sin barco y sin mar, desmoralizado en tierra, pero no por culpa suya (.....) Su destino fue truncado» (p. 48). Ahora, muerto y disfrutando «raya perfumada con aceite de dendê y pimienta brava» (p. 83) emprenderá su postrera navegación. Atrás las mujeres que son víboras y los hombres apenas borregos. En frente solo el mar y cerca su amante y sus amigos. Esta muerto pero nunca vivió con tal intensidad ese temporal que se desata. Esa furia de los elementos son control.

En medio del mar que aúlla, Quincas caerá al agua y desaparece para siempre. La funeraria no acepto el ataúd de vuelta y la familia tuvo que pagar, «me enterrare a mi manera,/ y cuando me de la gana./ Pueden guardar su ataúd / para mejor ocasión,/ que no me van a agarrar y meterme en un cajón» (p. 87). Esta corta *nouvelle*, del año 1959, encierra muchas de las mejores cualidades de la prosa de Amado: irreverencia, humor, ternura solidaria, y capacidad para mantener un ritmo alerta y desopilante a la vez. Con la máscara de la comedia, del juego mortal con la muerte misma, reafirma la vida y sus prodigios. Ya no hay límites sino espacios creativos, traspasados y pulidos por la energía arrebatada de la literatura misma jugándose en el peligroso filo de la incredulidad. Claro que un muerto quiera acostarse, de vez en cuando en la calle, para descansar, mientras los amigos echan otro trago para recobrar fuerzas. Claro que un muerto puede participar en una pelea o guiñarle el ojo a una mujer que lo quiere y lo llora. Claro que un muerto puede caer al mar, si un barco de balancea. Claro que los muertos están más vivos que nadie en la jugosa prosa de Amado. Como él dijo en sus recuerdos infantiles: «¿Qué otra cosa he sido sino un novelista de putas y vagabundos? Si alguna belleza existe en lo que escribí proviene de esos desposeídos, de esas mujeres marcadas con hierro candente, los que están al borde de la muerte en el ultimo escalón del abandono» ©

Librería Nueva Década, Costa Rica

Eduardo Montecinos Cisternas

COMO AFIRMA EDUARDO MONTECINOS, EN SU LIBRERÍA SÓLO HAY LIBROS, ALGO NADA HABITUAL EN AMÉRICA LATINA.

Cuesta un poco escribir sobre una empresa que uno fundó y desarrolló por tantos años. Hoy en día a mi parecer lo mejor que tiene la Librería Nueva Década, es que es una librería que solo vende libros.

Por estos lugares de América es común ver que los libros se vendan en bazares, supermercados y en las llamadas «librerías», donde sacan fotocopias, venden papelería y un sin fin de artículos especialmente para regalos.

Algunas grandes empresas en este país mantienen los libros como un departamento más de la tienda y muy escondidos detrás de perfumes, ollas y vajillas; es por eso que es común que nos soliciten sellos, lapiceros o fotocopias.

Nosotros no hemos aflojado, no hemos cedido un ápice, seguimos siendo sólo libreros, aun estando en una región de Centroamérica donde es muy difícil mantener una librería profesional o especializada y dedicada exclusivamente a la venta de libros.

También abundan las ventas a crédito y la fotocopia es muy barata, aquí le denominan «clonar», lo cual consiste en dejar un libro casi idéntico al original.

Como cuesta mucho sobrevivir en el mercado librero, los editores de España, Argentina y México nos venden la mercadería sólo en firme, o sea usted lo vende o se lo come.

Ni hablar del servicio de novedades, muy pocas editoriales nos envían ejemplares de promoción, por ejemplo en España los libre-

ros pagan solo los libros que se han vendido. Algo muy importante, es que nos hemos especializado en el área de ciencias sociales y literatura. También debemos reconocer que estamos muy consolidados en el segmento librero de Costa Rica y Centro América; además, podemos decir que hemos ganado lo necesario para trabajar cómodamente.

Cuesta convencer a la gente que los libros no se compran por colores o por tamaño, el día que logremos que lo pidan por título, autor y editorial será un éxito.

También sería un éxito que todos los editores se pusieran de acuerdo para facilitar la ubicación de los libros en los catálogos, bastaría con que al final pusieran el listado de títulos y el de autores, la página donde ubicarlos y punto.

Muchos libreros se quejan de que los libros no se venden, aunque nosotros tenemos la experiencia que cuando los títulos están, los clientes se los llevan. Lo que hacemos es comprar previendo lo que hay que tener. Es una tarea difícil de cumplir, pues van creciendo los inventarios y las facturas se van venciendo.

Costa Rica es un agradable país, muy estable y eso al parecer permite que mucha gente lea, especialmente el mundo profesional medio, también el cliente que ha viajado. En esto ayudan mucho las maestrías o doctorados en el exterior.

La educación en Costa Rica es muy avanzada y hay algunos colegios que le dan mucha importancia a la lectura y al análisis cultural de nuestros países.

Aunque es un país muy lluvioso, a lo que estamos acostumbrados, los libros se venden en mayor cantidad cuando el clima es más benigno.

Algo positivo es que en Costa Rica, el libro no tiene IVA, por lo que el precio es mejor, tomando en cuenta que los otros productos pagan el 13%. Lo perjudicial es el valor del Euro, ya vamos en más de un 40% con respecto al dólar y no contamos con un trato especial por parte de los editores españoles.

Las publicaciones nacionales han mejorado ostensiblemente en su calidad, presentación y ventas, para beneficio del país y la cultura.

Siempre han habido riesgos económicos, pero nos damos el gusto por ejemplo; de tener la colección completa de los clásicos

griegos de Gredos, no hemos visto otras librerías en América que tengan todos los tomos, tenemos también prácticamente todo el catálogo de poesía de Visor Libros.

Con nuestro trabajo y esfuerzo nos hemos ganado la confianza de varias editoriales que nos han entregado la representación exclusiva de sus fondos.

Hemos aprendido muchísimo de grandes amigos libreros y editores; como Manuel Treviño de Editorial Anaya, un amigo de más de treinta años. Él estaba en ese tiempo en Editorial Aguilar. En fin, son bastantes amigos como para nombrarlos a todos, quedaría en deuda con muchos y muchos amigos editores.

En estos días la comunicación internacional ha mejorado, aun así es mejor cuando nos visitan o nosotros asistimos a las Ferias Internacionales del Libro. Los más asiduos a nuestro local son los editores y autores argentinos, españoles, chilenos, de México y Centroamérica.

Librería Nueva Década, tiene veintiséis años de vida, comenzó como imprenta, editorial, distribuidora y librería. Hemos eliminado la imprenta y en la Editorial casi no se publica. Preferimos pagar servicios.

Nos hemos centralizado en desarrollar la librería, y no damos abasto con esta pequeña empresa familiar. Tampoco queremos crecer mucho más y no nos da confianza incursionar en el ámbito de las sucursales. Mantenemos, eso sí, la distribución a nivel nacional.

En los últimos años, el poder femenino se apoderó de Nueva Década, mi señora, Ana, es la Presidenta de la sociedad y mis hijas Tatiana, Tamara y Carolina, manejan las cuentas, administración, gerencia comercial, distribuidora y la librería.

Consideramos que trabajamos a la antigua, no tenemos una página web, ni un listado permanente, pero lo hemos cambiado por el conocimiento que tienen mis hijas y los empleados del inventario. Entre todos sabemos lo que tenemos y lo que debemos comprar. Somos muy felices vendiendo libros y el cliente que entra a nuestro local inmediatamente siente que respira a librería.

Hace varios que publicamos una revista que se llama *Reseña* y hemos llegado a la número veinte, y que sin apuro sale cuando nos da nuestro tiempo, pero siempre sale.

Nuestra *Reseña* es conocida en el mundo editorial y creemos que deben ser muy pocas las empresas que mantienen su propia revista y que, ésta además sea publicada en forma periódica.

Trabajamos con más de veintiocho mil títulos y nuestro inventario anual lo hacemos en divisas por cada Editorial. Esto nos permite saber detalladamente el movimiento de compras y ventas que tenemos con nuestros proveedores.

No pretendemos enseñar nada; sólo podemos decir que tenemos unas bases firmes en nuestras políticas de compra, pagos, precios y existencias. Por todo lo explicado, este tipo de librería debería sobrevivir por muchos años y es una lástima que existan tan pocas en nuestra América Latina ©

Bryce

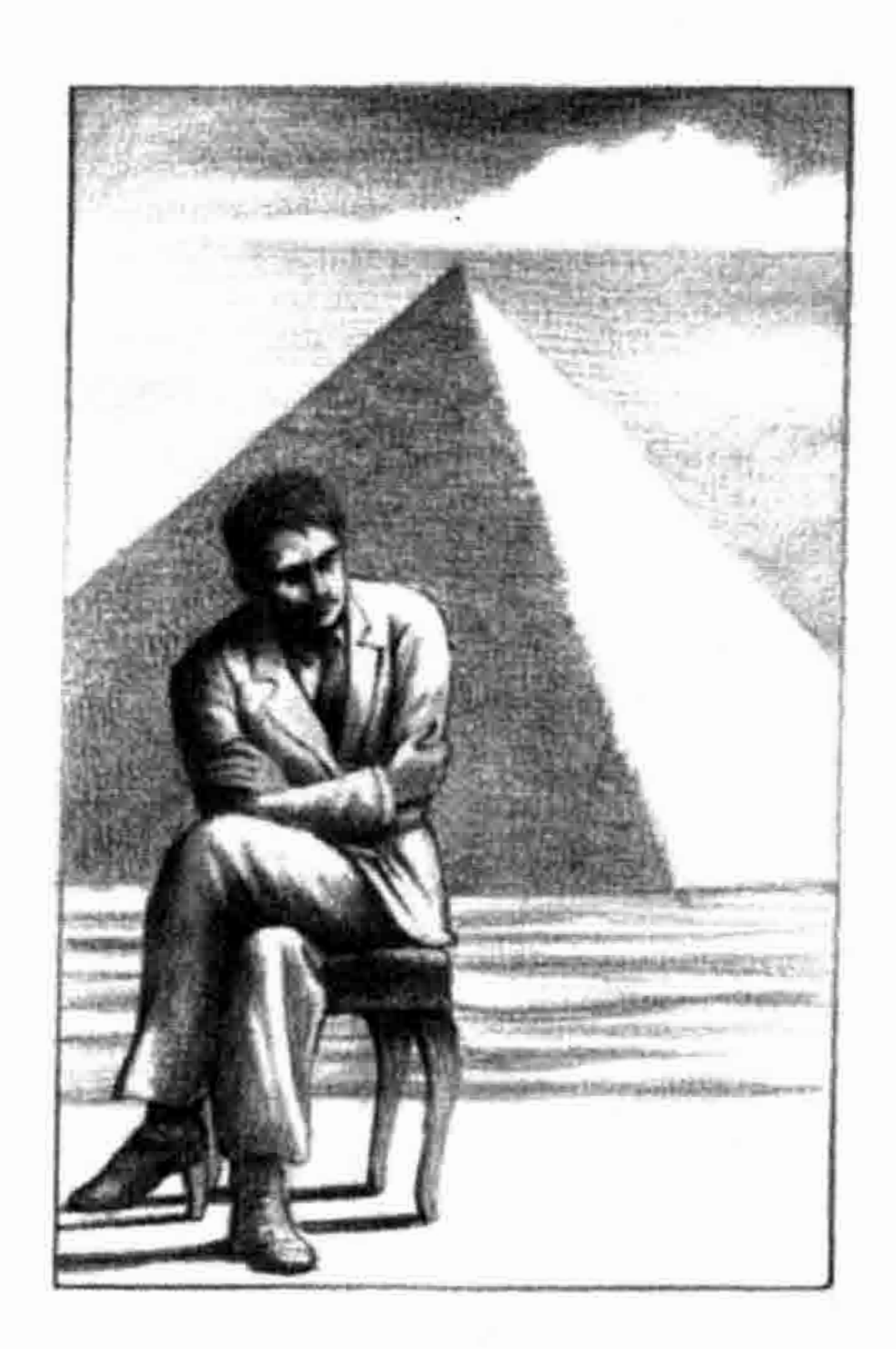
Juan Cruz

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE ES VISTO POR JUAN CRUZ COMO UN ESCRITOR QUE ORDENA UN ESPACIO PARA RESPONDER A LO INDETERMINADO DE LA VIDA.

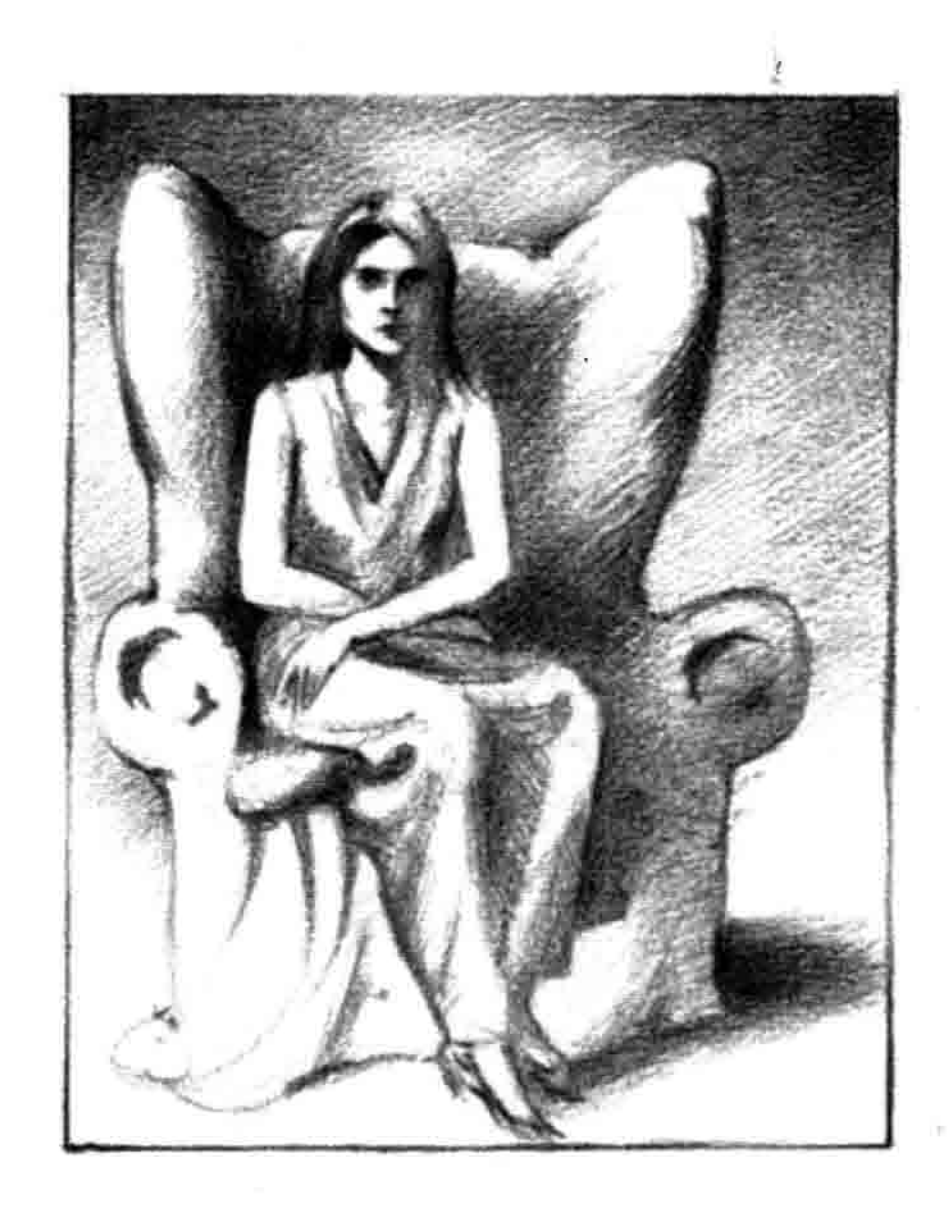
La última vez que vi a Alfredo Bryce Echenique fue hace nada, en el Hotel de Las Letras de Madrid. Me había enviado un correo electrónico muchas semanas antes, y creí erróneamente que me esperaba dos semanas después, y le estuve llamando de manera obsesiva a ese mismo hotel. No estaba, Alfredo no estaba. Su modo británico de proceder me había dado un tiempo larguísimo para que aguardara su visita, que yo creí inmediata, y luego me envió otro correo: ya estoy llegando. Recibí una llamada telefónica de ese hotel, y deduje que era Alfredo, porque ya se había anunciado su verdadera presencia, no la que yo había equivocado. Así que le llamé: «No, no era yo, pero ya estoy aquí». Quedé con él al día siguiente, y como siempre que quedo con Alfredo, en Madrid o en Perú o en Barcelona, siento la obligación casi enfermiza de ser más puntual que él, pero él siempre me gana. Tiene a su favor que él es más sedentario que yo, y que cuando tiene una cita procura tener tan solo esa cita, y esa mañana, a las once menos cuarto, la cita era yo, y allí estaba él desde las diez y media, vestido con un terno oscuro, de rayas grises, muy bien afeitado, tomándose una Coca Cola. Cuando le vi sentado, sin papeles, sin periódicos, mirando al vacío, ejerciendo quizá su asombrosa memoria, poniendo en orden lo que se le ocurriera mientras pasaban las primeras horas del día en una ciudad a la que ama tanto como le ama, lo recordé otra vez, muchos años antes, sentado con su traje marrón, de pana seguramente, en un bar del aeropuerto de

Barajas, cuando éste era casi un aeropuerto provincial; también sin papeles en la mano, tomándose un whisky largo en vaso bajo, *on the rocks*, esperando no sé qué avión o no sé a quién, entonces Bryce estaba solo y aparecía solo y esa soledad era mucho más que la soledad de la espera. Ahora, en este encuentro de Madrid, igualmente solo, asentado como un caballero inglés en un sillón rojo, después de años de conocimiento y de trato y de amistad, ya sé distinguir entre los dos semblantes, aquel ruidoso de Bryce cansado y este aquietado de un Bryce más sereno; como si por encima de su frente, esa pelambrera que la invade, ese pelo que dan ganas de peinar lentamente mientras hablas con él, para dejarlo tal como él se lo ha peinado, hubiera pasado un tornado que lo ha dejado aún más pacífico, la apariencia de Bryce es la de un hombre al que alientan ahora la paz y la alegría que proviene del interior, una alegría que no canta, que se manifiesta en silencio incluso en medio de las preguntas más turbulentas. Le vi, en el pasado, en tiempos de soledad nada suculenta, y le he visto en tiempos de soledad sonora; la suya es una vida muy poblada de amigos y de memorias, pero siempre ha atravesado, en algún momento de los días y de las noches, como por encima de un alambre en el que alguien desconocido le toca jazz para alentarle su melancolía. Soñoliento o desganado, inclinado sobre sí mismo en un rincón, o atento y solícito, elegantemente cercano a la voz de alguien, una dama, un hombre, un amigo o un perfecto desconocido, no es dos Bryce sino uno, porque por dentro hay uno, tan solo. En los dramas y en las juergas, ese Bryce único que lo habita y lo conforma le hace mirar hacia lo hondo y no hacia las ramas, y ese Bryce hondo es el que le habita la memoria para ponerle en orden. Una vez estuve en su casa de Lima, la que ya no tiene, porque estaba a trasmano del mundo y de la civilización y de los amigos; en esa casa había una cocina impoluta de cuyo poyo o encimera sobresalía una cafetera muy utilizada a cuyo alrededor se agrupaban, estrictamente alineadas y limpias, seis tazas todas iguales y en una alineación radical, nada sobresalía de donde tenía que estar. La casa entera absorbía ese sentido del orden, su escritorio parecía recién estrenado, sus sillas y sus mesas guardaban una simetría casi obsesiva, y en las fotografías (abundantes) y en los cuadros de los pasillos ese orden al que yo asistía maravillado

parecía darme una información nueva, inédita, de un Bryce que yo jamás hubiera intuido. Algo supe una vez que fui a verle en su casa de Madrid, en un palomar ilustre de la calle Francisco de Rojas; todo allí era orden en libros y en sillones y en mesas bajas donde se acumulaba la lectura que estaba haciendo, los periódicos y las revistas y los libros, pero este espectáculo del orden en Lima era mucho más que una apuesta doméstica, era el reflejo de un orden que ya desde entonces me explicó muchas cosas. Bryce escribe para contar el desorden que nos va sucediendo, escribe cartas y libros para poner en orden las palabras que lo hacen y lo habitan, pero para que ese orden se manifieste y se haga explícito requiere que todos los objetos de la vida cotidiana estén en el lugar donde él los manda. Nada puede estar fuera de lugar, para que tenga su efecto adecuado la barahúnda de hechos y de memorias que se acumulan en su muy poblada literatura. A veces nos hemos preguntado cómo es posible que incluso cuando bebe demasiado, y él mismo ha dicho que ha bebido demasiado, como Pepe Caballero, como Pepe Esteban, como Carlos Barral, como Ángel González, recuerde tanto; y la respuesta está en ese orden estricto, mayor, obsesivo, a que son sometidos los objetos que realzan su amor porque las cosas estén donde tienen que estar. Ahora que le he visto en Madrid, yendo a una recepción de Reyes y de académicos, y le he visto fugazmente porque nada más sentarnos un poeta vino a hablarnos de su dentadura, he comprobado una vez más que lo que desprende Bryce es orden, te mira con orden, te pregunta con orden, te pone en orden mientras estás con él dos minutos; pónganse a leerlo desde esa perspectiva y verán como su obra, que desde *Un mundo para Julius* le busca obsesivamente, cuenta un Bryce inédito, mucho más íntimo, mucho más hecho que lo que hubieran creído antes. Porque cuando escribe está haciendo que crezca en sus palabras el personaje que por dentro le dice: «Alfredo, tampoco te olvides de esto». Es como una mano que le pusiera en su sitio las tazas, las colchas, los edredones, la mano que mece su memoria para que nunca le deje de decir qué paso ayer noche C




Creación



¿Estación término?

Jorge Riechmann

1

Los poemas enviados por correo desde la prisión de Guantánamo son secuestrados. «La poesía representa un riesgo especial», justifica una orden de los servicios de espionaje estadounidenses emitida en junio de 2006 (la prensa informó de ello en junio de 2007), que sigue: «Las normas del Departamento de Defensa no permiten la edición de ningún tipo de poesía en su versión original o en otras lenguas».

Los poetas descreen de los poderes de la poesía; el Pentágono no lo hace.

2

Acceder al otro mundo; dialogar con los muertos; hablar con los animales y con las plantas.

Examinar el reverso de las tramas y de las cosas; llorar por los humillados y los dañados; entonar los cánticos de la insurrección.

Aunque lo digamos a veces susurrando, sabemos que esos son los poderes de la poesía.

3

Poesía: no un arte de bien decir, sino una búsqueda –muchas veces desgarrada, desgarradora– hacia la verdad.

Todos los poetas son judíos, dijo Marina Tsvietáieva. (Lo judío: el final de los sacrificios humanos y la conversión por la espada; la elaboración del humanismo europeo; la vida en el exilio.)

La inseguridad vital del juglar, más que las plúmbeas certezas del sacerdote.

No radical, sino inteligente. No radical, sino hermoso. No radical, sino equilibrado. No radical, sino radical.

4

Hay un rumor de bosque en el pequeño jardín (Sophia de Mello Breyner), un rumor al que el poeta está *atento*. Esta capacidad es básica: poder recuperar la latitud del océano en el puñado de sal, la agilidad de la amante en la nota de perfume, la vastedad de los ciclos naturales en el canto rodado.

Y el camino de vuelta: *en nuestros jardines se preparan bosques* (René Char).

5

(Males de la literatura.) Escritores que buscan deslumbrar al lector, en lugar de alumbrarlo.

(Deducción de las virtudes cívicas a partir de la poesía.) De la escucha hacia el poema, la atención. De la obstinación hacia la verdad y la exactitud que precisa la poesía, la pasión por la justicia. De la intuida vinculación universal de todas las cosas, la necesidad del saber ecológico.

6

«Siempre esta amargura por lo que nunca sucede»[1] en lugar de la afirmación de lo que –a pesar de los pesares— sucede y podría suceder... *Estar ahí* es antielegíaco.

---

[1] Joan Margarit, *El primer frío (poesía 1975-1995)*, Visor, Madrid 2004, p. 157.

No «ser ahí« (identificación preestablecida, apego al terruño, mistificación patriotera, etc.) sino *estar ahí* (atención).

Lo que busca un poema es decir la verdad, con la dificultad peculiar de que la verdad no preexiste a la búsqueda del poema.

Lo más valioso no tiene precio. Eso al poeta le parece natural; pero el economista nunca acaba de verlo claro.

«...la manera que tiene/ el infinito/ de caber en un cántaro...»[2]. Si hay que aprender algo, se trata de este tipo de cosas.

7

Tantísimo talento y recursos puestos en el perfeccionamiento del arte de comprar y vender; tan pocos en el arte de vivir.

Lo contrario de la poesía es el *marketing.* (Y cuánto parasita el *marketing* a la poesía...)

Occidente inventó la democracia, y también inventó el *marketing.* El segundo lleva camino de anular casi todos los logros de la primera.

Cuando se sustituye la praxis humana por realidad virtual, *marketing* y «relaciones públicas»[3], la médula de una sociedad sana queda dañada hasta lo más hondo.

8

Bulimia de mercancías, de sentidos, de experiencias, de músicas, de libros, de informaciones, de reuniones, de contactos, de emisiones televisivas, de instalaciones artísticas, de sensaciones, de emociones, de catástrofes; y otra vez de mercancías, como la envolvente del conjunto, a prueba de fugas. Una sociedad tan

---

[2] José Corredor-Matheos, *El don de la ignorancia,* Tusquets, Barcelona 2004, p. 109.

[3] En el momento de anunciar la renuncia a su cargo, Tony Blair contaba con 1.815 asesores de prensa y relaciones públicas... Un número similar a los miembros del MI5, el servicio secreto británico. (Datos de *Le Monde Diplomatique*, edición española, junio de 2007.)

enferma de bulimia que no logra siquiera imaginar a qué podría parecerse la salud.

Una persona se pierde cuando no tiene tiempo para releer. Una civilización se pierde cuando no tiene tiempo para escuchar a los ancianos.

Dime lo que no sé, me pides. Haz lo que no puedes, te contesto.

9

Principio del sendero: pese a haber sido trazado por la repetición de innumerables trayectos idénticos, lleva a lugares desconocidos.

La trampa de los deseos de subir: la escalera mecánica, el ascensor, el teleférico, el avión, la alfombra mágica... Pero la perspectiva más interesante es la que está al nivel del suelo.

10

«Ese extraño impulso que tenía de pequeño, el deseo de darle una segunda oportunidad a lo que no tenía ni tendría nunca una segunda oportunidad, es uno de los motores que mueven aún hoy mi mano, cada vez que me pongo a escribir una historia.» [4]

El narrador siente el deseo de dar una segunda oportunidad a lo que nunca tendría una segunda oportunidad; el poeta, el deseo de ordenar un instante el mundo bajo el improbable prisma de la belleza.

«Yo sólo soy un tipo que cuenta historias«, reclama con cierta crispación aquel narrador de éxito. Los lectores responderemos: está bien, siempre que no te desentiendas de la verdad. (No de la verdad en abstracto: la verdad encarnada en tus historias.)

Roman Jakobson, y J. M. Coetzee, gustan de recordar la fórmula empleada por los cuentistas tradicionales de la isla de Mallorca al empezar sus relatos: *era y no era así.*

---

[4] Amos Oz, *Una historia de amor y oscuridad,* Siruela, Madrid 2004, p. 37.

11

La poesía tiene un voraz apetito de realidad. Su problema, si acaso, es que ese apetito la lleva a concentrar la realidad, a densificarla de modo extremo (y de ahí las fórmulas de ultrarrealidad, suprarrealidad, etc.). El riesgo de la poesía puede ser el exceso de nutrientes y vitaminas.

«El más grande de los escritores –escribía Auden— no puede ver a través de un muro de ladrillo, pero a diferencia del resto de nosotros él no levanta uno»[5]. Bueno: digamos, más modestamente, que él –o ella— trata de no levantarlo, y alguna que otra vez lo consigue.

12

Poesía contra la sublimación. Poesía contra el desprecio. Poesía contra el miedo. Poesía contra, poesía del no: pero para despejar terreno. Para abrir espacio donde pueda desplegarse la luminosa alacridad de la poesía del sí.

La poesía, que tiene tiempo para todo, no tiene tiempo para la literatura.

13

¿Qué pedimos a la poesía? Una estación término para nuestro desamparo. Y ella nos responde, muchas veces con infinita dulzura, en alguna ocasión con risa socarrona, que no puede darnos eso. Que no nos lo puede dar, en la medida en que seamos humanos

[5] W.H. Auden, *Los señores del límite* (edición de Jordi Doce), Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores, Barcelona 2007, p. 385.



Tras el toque de queda

Luis García Jambrina

Emilia y su hermano Alberto tan sólo se veían a la hora de la cena, después del toque de queda. No lo hacían por gusto ni por obligación, sino por complacer a su madre, que, desde el comienzo de la guerra, no se encontraba bien de salud. Alberto era el responsable de una brigada de investigación que tenía como misión descubrir y detener a los quintacolumnistas que aún permanecían en Madrid. Su trabajo como impresor y su antigua militancia lo habían convertido, en poco tiempo, en una pieza importante del partido. Emilia, sin embargo, seguía haciendo la calle, que era, según su hermano, lo único que sabía hacer. Aunque procuraban mantener las apariencias delante de la madre, para no darle un disgusto, no podían evitar pelearse cuando ella se retiraba a la cocina para fregar los cacharros.

– Pero ¿es que no te da vergüenza seguir con eso? –le reprochaba invariablemente Alberto.

– ¿Vergüenza de qué? –se defendía ella– ¿de no tener marido? ¿de haber perdido a mi padre? ¿de que algunos días mi madre no tenga nada para comer?

– Cuando acabe la guerra, se te va a acabar el chollo –le advertía él–. Tendrás que trabajar, como todos. En la nueva República Socialista, no habrá sitio para las putas ni para los chulos ni para los pervertidos con los que te acuestas.

Para entonces, Emilia ya no replicaba; se quedaba absorta, con la mirada perdida, jugando con las pequeñas migas de pan que

habían caído sobre el mantel, como hacía desde que era niña. Primero, formaba un montoncito que recordaba la boca de un hormiguero, como si con ello quisiera expresar su voluntad de no volver a pasar hambre durante el resto de su vida. Después, lo destruía todo con un dedo y disponía las migas una detrás de otra, como si fuera un camino a alguna parte, lejos de allí.

– Al menos –insistía él, irritado–, podías disimular un poco, aparentar algo de decencia.

– Me parece mentira que seas tú, un militante comunista, el que me pida que me comporte como una hipócrita.

– ¡Me das asco! –le escupía entonces Alberto.

– Y tú me das mucha pena.

La llegada de la madre, con dos tazas humeantes de café mezclado con achicoria, ponía fin a la discusión. Alberto bebía la suya de un trago, quemándose los labios y la lengua, para marcharse de nuevo a la calle. Media hora después, salía ella. Hacía mucho tiempo que había perdido el miedo a las bombas y a los posibles ataques y agresiones. A su padre, lo había matado un obús en los primeros días del asedio, cuando había salido a regar los tiestos en uno de los balcones de la casa. Y eso, en lugar de amedrentarla, la había vuelto temeraria, como si con la desgracia de su padre ella hubiera quedado inmunizada contra la muerte.

Sus clientes, desde luego, sabían muy bien dónde y a qué hora encontrarla. Al principio, le había llamado la atención que el deseo o la necesidad fueran tan fuertes como para llevarles a arriesgar el pellejo. A la sífilis y la gonorrea, habían venido a sumarse nuevos riesgos, algunos de ellos peligros manifiestos. De hecho, salir a la calle, tras el toque de queda, era como jugar a la ruleta rusa. Pero, al parecer, la vida debía continuar y el deseo sabía cómo abrirse paso aun en las peores circunstancias. Incluso, había llegado a pensar que la proximidad de la muerte los excitaba e incrementaba su apetito sexual.

No hacía mucho, había leído en un boletín que los anarquistas habían proclamado el amor libre y el cierre de los burdeles, considerados como lugares de explotación de la mujer dentro del orden burgués. Sin embargo, había muchas prostitutas en los

hoteles donde se hospedaban los corresponsales de prensa extranjeros; las jovencitas de la brigada del placer, las llamaban. Su hermano, por su parte, le había comentado que algunos depravados se habían hecho anarquistas sólo para acostarse con las jóvenes milicianas, y que eso había causado más bajas en la FAI y la CNT que las bombas de Franco. No obstante, algunos preferían seguir pagando. Sus tarifas, eso sí, habían variado. Por lo general, Emilia cobraba ahora en especie: un kilo de lentejas o de alubias, cien gramos de café, un bote de leche condensada y, en el mejor de los casos, media docena de huevos. En su mayor parte, sus clientes seguían siendo respetables padres de familia o solteros recalcitrantes que aún vivían con sus madres. Algunos eran asiduos de Emilia desde hacía varios años; otros habían comenzado a frecuentarla durante la guerra. Y hasta se daba el caso de un padre que la había traspasado a su hijo; según le confesó, no quería que su muchacho muriera en un bombardeo sin haberse acostado con una mujer.

Esa noche, mientras caminaba, Emilia no era capaz de quitarse a su hermano de la cabeza. No es que hubiera ocurrido nada nuevo o extraordinario. Pero notaba que cada vez estaba de peor humor, más huraño, más agresivo, más triste, como si se estuviera pudriendo por dentro. Hacía apenas unos días, movida por un impulso irrefrenable, lo había seguido por la calle sin que él se diera cuenta. A seis o siete manzanas de su casa, lo aguardaban unos milicianos en un camión. Desde lejos, vio cómo lo saludaban con respeto y le hacían sitio en la cabina, antes de arrancar.

Por fortuna, no fueron muy lejos. De vez en cuando, paraban y entraban en una casa. Alberto los esperaba siempre fuera, fumando un cigarrillo o consultando con atención unos papeles a la luz de una linterna. Al rato, salía la patrulla con un detenido. Su hermano entonces le enfocaba la cara con la linterna y le preguntaba algo. Si el hombre no contestaba o no lo hacía de forma conveniente, le golpeaba en el rostro o en el vientre con la culata de su arma; después, mandaba que lo subieran al camión. En poco más de dos horas, hicieron cerca de veinte detenciones. Cuando el camión se llenó, se los llevaron a alguna parte, probablemente a la checa de la calle de Fomento, que era donde su hermano tenía su puesto.

Una vez en casa, Emilia no pudo dormir. Pasó el resto de la noche cavilando sobre lo que había visto y sobre lo que todavía le quedaría por ver. A primera hora de la mañana, oyó llegar a su hermano, que se fue directamente a la cama. Ella sabía que, para coger el sueño, se ayudaba de una garrafa de aguardiente que tenía siempre junto a la mesilla. No tardó en oírlo roncar. Con gran sigilo, se levantó, entró en su habitación y le registró los pantalones y la zamarra de cuero, hasta encontrar lo que buscaba. Entre los papeles de su hermano, había uno que le llamó la atención. Era una larga lista de nombres, la mayor parte tachados con un aspa, seguidos de una o varias direcciones y de unos signos que no fue capaz de descifrar. Al final, había algunos nombres que no tenían domicilio conocido. Uno de ellos estaba rodeado por un gran círculo rojo.

Desde entonces, no había dejado de pensar ni un solo momento en su hermano. Sentía por él una mezcla de odio y ternura, de compasión y rechazo. Sabía, naturalmente, que no era un monstruo ni un sádico ni un verdugo sin escrúpulos, pero ignoraba hasta dónde podrían arrastrarlo las circunstancias, su fanatismo o su deseo de venganza. En cualquier caso, habría sido mejor, para él, que lo hubieran destinado al campo de batalla que tener que hacer ese trabajo sucio en la retaguardia. Si de algo estaba segura es de que no cejaría hasta completar la tarea que le habían encomendado. No en vano ella era tan concienzuda y obstinada como él.

Eran casi las once, cuando Emilia llegó al sitio convenido con sus clientes, una casa bombardeada al final de la calle de San Bernardo. Para algunos, aquel era simplemente un lugar de encuentro, ya que preferían llevarla a su casa o a una pensión de confianza. Pero la mayoría querían hacerlo allí, entre las ruinas y cascotes, como una forma de afirmar que seguían vivos entre tanta miseria y destrucción. Aunque la mayor parte de las viviendas estaban totalmente destruidas y la fachada parecía a punto de desplomarse, al fondo, en la planta baja, podían verse todavía varias habitaciones en buen estado. En una de ellas, había un camastro, un par de sillas y una pequeña mesa con un incongruente candelabro; también había una palangana, que ella misma llenaba todas las noches en un grifo que había en el portal y que, milagrosamente, funcionaba.

Desde el hueco de lo que un día fue ventana, podía verse un patio lleno de escombros y, mirando hacia arriba, con un poco de esfuerzo, un fragmento del cielo de Madrid, ese mismo cielo con el que ella había soñado tantas veces, cuando vivía en el pueblo, y del que ahora no podía esperarse nada bueno. Lo cierto es que no se encontraba del todo mal allí. Por no sabía qué extraña superstición, creía que una casa que ya había sido castigada por las bombas no volvería a ser bombardeada. Por otra parte, quién iba a querer registrarla o refugiarse en ella.

Recordaba perfectamente la primera vez que la utilizó. Se había encontrado en la calle con uno de sus clientes más antiguos, a quien su mujer había abandonado al comienzo de la guerra. Éste le preguntó si seguía trabajando y ella le explicó que lo había dejado temporalmente, para cuidar a su madre. Fue él quien le propuso hacerlo en una casa derruida, pues no tenía dinero para una pensión, y a su domicilio no podían ir a causa de los niños. El edificio estaba cerca de la zona en la que ella solía trabajar y no muy lejos de su propia casa.

– Ven, entra, no tengas miedo. Estas paredes llevan ya mucho tiempo así, y no van a caerse precisamente ahora.

A Emilia, aquello le parecía una especie de profanación, como hacerlo en un cementerio o en una iglesia. Aunque no creía en los fantasmas, tenía la sensación de que, en cualquier momento, podrían presentarse los espíritus de los antiguos moradores, dispuestos a vengarse por haber invadido su casa. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Tardaron un buen rato en adecentar la habitación. Parecían una pareja de recién casados montando su primer nido amoroso. Él la trató con mucha delicadeza y consideración, tal vez porque sabía que no podría pagarle, al menos no con dinero. Cuando, días después, le llevó un paquete con comida, Emilia le rogó que lo guardara para sus hijos.

– Lo único que te pido –añadió– es que me consigas más clientes y les digas dónde pueden encontrarme.

– Es decir, que sea tu chulo.

– De ninguna manera –se ofendió ella–. Tan sólo te propongo un intercambio de favores, dadas las circunstancias.

Naturalmente, el hombre aceptó. Dejó correr la voz en los lugares adecuados y los clientes no tardaron en afluir. Volver a trabajar, tras un período de retiro forzoso, no sólo le sentó bien, sino que contribuyó a solventar muchas de sus necesidades. Incluso, desaparecieron aquellos escrúpulos de conciencia que siempre la habían torturado. Lo bueno de la guerra es que con ella se olvidan otros muchos problemas y prioridades, pues nadie puede angustiarse por más de un motivo al mismo tiempo. Al principio, intentó recibir a sus clientes a la luz del día, pero pronto se dio cuenta de que eso no era rentable ni seguro. Era mejor hacerlo por la noche, a pesar del toque de queda y de las otras incomodidades. A su madre, bastó con decirle que estaba trabajando de voluntaria en un hospital.

Con el tiempo, sus salidas nocturnas llegaron a convertirse en un aliciente. De hecho, el mejor momento del día solía ser ese paréntesis entre su llegada a la casa y la aparición del primer cliente. Allí tenía tiempo y ocasión para pensar y poner al día sus recuerdos. Después de todo, no era tan distinto a aquella época en la que se escapaba de casa para refugiarse en un pajar que había a las afueras del pueblo o espiaba a su hermano Alberto, que siempre andaba metido en líos y que, con frecuencia, le pedía que lo sacara de algún apuro.

– Rocío, ¿estás ahí? –susurró alguien desde la entrada.

Estaba tan abstraída que no lo había oído llegar. «Rocío» era su nombre de guerra, pero no terminaba de acostumbrarse. Por fin, contestó:

– Estoy aquí. Déjame que te alumbre.

Enseguida lo reconoció. Era un hombre alto y fornido, de unos cuarenta años, con el que se había acostado varias veces en su casa.

– ¿Me acompañas? –le pidió él, dirigiéndose de nuevo a la calle.

Durante el trayecto, no se dijeron nada. Ella caminaba unos pasos detrás de él, bien pegada a la pared, para evitar que pudie-

ran verla. Él parecía más asustado todavía, pues no hacía más que mirar a uno y otro lado. Caminaba deprisa, sin hacer ruido, con la mano derecha siempre metida en el bolsillo de la chaqueta. Por fin, se detuvieron ante un edificio de tres plantas que, visto desde fuera, daba la impresión de estar abandonado. De hecho, allí no vivía nadie, salvo él. En cierta ocasión, el hombre le había dicho que su mujer y sus hijos estaban fuera, en zona nacional, pues la guerra los había sorprendido en plenas vacaciones. Emilia había fantaseado alguna vez con la idea de quedarse a vivir en esa casa donde todo estaba hecho de materiales nobles y macizos, a prueba de guerras. Pero enseguida se arrepentía de haberlo pensado. Cuando llegaron a la tercera planta, el hombre se apresuró a abrir la puerta. Un pequeño rectángulo de un color más claro que el resto indicaba que no hacía mucho allí había habido una placa. La entrada daba directamente a un pasillo lleno de puertas. En un extremo, estaba lo que podría ser el salón; en el otro, el dormitorio principal, que era la única pieza que ella conocía.

– ¿Te gusta el champán? –le preguntó él–. He encontrado, por casualidad, una botella en la despensa, debajo de unas cajas.

– No lo he probado nunca.

– Pues esta es una noche tan buena como cualquier otra para hacerlo. Puedes ir desnudándote en la habitación, mientras voy a buscarlo.

El dormitorio era amplio y estaba bien amueblado. Lo que más le había llamado la atención, en su primera visita, era el armario, realmente inmenso y con las puertas cubiertas de espejos. Desde el ángulo en el que ahora se encontraba, se veía reflejada la cama y una coqueta de principios de siglo. Camuflada por las líneas del empapelado de la pared y oculta a medias tras un biombo, descubrió, de pronto, una puerta que nunca había observado y que en ese momento estaba entornada. Siempre le habían fascinado los pasadizos escondidos y las habitaciones secretas; de modo que no pudo reprimir la curiosidad. Abrió del todo la puerta y entró. Al otro lado, había una especie de trastero, lleno de libros, archivadores y muebles viejos. En el suelo, debajo de un escritorio, se amontonaban varios diplomas enmarcados, todos con el mismo

nombre, algunos cuadros y unas cuantas fotos de familia; en una de ellas, estaba él, unos años más joven, con la camisa de Falange. En un rincón, junto a una pila de periódicos, se topó con un montón de octavillas que aún olían a tinta fresca. Cogió una de ellas y empezó a leer: *A todos los ciudadanos de Madrid. Mensaje del General...* En ese momento, creyó oír ruido en el pasillo y tuvo que salir con precipitación. Estaba tan nerviosa que tropezó con una de las mesillas de noche y derribó una lámpara. Se agachó para recogerla. Mientras lo hacía, tuvo tiempo de ver que, debajo de la cama, había un fusil y varias cajas de munición, así como una bayoneta y otros objetos que no consiguió identificar. Logró ponerse en pie, antes de que él entrara en la habitación.

– Pero ¿aún estás vestida?
– Es que tengo algo de frío –balbuceó ella.

El hombre dejó las copas y el champán sobre la mesilla y se acercó a Emilia. Se había quitado el traje y la camisa, y se había puesto un batín de seda. Éste le daba un aspecto algo ridículo.

– Ven, anda, déjame que te caliente –le susurró, al tiempo que le pasaba un brazo por los hombros–. Pero si estás temblando, chiquilla. Ni que fuera la primera vez. Anda, acuéstate y desvístete dentro de la cama.

Él se sentó en el borde e hizo saltar el tapón. Emilia se sobresaltó.

– Tranquila, querida, es sólo champán.

Llenó las copas hasta el borde y le tendió una a ella, que tuvo que cogerla con las dos manos para no derramar su contenido.

– Toma –le dijo–, para que te alegres un poco y entres en calor. Pero antes brindemos a nuestra salud y por el final de la guerra. ¡Chinchín!

Ella tan sólo mojó los labios. No le gustaba el sabor, y le molestaba el cosquilleo de las burbujas en el paladar. Le parecía

indigno, además, beber champán en un momento en el que la mayoría de los madrileños apenas tenía para comer.

– ¿A que está bueno? –le decía él–. Pero bebe, no seas tonta. Sabe Dios cuándo volverás a probarlo. Venga, brindemos otra vez. ¡Chinchín! ¿Sabías que, en japonés, «chinchín» quiere decir pene? ¿No te parece gracioso?

A él, desde luego, se lo parecía. Se reía de una forma tan estrepitosa que hacía temblar toda la cama. Era una risa estúpida y obscena. Cuando bebía, el champán le caía por la comisura de los labios, y él se pasaba la lengua de un lado a otro para impedirlo. Emilia lo miraba sin poder evitarlo y a duras penas podía contener las arcadas. No obstante, volvió a probarlo. Cosas peores había hecho. Al fin y al cabo, estaba trabajando y no podía negarse a los caprichos de su cliente, por muy nauseabundos que estos fueran. Al tercer sorbo, comenzó a notar un cierto bienestar, como si todo su cuerpo se distendiera y la cabeza le flotara. Apuró la copa.

– Así me gusta. Buena chica.

Después de terminar la suya, el hombre se le echó encima sin miramientos y la penetró.

– Avísame cuando te vayas a correr –le dijo Emilia con una voz que no parecía la suya.

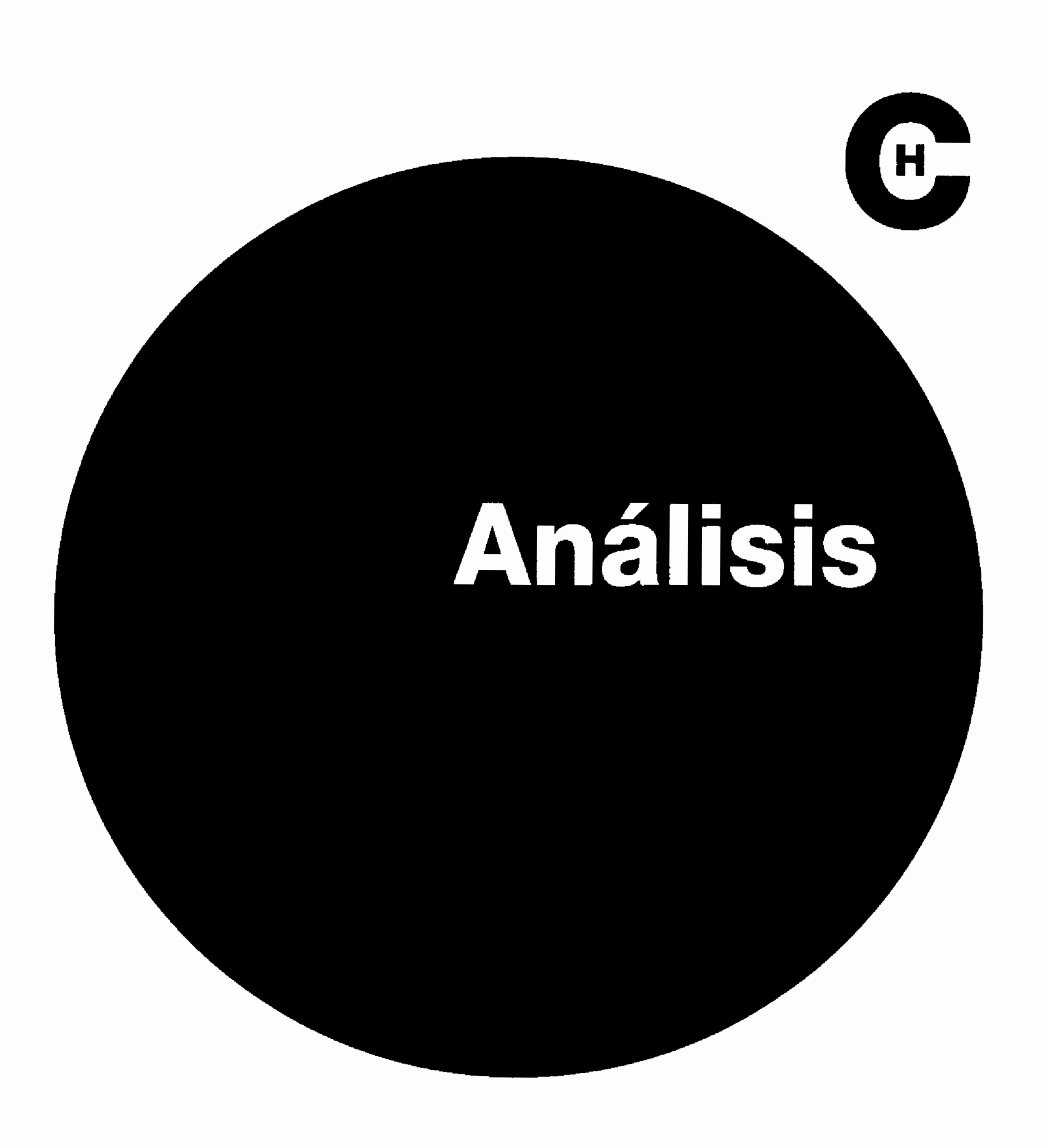
El aviso era innecesario, pues conocía de sobra a sus clientes y sabía distinguir muy bien ese instante que precede al abandono, cuando los músculos se tensan hasta el máximo y ya no existe nada, salvo el placer. De todas formas, quería estar segura. Él la aferraba con fuerza y la embestía con fiereza, como si quisiera atravesarla, con movimientos toscos y premiosos. Emilia no sabía si sería capaz de soportar su peso durante mucho tiempo, su aliento fétido, su sudor rancio. Para evadirse, intentaba pensar en otra cosa: contaba mentalmente las líneas y dibujos del empapelado o repasaba la tabla del ocho, la del nueve, los ríos de España, los

reyes godos, la lista de nombres que su hermano llevaba siempre consigo...

– Ahora, ahora –gritó él, por fin, entre jadeos.

Emilia cerró los ojos y le clavó la bayoneta en un costado, una y otra vez. Con rabia, con ensañamiento, con desesperación, como si su mano hubiera sido movida por otra mano más poderosa que la suya, y por otra mente más firme, vengativa y justiciera. Pero no se arrepintió. Lo más difícil fue quitárselo de encima.

Cuando llegó a casa, su hermano estaba ya dormido. Entró de nuevo en la habitación para coger los papeles que éste guardaba en su zamarra de cuero. Con un lápiz de ojos, tachó el nombre que estaba rodeado por un círculo. Al lado, escribió una dirección ©


Análisis



Cohesión social y ciudadanía en América Latina La contribución de la Unión Europea

José Antonio Sanahuja

La defensa de la democracia y la vigencia y respeto de los derechos humanos ha sido y es uno de los ejes de la política de la Unión Europea (UE) hacia América Latina. Fue un factor decisivo para propiciar el inicio de las relaciones entre ambas regiones, con el diálogo interparlamentario de los años setenta. Se convirtió en un objetivo expreso de las instancias de diálogo ministerial de los ochenta, cuando la UE respaldó la transición y consolidación de la democracia en el conjunto de la región, y en particular los procesos de paz en Centroamérica, que se basaban en la premisa de que no habría paz duradera sin democracia y desarrollo. Democracia y derechos humanos continuaron siendo un fundamento de la relación birregional en los noventa, cuando se introdujeron «cláusulas democráticas» en las distintas «generaciones» de acuerdos de cooperación y asociación firmados con la práctica totalidad de los países y grupos regionales de Latinoamérica.

En un contexto de transición y consolidación democrática, el compromiso y apoyo de la UE se ha centrado en los derechos fundamentales y en el ejercicio de los derechos políticos que se encuentran en el núcleo del concepto y el ejercicio de la ciudada-

nía: el derecho a la vida y la integridad personal, el sufragio efectivo, y las libertades políticas sin las que un régimen democrático no puede asentarse. El diálogo político, las cláusulas democráticas –que implican una clara condicionalidad democrática en el comercio y la ayuda económica–, la asistencia electoral y los programas de cooperación han sido los instrumentos utilizados para materializar ese compromiso. En estos últimos, en particular, se han incluido desde el apoyo a instancias de gobierno y ONG de defensa de los derechos humanos –destaca, particularmente, el Instrumento Europeo para la Democracia y los Derechos Humanos, nacido para América Latina y hoy en aplicación en todo el mundo–, hasta los programas de apoyo a la reforma del Estado, que han tratado de fortalecer a independencia y la capacidad de los poderes legislativo o judicial.

¿Sigue siendo pertinente este enfoque por parte de la UE? Sí, en la medida que en varios países de la región el derecho a la vida, la integridad física y la seguridad no siempre está garantizada, y subsisten violaciones de los derechos humanos por parte de las instituciones del Estado, como el uso excesivo de la fuerza por parte de la policía o las autoridades carcelarias, los emigrantes, en particular los que están en tránsito, son objeto de graves abusos, en algunos países se observa una preocupante tendencia hacia regímenes más autocráticos, que cuestionan derechos fundamentales, como la libertad de expresión.

Hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas

La actuación de la UE ha respondido a un ciclo de transición y consolidación de la democracia en América Latina, que sin haberse cerrado completamente, parece haber dado paso a otro ciclo. Conquistada la ciudadanía política, y pese a que puedan darse las situaciones antes descritas, surge nueva agenda centrada en el contenido civil, social y económico de la ciudadanía. De hecho, hoy existe un panorama casi generalizado de regímenes democráticos y de elecciones periódicas. Un buen número de procesos electorales han llevado al poder a líderes que expresan las aspiraciones económicas y sociales de los grupos más pobres, que tradicional-

mente no tenían suficiente representación en la política y el gobierno, en lo que se ha calificado como «nuevo ciclo político» o «viraje a la izquierda» de la región.

Este cambio parece responder al hecho de que, al tiempo que se consolidan los derechos políticos, se ha generado una creciente frustración por los limitados resultados de las reformas económicas, y la persistencia de altos niveles de pobreza, la desigualdad más alta del mundo, situaciones graves de discriminación que generan exclusión social y debilitan el ejercicio de la ciudadanía efectiva, y serios problemas de seguridad ciudadana. De hecho, en varios países las violaciones de los derechos humanos hoy son cometidas por fuerzas paraestatales que el Estado no ha sido capaz de controlar, y aumenta la violencia y la criminalidad organizada, que se expande ante la ineficacia de las fuerzas de seguridad y de sistemas judiciales débiles y en ocasiones minados por la corrupción, generando condiciones de impunidad de las que se benefician las organizaciones delictivas.

A ello se le añade que en la región existe un serio problema de «mal gobierno» y escasa eficacia de las políticas públicas, tanto en las administraciones centrales, como en los niveles de la actividad del Estado más cercanos a la ciudadanía, como la policía o los hospitales. Ello refleja problemas arraigados de ineficiencia, escasa capacitación, retribuciones bajas de los empleados públicos, corrupción, e interferencias políticas que impiden la maduración y continuidad de las políticas y programas.

También incide en todo ello la debilidad fiscal del Estado. América Latina y el Caribe se encuentran entre las regiones del mundo en las que las cargas fiscales son más bajas. Además, en la estructura de los ingresos fiscales de la mayor parte de la región se observa que la contribución de los impuestos directos es muy baja de hecho, es la más baja del mundo y la mayor parte de los ingresos proceden de impuestos indirectos. Aunque parte del problema es atribuible al fuerte peso de la economía informal, el sistema fiscal favorece a los sectores más pudientes, y la incidencia de la evasión fiscal y las exenciones particulares son muy elevadas, lo que supone un reparto muy injusto de las cargas del Estado y de la financiación de las políticas públicas, que recaen en mucha mayor medida sobre la clase media y los sectores más pobres.

Pero si el sistema fiscal no contribuye a la redistribución, tampoco lo hace el gasto público social, que en muchos países de la región mantiene y acentúa la extrema desigualdad de la distribución de la riqueza. El gasto en atención primaria de salud, en la educación primaria, y las transferencias en concepto de programas sociales tienen un fuerte sesgo redistributivo, pero las aportaciones estatales a los sistema de seguridad social y el gasto en educación universitaria, que benefician en mayor medida a las clases medias y altas, refuerzan la fuerte desigualdad que caracteriza a la distribución del ingreso primario. Todo ello, además de ser injusto, afecta a la larga a la eficiencia económica, al reducir el gasto del gobierno en áreas como la salud, la educación o la infraestructura productiva; penaliza a quienes siguen la ley; y socava el contrato social entre el ciudadano y el Estado.

A pesar de los avances normativos, la no discriminación aún no está suficientemente garantizada en ámbitos como la etnia, el género, el estatus socioeconómico, la orientación sexual, las discapacidades, o el estigma asociado a determinadas enfermedades, como el VIH/sida. Todas ellas suponen marcadas desigualdades de acceso a las instancias públicas, de participación social y política, y notables diferencias de trato para personas pertenecientes a distintos grupos, en particular los indígenas. Esas diferencias de trato son muy marcadas en el acceso a la educación, la saludo, los servicios públicos, y en particular, el acceso a la justicia. Todo ello afecta a la dimensión social de la ciudadanía, que constituye un importante desafío para las democracias de América Latina y el Caribe, que si bien han logrado avances en materia de ciudadanía política, no lo han logrado en igual medida en su dimensión civil y social. Ello afecta a su legitimidad. Como afirmó Naciones Unidas en el informe *La democracia en América Latina: Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, publicado en 2004, «No hay malestar *con* la democracia, pero hay malestar *en* la democracia».

La UE y el diálogo con América Latina: promover la cohesión social y un concepto ampliado de ciudadanía

En América Latina el concepto de cohesión social es se ha introducido en el discurso político a través del diálogo político

con la UE y en el seno de las Conferencias Iberoamericanas. En ocasiones, el tema aún suscita resistencias en América Latina, porque se percibe como una nueva imposición de los países ricos. Si se acepta, a veces se identifica, de manera reduccionista, con la lucha contra la pobreza, o con la política social. En otros casos el concepto aparece ligado a los procesos de integración, y en una lectura latinoamericana de la experiencia de la UE, se reclama en nombre de la cohesión social algún mecanismo financiero al estilo de los «fondos de cohesión» para atenuar las asimetrías intrarregionales y redistribuir recursos. Pero es más infrecuente que la cohesión se vincule con el diálogo social y con los pactos sociales, con políticas redistributivas, o con la lucha contra la discriminación. En cualquier caso, si este concepto está siendo asumido en América Latina, más que por la influencia de la UE, es por su capacidad para aprehender la realidad social de la región, y la necesidad de políticas que promuevan la inclusión social, y no sólo la reducción de la pobreza y la desigualdad.

Tanto la UE como América Latina se enfrentan al desafío de la cohesión social en el marco de las presiones competitivas de la globalización, y ello justifica el diálogo político sobre esta cuestión, pero en América Latina promover la cohesión social significa, en primer lugar, erradicar la pobreza, la exclusión y la desigualdad de ingresos, de acceso a los activos productivos, a la educación, la salud y al crédito, y a los servicios públicos, así como los elevados niveles de economía informal, y hacer frente a las dinámicas seculares de exclusión y de discriminación por razones de etnia, género, o de otra índole.

En otras palabras, se trata de construir ciudadanía a partir de la cohesión social. La aplicación de las políticas públicas de cohesión son una condición indispensable para la construcción de un concepto de ciudadanía que incorpore la dignidad de las condiciones de vida, un mínimo de igualdad de oportunidades y la solidaridad como base de las políticas redistributivas.

La cohesión social se ha convertido en un eje de la política de la UE hacia América Latina, y como tal, se ha abordado tanto en ámbitos técnicos –por ejemplo, el trabajo conjunto de la Comisión Europea, el BID, CEPAL y la Secretaría General Iberoamericana–, como en el ámbito del diálogo político de las «Cumbres»

de Jefes de Estado y de Gobierno UE-América Latina y el Caribe. La Cumbre de Viena (mayo de 2006) situó esta cuestión como objetivo prioritario de la política de la UE hacia América Latina, y la Cumbre Iberoamericana de Santiago de Chile reafirmará, en otro ámbito, ese compromiso. Más allá del diálogo político, las políticas de cooperación al desarrollo de la Comunidad Europea están incorporando este objetivo a través de sus Documentos de Estrategia Nacional (*Country Strategy Papers*) que enmarcan la cooperación comunitaria, y del importante programa «Eurosocial», que promueve el intercambio de experiencias y buenas prácticas sobre cohesión social en materia de educación, salud, empleo y fiscalidad, entre otros ámbitos de políticas públicas.

Sin embargo, el principal desafío para promover la cohesión social por parte de la UE se encuentra hoy en los acuerdos de Asociación y en particular en su componente de libre comercio. Aunque sólo están vigentes los Acuerdos entre la UE y México, y la UE y Chile, existe la previsión de completar una «red» de Acuerdos de asociación que incluirá nuevos acuerdos birregionales entre la UE y Mercosur, la Comunidad Andina de Naciones, y Centroamérica. Las negociaciones para estos dos últimos se han iniciado a finales de 2007 y pueden culminar en 2008. Paradójicamente, en estas negociaciones la cohesión social es un elemento ausente.

Este hecho es llamativo. El concepto de cohesión social, en la experiencia europea, es en parte una respuesta a las asimetrías y la necesidad de afrontar los costes del ajuste y promover la «convergencia real» en un contexto de integración económica «profunda», pues los Acuerdos de Asociación son del tipo «OMC-plus». Implican liberalización de comercio de bienes, servicios, circulación de capitales, contratación pública, y amplias exigencias en materia de protección de inversiones y de la propiedad intelectual entre economías caracterizadas por grandes asimetrías. En este tipo de acuerdos, no existe un vínculo positivo automático entre comercio, desarrollo, y cohesión social, y a menos que se haga algo por evitarlo, pueden tener el efecto contrario. En particular, la posible negociación de acuerdos de asociación con los países centroamericanos y andinos plantea problemas de gran magnitud en términos de tratamiento de las asimetrías y de

su impacto en la cohesión social, debido a su menor nivel de desarrollo.

Esta cuestión es crucial. Por supuesto, compromete el desarrollo de ambos grupos regionales. Además, la falta de coherencia de la UE en relación a estos acuerdos afecta a la eficacia y la credibilidad de sus políticas para promover la cohesión social. Al no contemplarse medidas relacionadas con la cohesión social, estos acuerdos revelan las limitaciones del concepto y la práctica de la cohesión social que la UE, como «potencia civil», trata de promover en sus relaciones con América Latina ©



Contra el elogio del crimen

Horacio Castellanos Moya

La recuperación de la memoria histórica no es una idea exclusiva de los grupos vinculados a la defensa de los derechos humanos y de las víctimas de abusos y barbarie por parte del poder estatal. Los victimarios también apelan a su memoria histórica y se esfuerzan por imponer a sus figuras a través del elogio del crimen. Al menos, en El Salvador, ese es el caso. Muestra de ello es una iniciativa de ley que el partido de gobierno, la Alianza Republicana Nacionalista (Arena), presentó a la Asamblea Legislativa en febrero de 2007 –quince años después de la firma de los Acuerdos de Paz que pusieron fin a la guerra civil– con la que pretendía nombrar a Roberto D'Aubuisson «Hijo Meritísimo de la Patria». D'Aubuisson fue el fundador de ese partido, pero también fue el máximo dirigente de los escuadrones de la muerte y el autor intelectual del asesinato de monseñor Oscar Arnulfo Romero en marzo de 1980, tal como lo documentó el Informe de la Comisión de la Verdad integrada por las Naciones Unidas luego del fin de la guerra civil.

La iniciativa de convertir a D'Aubuisson –un oficial del ejército que fuera jefe de los servicios de inteligencia, fallecido en 1992– en «padre de la patria» desató una reacción inmediata por parte de los grupos de defensa de los derechos humanos, de instituciones políticas y de organismos internacionales. Los sectores liberales del Partido Demócrata de Estados Unidos se apresuraron a enviar a San Salvador al ex diplomático Robert White, quien fue embajador en ese país en la época en que se cometió el asesinato de

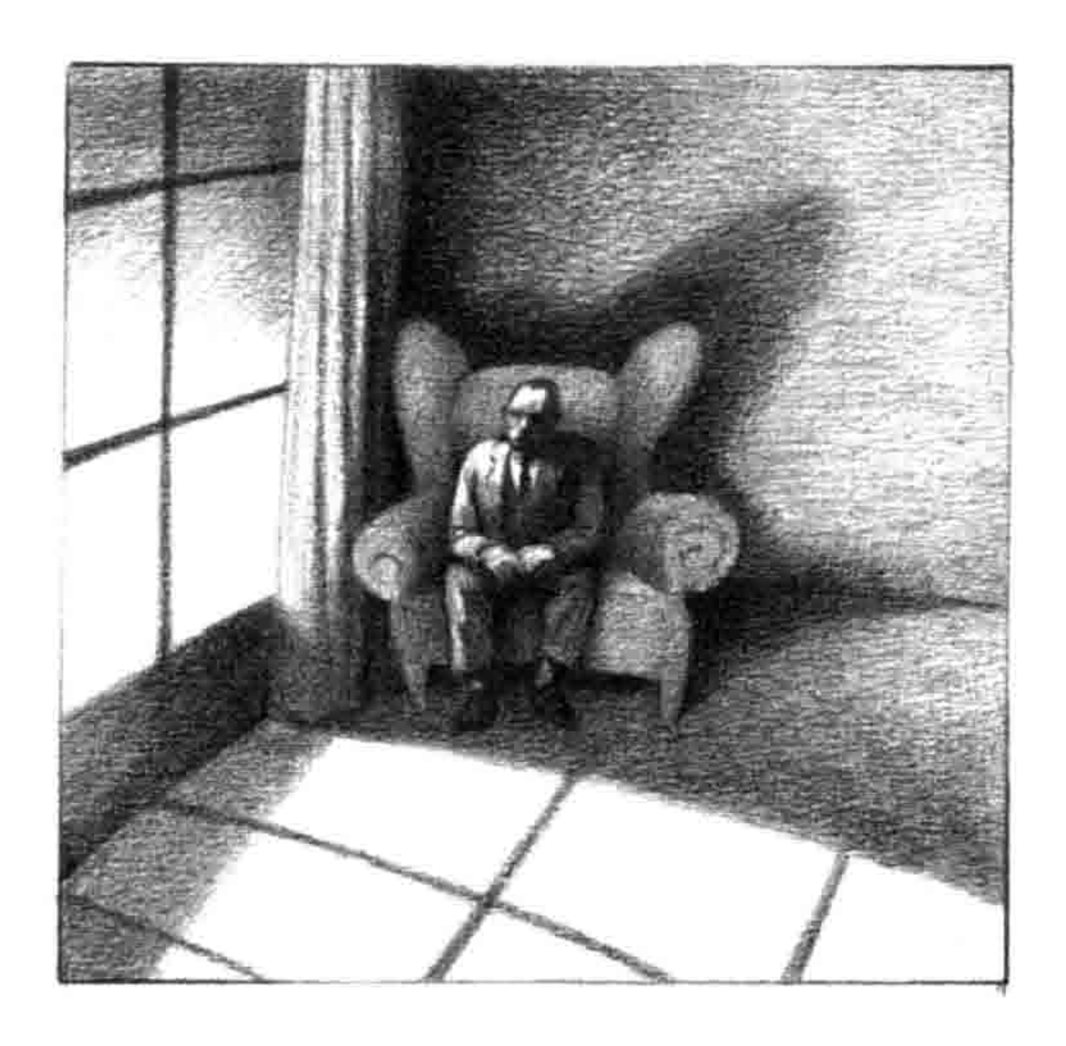
monseñor Romero y quien tuvo acceso a las pruebas que señalaban a D'Aubuisson como el autor intelectual del mismo. La reacción nacional e internacional fue de tal envergadura que el partido de gobierno –cuyo presidente es el mismo Presidente de República y de cuya oficina salió la iniciativa, según los informes– se vio obligado a retirar la moción.

Muchos calificaron la iniciativa gubernamental como un «disparate», pero no era un «disparate», ni sólo una provocación, sino una evidencia de un fenómeno mucho más profundo y grave: el asesinato de miles de civiles desarmados durante el conflicto armado no es motivo de vergüenza ni de arrepentimiento para los grupos de poder que propiciaron y ejecutaron esas matanzas; por el contrario, el partido de gobierno, la cúpula empresarial que lo financia (la misma quizá que financió a D'Aubuisson para que fundara los escuadrones de la muerte) y el ejército se sienten orgullosos de la barbarie, se jacta de ella y hacen esfuerzos por «institucionalizarla».

En algunos países del Cono Sur, en especial en Chile y la Argentina, donde las dictaduras militares perpetraron barbaries contra la población civil en el marco de la lucha contrainsurgente durante la década de los 70, las instituciones culpables de esos crímenes han expresado su arrepentimiento e incluso han pedido perdón a sus pueblos por los desmanes cometidos. Un ejército, como institución armada permanente de la nación, que reconoce públicamente sus faltas y que pide perdón por las mismas a los ciudadanos, contribuye fundamentalmente a la reconciliación nacional, a cicatrizar el pasado como condición para la construcción de futuro, a recuperar la energía moral que una nación necesita para darle contenidos a la democracia, a revitalizar los liderazgos y el Estado de derecho. Por el contrario, un ejército y un gobierno que carecen de capacidad de arrepentimiento ante las injusticias cometidas, que convierten la barbarie y la impunidad en motivos de orgullo, cierran la posibilidad de reconciliación y profundizan la descomposición moral de un pueblo, porque la impunidad e incapacidad de arrepentimiento de esos liderazgos se reflejarán en los distintos estratos de la sociedad, y en particular en la actitud del ciudadano ante las leyes y el Estado de derecho.

Difícilmente puede haber reconciliación nacional sin perdón, y no puede haber perdón por parte de la víctima sin reconocimiento de la falta cometida por parte del victimario. En El Salvador, en la década de los 80, el ejército como institución fue responsable de los asesinatos de seis sacerdotes jesuitas de origen español, cuatro monjas Maryknoll estadunidenses, centenares de líderes políticos y sociales, y decenas de miles de ciudadanos desarmados. Pocos de estos crímenes fueron llevados a los tribunales; algunos de sus autores materiales fueron condenados. Una ley de amnistía aprobada al vuelo antes de que se firmara la paz protege en la mayoría de casos a los autores intelectuales de las masacres. Pero no se trata sólo de un asunto legal, sino de mentalidades y actitudes. La contrición de un liderazgo institucional, luego del asesinato de civiles desarmados en el marco de una guerra civil, funcionaría en el imaginario colectivo como muestra de renovación y fortaleza, ayudaría a la despolarización política y a pacificar una sociedad asolada por la violencia; el elogio del criminal, por el contrario, refuerza la cultura de la impunidad y justifica la práctica cotidiana de la violencia. El Salvador es un ejemplo de esto último.

En ciertos países de Centroamérica, entonces, la recuperación de la memoria histórica rebasa las dimensiones de la investigación académica o de la práctica humanitaria, y se ubica en el vórtice de un presente palpitante, en el que los señores de la barbarie, luego de asesinar a miles de víctimas indefensas, y en muchos casos desaparecer sus cadáveres, ahora pretenden convertir esos hechos delictivos en motivo de orgullo nacional y convertir a los criminales en héroes de la nación



Los derechos humanos en Hispanoamérica

Hernando Valencia Villa

En Hispanoamérica, los derechos humanos constituyen no sólo una cuestión pública prioritaria, que toca de manera transversal todos los sectores de la sociedad (las clases sociales, las regiones, los partidos políticos, la economía, la cultura, la vida cotidiana), sino también una expresión estructural de la crisis ética, del conflicto moral que parece marcar a fuego el pasado, el presente y el futuro del subcontinente. Las violaciones endémicas de las libertades ciudadanas que plagan la región, en efecto, pueden ser vistas como excesos y defectos en la organización y administración de los Estados nacionales hispanoamericanos desde la ruptura del vínculo colonial con la metrópoli española en el primer tercio del siglo XIX, y al mismo tiempo como manifestaciones de la barbarie que derrota todavía a la civilización en el hemisferio occidental, para emplear la socorrida dicotomía del pensador argentino Domingo Faustino Sarmiento. En cualquier caso, la observancia de los derechos humanos en la América hispana resulta tanto más insatisfactoria cuanto que el desempeño de gobiernos y sociedades civiles en la promoción y protección de la dignidad común puede y debe ser juzgado en una doble perspectiva: por una parte, la realización de las promesas de la Ilustración desde la Independencia de las antiguas colonias españolas del Nuevo Mundo; y por la otra, el cumplimiento de las obligaciones constitucionales e internacionales de los actuales Estados hispanoameri-

canos en materia de derechos humanos y libertades públicas. En el primer caso, la crisis regional de derechos humanos pone en evidencia la profunda distancia existente entre los ideales de la modernidad y las realidades del subdesarrollo. Y en el segundo caso, el drama humanitario de muchos países del Extremo Occidente subraya la vigencia de lo que podría llamarse «la mentira normativa», que comprende tanto el constitucionalismo semántico cuanto el internacionalismo retórico que emplean desde antiguo los regímenes políticos hispanoamericanos, sean civiles o militares, democráticos o despóticos, tradicionalistas o revolucionarios, neoliberales o populistas, legales o de facto, como coartadas para encubrir o legitimar sus prácticas arbitrarias o violentas.

Aunque la influencia del atraso y de la dependencia como características constitutivas de las modernas sociedades hispanoamericanas no puede soslayarse, parece evidente que la violación de los derechos humanos de primera generación o civiles y políticos (que son los únicos justiciables y sometidos al escrutinio de la comunidad internacional) no es imputable de manera directa a la injusticia socioeconómica. La experiencia acumulada de los organismos intergubernamentales de control y vigilancia, tanto del sistema mundial o de la ONU cuanto del sistema interamericano o de la OEA, al igual que de las organizaciones no gubernamentales o de la sociedad civil, sugiere más bien que la causa de las causas de la crisis humanitaria regional es la injusticia política resultante de la actuación de regímenes autoritarios o dictatoriales y de la presencia de procesos de lucha armada o violencia política. Si a estos dos principales factores de violación de los derechos humanos se suma la impunidad judicial estructural, tenemos un círculo vicioso inexpugnable en el cual las desapariciones forzadas, las ejecuciones extrajudiciales, las masacres, las torturas y las demás conductas abusivas o criminales atribuibles a los agentes estatales, a sus aliados irregulares o a sus enemigos armados, según el caso, se convierten en prácticas rutinarias y rentables, que sirven como mecanismos de solución de conflictos, asignación de recursos y reivindicación de intereses a lo largo y ancho del subcontinente.

Este contexto de barbarie e impunidad, generado por el despotismo gubernamental o el alzamiento guerrillero y reproducido

por la pobreza y la corrupción, explica por qué el deterioro de las libertades fundamentales está presente en casi todos los países del área pero asume formas y manifestaciones muy diversas en cada uno de ellos. En un ejercicio taxonómico muy valioso, que se publicó hace ya doce años pero que conserva buena parte de su vigencia, el politólogo argentino Mario R. dos Santos y el sociólogo boliviano Fernando Calderón distinguen siete asignaturas pendientes de otros tantos grupos de Estados en la construcción de la democracia política en América Latina: [1] la necesidad de erradicar la violencia política (Colombia, El Salvador, Guatemala y Perú); [2] la superación de una institucionalidad antidemocrática (Chile, Paraguay y Honduras); [3] la superación de la tutela de las Fuerzas Armadas (Brasil, Uruguay y Argentina); [4] la inclusión de mayores contenidos sociales en la política (Ecuador y Bolivia); [5] la ampliación de la competencia política (México y Cuba); [6] la revitalización del régimen democrático (Costa Rica y Venezuela); y [7] la superación de la tutela externa (Puerto Rico y Panamá)[1]. Si bien algunas de estas categorías analíticas deben ser actualizadas, como la segunda y la tercera, o reformuladas en términos más realistas, como la quinta, en conjunto la tipología de dos Santos y Calderón mantiene su potencial crítico e incluso profético, como en los casos de Ecuador y Bolivia, cuyos actuales gobiernos «nacionalpopulistas» parecen responder a la carencia de políticas sociales que denunciaba *Sociedades sin atajos* en 1995. Y la comparación de los regímenes mexicano y cubano entraña más de una ironía por cuanto subraya el parentesco secreto entre el autoritarismo del PRI y el autoritarismo del castrismo, y al mismo tiempo anticipa la compleja y confusa transición política de muy distinto signo que ya está en curso en uno y otro país.

Con todo, más allá del análisis de Calderón y dos Santos, que culmina con una «pragmática del conflicto», enderezada a que los conflictos de las sociedades latinoamericanas «sean explicitados, reconocidos y procesados colectivamente, y que dicho procesamiento se efectúe por la vía de la negociación y no de la violen-

---

1 Fernando Calderón y Mario R. dos Santos, *Sociedades sin atajos: Cultura, política y reestructuración económica en América Latina*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1995, páginas 89 a 101.

cia»[2], hoy resulta incuestionable que el aspecto más positivo de la crisis humanitaria regional es la lucha pacífica de la sociedad civil contra la barbarie de todos los actores armados, estatales y no estatales, y contra la impunidad judicial estructural. Tal lucha se propone, en últimas, la apertura o la consolidación de un espacio propio, el de la ciudadanía activa o efectiva, entendida como el derecho a tener derechos. En este horizonte normativo, conviene señalar de modo sumario los rasgos centrales de la disputa por la dignidad humana y las libertades fundamentales derivadas de ella en el ámbito hispanoamericano.

Los Estados latinoamericanos que padecen hoy violaciones graves, masivas o sistemáticas de los derechos humanos pueden dividirse en cuatro grupos: países en conflicto armado interno, países en transición a la paz y/o a la democracia, países bajo dictadura y países en crisis de gobernabilidad. El criterio de esta tipología es la existencia de una crisis política más o menos radical, debida a la naturaleza autoritaria, represiva u opresiva del régimen, al carácter armado de la oposición, a la índole violenta de las relaciones entre los actores políticos, a la inestabilidad de las instituciones o, en general, a un estado de cosas que se traduce en injusticia política para amplios sectores sociales. Puede ensayarse una breve descripción de los cuatro grupos de naciones en crisis humanitaria, así:

La categoría de los países en conflicto armado interno, en primer lugar, se reduce hoy a un solo país: Colombia, que sufre desde 1964 la tiranía de una guerra de guerrillas de carácter crónico y múltiple en la cual la pugna de las legitimidades se confunde y se refuerza con la degradación de las hostilidades en desmedro de la población civil no combatiente. Calificada como catastrófica por todas las autoridades internacionales y por algunas autoridades nacionales en la materia, la crisis de derechos humanos en Colombia sigue tan enconada como hace quince o veinte años, según se advierte en las principales cifras. A lo largo de las dos últimas décadas, se registran cerca de treinta mil homicidios dolosos al año, de los cuales entre el 15% y el 20% guardan relación directa con el alzamiento guerrillero y su represión militar y para-

---

[2] Calderón y dos Santos, *op. cit.*, página 115.

militar. Según la Organización Mundial de la Salud, en Colombia se comete el 10% de todas las muertes violentas causadas por la mano del hombre en el mundo. De acuerdo con la Iglesia católica, a resultas de las amenazas y agresiones de los distintos actores armados, hay más de dos millones de desplazados internos. Los secuestros extorsivos ascienden a tres mil quinientos al año. Y las masacres o muertes atroces de cuatro o más personas en el mismo episodio se cuentan por docenas al año, como la infame matanza de Bojayá, acaecida el 2 de mayo de 2002 en la zona limítrofe entre Colombia y Panamá, en la cual fueron asesinados con armas automáticas y artefactos explosivos 119 civiles desarmados, muchos de ellos niños y mujeres que se habían refugiado en una pequeña iglesia rural para tratar de escapar al fuego cruzado de guerrilleros y paramilitares. Si a esta situación se suman la impunidad judicial que beneficia a todas las partes contendientes, y la corrupción de políticos y funcionarios que produce la doble influencia del narcotráfico y del paramilitarismo, el resultado es la crisis de derechos humanos más grave del hemisferio occidental y una de las peores del mundo junto a las de Sudán, Palestina, Irak, Afganistán y Myanmar[3]. En el futuro inmediato, el pronóstico es reservado pues el actual gobierno colombiano porfía en su política punitiva con las guerrillas y lenitiva con los paramilitares, las víctimas de los fuegos cruzados se cuentan por decenas de miles y se hallan en la indefensión, y el país está cada vez más extraviado en un laberinto de barbarie y corrupción.

La categoría de los países en transición a la paz y/o a la democracia, en segundo lugar, incluye a Argentina, Chile, Cuba, El Salvador, Guatemala, México, Nicaragua, Paraguay y Perú. Estos nueve Estados han vivido y viven procesos transicionales difíciles y prolongados, cuyo punto de partida ha sido la dictadura militar en los casos de Argentina, Chile y Paraguay, el autoritarismo civil en los casos de México y Perú, el conflicto armado interno en los casos de El Salvador, Guatemala y Nicaragua, y el régimen comunista en el caso de Cuba. La experiencia peruana reciente puede

---

[3] Hernando Valencia Villa, «Colombia», en Roy Gutman y David Rieff (editores), *Crímenes de guerra: Lo que debemos saber*, Debate, Barcelona, 2003, páginas 130 a 133.

tipificarse también, al menos en parte, como conflicto armado interno, y la experiencia cubana actual tal vez queda mejor ubicada como caso único en la tercera de nuestras categorías, la de los países bajo dictadura. Con esta última excepción, los ocho países restantes han recuperado la civilidad democrática mediante el empleo de Comisiones de la Verdad y otros mecanismos propios de la llamada «justicia transicional» o *jus post bellum*[4], que se configura ya como un nuevo y desafiante campo de estudios y de experiencias en que convergen las perspectivas combinadas de la ética, el derecho internacional, el derecho constitucional y la ciencia política. La impunidad aún encubre con su ominoso manto de perdón y olvido las graves y numerosas violaciones de los derechos humanos que fueron perpetradas en este grupo de naciones durante el último tercio del siglo XX, como lo demuestran los contrastes de la coyuntura: las transiciones avanzan a buen ritmo en Argentina y Chile; México, Paraguay y Perú pugnan de distintas maneras por ajustar cuentas con su pasado autoritario: y El Salvador y Guatemala, por fin, se debaten entre la corrupción política y la delincuencia organizada como secuelas de las guerras civiles de las últimas décadas.

La categoría de los países bajo dictadura, en tercer lugar, tiene un solo miembro: Cuba, que permanece aislada como el único régimen comunista del continente americano y uno de los últimos del planeta, al lado de China y Corea del Norte. La enfermedad de Fidel Castro ha iniciado una precaria transición, de características y consecuencias imprevisibles en razón del secretismo del Estado cubano y del bloqueo norteamericano, pero las prácticas abusivas contra los derechos civiles y políticos de la oposición y de las minorías se prolongan y se retuercen, contra toda evidencia y contra toda esperanza, muy a pesar de los informes adversos sobre la gestión del gobierno de La Habana que publican cada año las principales ONGs de derechos humanos, así como los órganos

[4] Michael Walzer, *Reflexiones sobre la guerra*, Ediciones Paidós, Barcelona, 2004; Jon Elster, *Rendición de cuentas: La justicia transicional en perspectiva histórica*, Katz Editores, Buenos Aires, 2006; y Naomi Roht-Arriaza & Javier Mariezcurrena (eds.), *Transitional justice in the twenty-first century: Beyond truth versus justice*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006.

de control y vigilancia del sistema interamericano. En estos albores del siglo XXI, las izquierdas de los países occidentales parecen haber renunciado ya al romanticismo político que hizo posible defender a Castro y al castrismo con tanta indulgencia durante tanto tiempo, al punto que, sin perjuicio de sus grandes logros en educación y salud públicas, la revolución cubana se percibe cada vez más como una anomalía histórica con los días contados.

La categoría de los países en crisis de gobernabilidad, en cuarto y último lugar, comprende a Haití, al igual que a Bolivia, Ecuador y Venezuela, aunque por razones muy distintas. La antigua colonia francesa del Caribe, que comparte la isla de la Española con la República Dominicana, fue la primera república de América Latina y la segunda del hemisferio después de los Estados Unidos, y es el país más pobre y más desdichado de la región. Intervenido por las fuerzas de paz de las Naciones Unidas desde hace varios años, Haití mantiene miles de violaciones de los derechos humanos en la impunidad, que alimentan la inestabilidad del régimen y la injusticia de la sociedad. Los tres Estados andinos, en cambio, se encuentran hoy gobernados por sendos presidentes de origen democrático, cuya ideología compartida bien puede ser calificada de «nacionalpopulista» pues se trata de un discurso tercermundista, de reivindicación de la soberanía nacional sobre los recursos naturales, que se sustenta en un liderazgo carismático o plebiscitario aupado por golpes de opinión, y que se complace en enfrentar a las masas populares con las instituciones públicas para legitimar una cierta gestión redistributiva del patrimonio colectivo. Chavez en Venezuela, Correa en Ecuador y Morales en Bolivia aprovechan sus riquezas energéticas y sus caudales electorales para sostener su retórica reformista, pero su preocupación real por los derechos humanos apenas si se distingue de la de sus antecesores.

Frente a este horizonte de tempestades, cabe preguntarse por la parte de la Organización de los Estados Americanos. El hemisferio occidental cuenta con uno de los sistemas de integración política más antiguos del mundo, dentro del cual opera a su vez uno de los regímenes de protección de los derechos humanos más avanzados del planeta. Y sin embargo, los países americanos parecen conformarse con una diplomacia bilateral cada vez más inope-

rante frente a los desafíos de la hegemonía estadounidense y de la globalización capitalista, y no se deciden a apostar en serio por la defensa normativa de las libertades fundamentales de sus ciudadanos mediante instituciones multilaterales fuertes, justas e independientes. En tal sentido, la ventaja excepcional de compartir una historia, una lengua y una cultura comunes continúa desprovechada por los Estados hispanoamericanos, como se advierte en la proverbial debilidad de la OEA y sobre todo en la precaria observancia de las obligaciones y decisiones de los instrumentos y órganos del sistema interamericano de protección de los derechos humanos.

Al revisar de cerca la gestión de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en Washington y la Corte Interamericana de Derechos Humanos en San José de Costa Rica, en efecto, puede comprobarse que si bien en los últimos doce o quince años se ha hecho un esfuerzo notable por impartir justica internacional frente a los miles de querellas por violaciones de las libertades fundamentales que comprometen la responsabilidad de los Estados y gobiernos de la región, todavía se reciben con recelo y se cumplen a medias o a regañadientes las decisiones de los mencionados órganos de control y vigilancia, no se destinan nuevos recursos para fortalecerlos y modernizarlos, e incluso se conspira para debilitarlos o suprimirlos. Peor aún, sin perder de vista que los crímenes impunes de las dictaduras y guerras civiles latinoamericanas del siglo pasado constituyen todavía la parte del león en el sistema de casos individuales a cargo de la Comisión y de la Corte, conviene subrayar el crecimiento exponencial de las denuncias por denegación de justicia e irrespeto de garantías procesales, lo cual significa que, junto al autoritarismo y la barbarie que no dan tregua, la crisis de las justicias nacionales tiende a ser la causa principal de violación de los derechos humanos en el hemisferio.

Es bien sabido que en años recientes se ha promovido de manera sibilina una reforma del sistema interamericano de protección de los derechos humanos que consistiría en un nuevo arreglo institucional calcado sobre el Protocolo 11 de la Convención Europea de Derechos Humanos, es decir, que implicaría la supresión de la Comisión y al mismo tiempo la concentración en la Corte de

todas las funciones de control y vigilancia de las libertades fundamentales de los ciudadanos y habitantes de las Américas. En apariencia, esta iniciativa corresponde a la más reciente y sofistificada tecnología de protección internacional de los derechos humanos, que alcanza su máxima expresión en el Tribunal Europeo de Derechos Humanos de Estrasburgo. En realidad, lo que en Europa ha sido y es progreso por cuanto traduce una apuesta por el derecho de gentes en una perspectiva decididamente democrática, en América puede ser retroceso ya que la propuesta de enmienda no procede de los sectores más comprometidos con la democracia de los derechos en el hemisferio, ni pretende incrementar el acatamiento de la legalidad internacional por parte de los Estados americanos. Esta crítica no desconoce que el futuro de la protección internacional de los derechos humanos está en manos de órganos de naturaleza jurisdiccional, como lo demuestra no sólo la adopción del Protocolo 11 de la Convención Europea sino también y sobre todo la creación y puesta en marcha de la Corte Penal Internacional de carácter permanente, pero aconseja tomar *cum grano salis* iniciativas reformistas tan discutibles como las que circulan en el sistema interamericano.

En diciembre de 1793, el ilustrado neogranadino Antonio Nariño publicó en Santa Fe de Bogotá la primera traducción al español de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que había sido proclamada por los revolucionarios franceses el 26 de agosto de 1789. Con este gesto de héroe romántico, que anticipaba tanto a Bolívar como a Byron y que le costó veinte años de cautiverio y exilio en Cartagena de Indias y Cádiz, Nariño no sólo inició la divulgación del primer instrumento internacional de derechos humanos en el ámbito de la lengua española sino que fundó también la tradición hispanoamericana de consagrar las libertades fundamentales de los ciudadanos en declaraciones y cartas constitucionales de amplio espectro y de larga duración. Desde entonces, la observancia plena de las libertades individuales y sociales constituye uno de los elementos centrales del proyecto de civilización que alienta aún en nuestra maltrecha modernidad. En estas vísperas del bicentenario de las independencias hispanoamericanas, con la agenda política y académica cargada de balances e inventarios, la protección efectiva de

«todos los derechos humanos de todos» sigue siendo una asignatura pendiente que se parece bastante a la tarea de Sísifo, el héroe de la mitología griega que por su amor a los hombres y por su sed de justicia fue condenando por los dioses a empujar cada día una gran roca hasta la cima de una montaña desde donde volvía a caer por su propio peso. Pero, como decía Camus durante la segunda guerra mundial, «el esfuerzo mismo para llegar a las cumbres basta para llenar un corazón de hombre. Hay que imaginar a Sísifo dichoso»[5] ©

[5] Albert Camus, *El mito de Sísifo*, en *Obras 1*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, página 329.


Punto de
vista



Cebrián y la anatomía política del franquismo

Julio Ortega

EL PROFESOR Y CRÍTICO PERUANO REPASA LA TRAYECTORIA LITERARIA DE JUAN LUIS CEBRIÁN CON RELACIÓN AL FRANQUISMO.

La patología de la vida cotidiana del franquismo ha ocupado a memorialistas y novelistas, a veces sin proponérselo y antes aun de la transición. El exacerbado individualismo, de sesgo autoritario, que culmina en el esteticismo del exabrupto, es una de sus versiones pintorescas, en varias novelas previas a la transición. Pero su memoria ha tenido en la obra de Carlos Castilla del Pino una más viva exhumación. Y tiene ahora, en la saga narrativa de Juan Luis Cebrián (Madrid, 1944), su representación política más sintomática y analítica. *La agonía del dragón* (2000) y *Francomoribundia* (2003), partes de una trilogía anunciada como «El miedo y la fuerza», se proponen lo más difícil: construir una estrategia de conocimiento que de cuenta de la vida cotidiana del franquismo, y reconstruir tanto su mala conciencia como su conciencia crítica. Ese proyecto es eminentemente novelesco porque se debe a la búsqueda que emprende el sujeto para constituirse en agente de su tiempo de relevos.

En la primera novela, se trata de la forma que el relato confiere a la patología moral, desentrañando la discordia de la subjetividad, que ha sido subyugada entre los códigos del poder y la represión; en la segunda, de la interpretación que hace el relato de la muerte como monumento político histórico y espectáculo alegórico nacional. Si la «agonía» ilustra la crisis del sistema del mal, debati-

do por los sujetos que la sobreviven; la «moribundia» es el luto político de la transición, el costo social del franquismo endémico.

Mirando de frente la máscara multiplicada de Franco (foto, estatua, moneda, mascarilla); situándose en el desarrollo de la prensa española (responsable de la modernización de las autorepresentaciones); y asumiendo la novela como el espacio de la memoria dirimente, Juan Luis Cebrián ha buscado construir un relato del franquismo como trauma común; no sólo a nombre de la memoria, que es la herencia de la verdad, sino a nombre de la interpretación, que es la moral de la historia. Más que la patología del sujeto hecho en el malestar de la prohibición, le ha interesado la agonía del sujeto hecho en la trama ambigua de la socialización. En la encrucijada de los últimos años del franquismo, ese sujeto se desplaza entre espacios regimentados y tiempos fluidos, entre códigos de censura y ensayos de apertura. En esa zozobra, la novela aparece como el discurso de las intermediaciones, donde el drama de los procesos adquiere el horizonte de un pensamiento sobre la agonía. Agoniza el sistema en su ocaso, y agoniza el sujeto en su gestación.

Varios discursos (biográfico, social, político, periodístico, ensayístico) se funden en estas novelas, como si el relato fuese redefinido por su capacidad mediadora entre la memoria política, la sociedad cambiante, y el futuro amnésico. La novela no sólo se debe a la memoria como un modelo crítico capaz de resistir la banalidad del olvido; sobre todo, la novela negocia el lugar discursivo del sujeto de la transición. Porque se trata de un sujeto deshabilitado de su propia representación: por un lado, resiste el tradicionalismo autoritario; por otro, emerge de las censuras impuestas por una vida cotidiana ideologizada. El franquismo aparece, así, como un sistema antinatural pero internalizado, convertido en espacio normativo de la interacción humana. El franquismo es una forma de vida contraria y contrariada: se debe a su dominante verdad única, ejercitada como la recusación del Otro, como una sociopatía de la sospecha. Contamina el lenguaje, la sexualidad, la religión, la educación y, como un énfasis de estilo, hasta las comedias de salón y el casticismo militante. Pero en la novela carece de autoridad, y desde esa mediación libre, puede ser representado en toda su agonía.

Se trata, por lo mismo, de un proceso cognitivo que la novela despliega en tanto espacio de la mediación. La novela promedia entre un «mundo dado» (el orden autoritario) y un «mundo textualizado» (la proyección de espacios alternos). El primero corresponde al conocimiento empírico de los espacios cerrados, en este caso a la rigidez y aridez del franquismo, cuya retórica es una repetición literal que encubre y distorsiona, y cuya representación deriva en detritus. Su producción residual, finalmente, lo sepulta. El mundo textualizado es el que la novela desencadena: el relato va abriendo un horizonte de liberación, no sólo en la crítica, sino en las formas, en el habla, y en las relaciones, donde la transición se vive como una política que con los residuos de la memoria anticipa el porvenir. La novela política es, para Cebrián, el relato de una *polis* laboriosamente ganada.

En *La agonía del dragón* la dimensión de lo empírico aparece con nitidez en las representaciones de la pobreza, de su paisaje crudo y sin nombre. Y es también patente en la mecánica militar y policial de control burocrático; aunque el comisario Centeno y el inspector Trigo, por sus solos nombres pertenecen ya a la comedia bufa. Más notable es la rica información sobre los entretelones del poder, sus anécdotas, brutalidad, y negocios. No es casual que el contexto esté construido desde la dimensión residual de los años 50. Los tufos hediondos de las vaquerías, la leche adulterada, el carro de la basura, las carbonerías, los vertederos del suburbio, dejarán paso a los prósperos nuevos negocios, ilustrados aquí por la compra de una flota dudosa de camiones en Hungría. La flamante línea urbana, sin embargo, es inaugurada con un fiasco: mal ensamblado, un autobús se parte: «¡Pare, pare, que el suelo se hunde!» grita un chico, como si anunciara los nuevos tiempos del progreso. La *empiria* es de mala calidad en la empresa franquista. Dicho de otro modo, lo moderno no tiene futuro en términos franquistas.

El mundo textualizado, la proyección de espacios abiertos, se hace cargo, por lo mismo, de la miseria del contexto. Por eso, la documentación del malestar se da en la fuerza irónica de la crónica. Ésta se expande en el relato reflexivo que, a su vez, induce el balance crítico, el humor y el drama de los hechos valorados. La crónica, la reflexión, la crítica, son formas discursivas que conver-

gen y se funden en la narración misma. Esa trama desarrolla la historia de los jóvenes protagonistas que dirimen su lugar en el proceso político y su identidad en el proceso narrativo. Los distintos discursos, así, abren espacios textuales, intercalados y secuenciales, cuya función analítica es una demostración intelectual y emotiva, crítica y valorativa de los últimos lustros del franquismo. De modo que del «mundo dado» al «mundo textualizado» se despliega un mecanismo cognitivo que desanuda los espacios codificados y adelanta, en su indeterminación y promesa, los horizontes de relevo.

La agonía del dragón empieza con una supuesta «Carta al autor, que puede utilizarse como manual de uso», título que declara la decisión autorial de situarse fuera del relato y proponer un modelo de lectura que pasa por la interpretación. El autor ha consultado sobre «la posibilidad de que los hechos acaecidos en las últimas décadas en España tengan que ver con las contiendas que pudieran haberse entablado entre dragones, o con el estertor final de alguna especie que se resistiera a la extinción» (9). La respuesta es que los dragones son mutantes y «migran entre ellos cuando ven amenazada su supervivencia, dando cobijo el cuerpo de uno al espíritu del otro y acrecentando así, en ocasiones, su naturaleza paradójica y pluripersonal, lo que les vuelve extremadamente peligrosos cuando se enojan». Esta irónica introducción no oculta su carácter alegórico, y sitúa el centro de su debate en el anacronismo de la política autoritaria y en la lección de su tránsito: «La agonía del dragón es un espectáculo digno de verse y de narrarse, pues entre las llamaradas, los golpes, y sus grandes y sonoros lamentos, que a veces se confunden con amenazas e improperios, no existe ser humano que no experimente auténtico terror ni que pueda considerarse a salvo...». Y habiendo leído la novela del autor, el experto advierte que la muerte del dragón es sólo una «licencia literaria». Porque los dragones se niegan a morir, viven excesivamente, y son difíciles de batir. La advertencia es de humor cervantino.

El poder, en efecto, deshumaniza y hace anacrónicos a los hombres. El franquismo es una forma dictatorial de la vetustez: su vejez es excesiva, retrasa el futuro y se torna una obscenidad civil. Por ello, la novela que representa al poder es ejemplar: ilustra el proceso de su redundancia, y es un alegato por la incertidumbre

de los jóvenes, del cambio y lo nuevo en contra del arcaico modelo español de un pasado sin capacidad de retiro. Para ganar su identidad en el apocalipsis que se cierne, los personajes deben identificarse por sus opciones vitales y emocionales en la zozobra de la actualidad. La emoción aparece como la fuerza que demanda su propio espacio de exploración contra del dominante escepticismo de las opiniones encarnizadas y contrarias. Inexorablemente, esa identificación será política.

La novela cuenta la aventura de un grupo de jóvenes que adquiere su madurez en el debate entre las esferas pública y privada, en la definición cotidiana de una saga histórica. Esa tensión les confiere la fuerza narrativa de una encrucijada generacional. Esto es, los muestra vulnerables pero también ejemplares porque sus sacrificios legitiman la inteligencia y la agonía de la renovación y el cambio.

Alberto, uno de los jóvenes en proceso de identificación, vive el signo de las transiciones: Don Epifanio, viejo amigo de su familia, funge de protector suyo pero es un funcionario político del franquismo. Ha citado al joven para explicarle por qué no debió haber firmado un comunicado a favor de sindicalistas presos. Todos los elementos del drama componen este bautizo de su identidad: el retrato del Generalísimo («con capote de campaña y un aura celestial orlando su figura»), la autodefinición del padre sustituto («una cosa es lo que dije y otra lo que pienso»), su expediente policial y, por fin, el certificado de su nacimiento político:

«Y recuerda lo que decía mi madre: no hay que firmar nunca nada, no vayas a hacerlo un día con tu sentencia de muerte».

Esa ceremonia, sin embargo, está enmarcada por los nuevos tiempos: ha ocurrido Mayo del 68 parisino, la matanza de estudiantes mexicanos en la Plaza de Tlatelolco, y en la Universidad tiene lugar el primer juicio estudiantil de un catedrático. Se le juzga, le advierten, «por su absentismo, que contrasta con la dureza que aplica en el cumplimiento de las normas académicas.» Las figuras tutelares (Don Epifanio, el profesor Castaño) no dicen lo que piensan ni practican lo que exigen. El tiempo es de cambios, mientras que el estado autoritario y la universidad franquista han perdido el valor del lenguaje y, con ello, su racionalidad social.

Las palabras, para los jóvenes, deben corresponder a las acciones. Ernesto ha dejado el comunismo para pasar a la práctica. Si en una memorable novela de Luis Goytisolo (*Recuento*, 1973) los jóvenes que distribuyen octavillas terminan en la cárcel, en ésta de Cebrián, nos advierten que «distribuyendo octavillas no se arreglaba nada.» La identidad política se define también frente al otro extremo del discurso, la violencia de ETA: «Muchos demócratas acusaban a los etarras de que sus acciones no lograban sino radicalizar la represión» (44). Frente a la dialéctica etarra de «cuanto peor, mejor,» Ernesto propone otro programa: «Huelgas, marchas de protesta, sentadas pacíficas, pintadas...» El franquismo sucumbirá, aunque sea un monstruo de mil cabezas, cuando la sociedad civil reconstruya la esfera pública, allí donde la política es un ejercicio de la comunicación y el debate. La novela es el género ya no de la «plaza pública» historiada por Bajtín, sino de la «esfera pública,» del relevo de los hablantes en el foro.

La primera aparición de Carrera Blanco, jefe de gobierno y cabeza del franquismo, declara que el sistema se debe al espectáculo caricaturesco de su repetición: «Era un individuo de corte corpulento y andar parsimonioso, con una cara reconocible entre un millón por culpa de esas cejas, pobladas como dos retamas de algodón ennegrecido, y de unas orejas inmensas, elefantiásicas, que amenazaban con derramarse por el suelo en cualquier instante.» La caricatura no oculta su ferocidad: ese discurso es contra la Universidad. «Es obvio que no sentía la necesidad de convencer a nadie y que realizaba un trámite obligado, pero inútil. El teatro de la política adquiría así, pensó Eduardo, todas sus connotaciones de simulacro, cercanas al engaño». No es casual que la Universidad aparezca como un espacio abierto y contrario, aun si la institución sea una de las supervivencias del anacronismo franquista. Eduardo Cienfuegos es el joven periodista que verifica estos destiempos e ironías.

Por lo demás, antes de la esfera pública, antes de las comunicaciones como espacio político, estaba la tertulia, derivada del antiguo mentidero, y debida a la vetustez del género del cotilleo.

«–Lo que pasa es que son unos desagradecidos. Se lo deben todo a Franco –terció Ansorena, voluntario de la División Azul antes de hacerse militar de carrera. Ahora estaba retirado y se

empleaba en un negocio de representación, vendía aspiradoras puerta a puerta y, cuando la dueña de casa dudaba en abrirle, enseñaba su carné de comandante de la Legión, argumento que de inmediato acababa con toda resistencia».

El poder, así, intercambia las palabras por las cosas en la balanza del miedo: su verdad unívoca todo lo sabe y carece de duda. Ese abuso del lenguaje lo condena al monólogo en voz alta. El franquismo es una tertulia sin conversación.

El lenguaje político, por lo demás, se diversifica gracias a su puesta a prueba en América Latina. No sólo gravita el mesianismo de izquierda, también el cristianismo radical. Sus modulaciones mexicana, cubana, chilena, revelan discursos en sus límites a veces trágicos, pero también los límites de la modernidad desigual y la democratización intervenida. La teología de la liberación, «escuela rampante de los cristianos de base y las organizaciones revolucionarias,» adelanta «el diálogo entre cristianos y marxistas,» tanto en América Latina como en España transitiva.

Esta identificación de los personajes en el «dramatis persona» de los partidos políticos, las nuevas ideas, y el cristianismo renovador, pasa también por la libertad sexual y la crítica de las represiones. Pero si esa es la identificación del sujeto de las varias transiciones, el monólogo autoritario no hace sino repetirse: sus mismas leyes, nos dice la novela, llevan apariencia moderna pero no se cumplen. Un decreto exonera las culpas de la guerra: «desaparecen todas las responsabilidades penales anteriores al 1 de abril de 1939, es decir las emanadas de la guerra civil». «España es diferente», ha sancionado el Ministro de información, y el turismo creciente así lo demanda. Franco mismo anuncia que ha empezado la política del olvido: «Hoy podemos decir, a todos los efectos, que la guerra ha terminado y para bien de España.» Treinta y tres años después de empezada, la memoria de los vencedores requiere el olvido de los vencidos y la amnesia promovida por el bienestar. Jaime, otro de los jóvenes personajes que ha nacido después de la guerra, exclama: «Éstos del Opus, cuando vayan al cielo, se lo van a encontrar lleno de putas».

La Célula clandestina de los amigos tiene como demanda de identificación pasar de las palabras a la acción, pero es fundamentalmente una comunidad secreta del diálogo como proyecto polí-

tico, allí donde debería gestarse una política que no sea sólo el arte de lo posible (laboriosa negociación requerida por las transiciones) sino el arte de combatir a los animales (Platón); en este caso, a los dinosaurios o dragones a nombre de la polis y el ágora. El lugar de la pareja es otro debate que se abre al drama. Ramón, el marxista, lo anuncia:

– «¡Nosotros que creíamos que la revolución era el amor libre!
– El amor es siempre libre –terció ella.
– Sí, aunque tú te has convertido en un ama de casa.

Quiso herir su orgullo pero Marta no sintió daño, sino halago. El amor es siempre esclavo también, pensó, como cualquier otra pasión. Si hemos sido siervos obedientes del partido y su doctrina, ¿por qué no serlo de nuestra propia vulgaridad?».

Esta vez, la identificación lleva el precio de la renuncia, porque la memoria es también personal, y las opciones se deben a la esfera de lo privado. Ella, por eso, se reconoce en el «afecto por él, algo parecido a la amistad o a la lealtad, que en realidad era ser fiel a sí misma, a su pasado. O sea que tenía un pasado: la edad de la razón era también la edad de la memoria».

Esa memoria, construida por el presente, es otro tiempo liberado frente al olvido. La definición es clásica: la memoria es una economía del olvido. Gracias al olvido los personajes se recuerdan como la parte ganada al porvenir.

Las palabras, por fin, son los hechos mismos, y responden por la identidad de cada quien en la fluidez de los cambios. Mientras el estado corporativo legisla su propia transición hacia la monarquía restaurada, Ramón ha elegido el exilio en una Universidad norteamericana. Entre tanto, el poder no ha dejado de actualizarse: «Cuando el señor Cienfuegos echó cuentas, se preocupó seriamente por el giro que iba adquiriendo la operación. Entre la mordida de la alcaldía, la coima para el concejal, pagar a Ataúlfo, lo que le dieran a Mirandita, la comisión de Ansorena y el margen lógico para la empresa, los precios ofertados no resistirían».

Jaime, en cambio, huye de la política, reconoce su vocación religiosa y recupera los hábitos. Sólo le importan «los otros, los pobres, los desheredados, los presos, los perseguidos, las putas y

los paganos –se sonrió, complaciéndose otra vez en sus recuerdos» (226-27). Su lección no es menos política: la memoria del yo se debe a los otros. El aprendizaje ético, para esta célula del futuro, pasa por las opciones que dan nueva forma conflictiva a una España, tal vez, mutua.

«Amamos a España porque no nos gusta», había concluido José Antonio, mientras que los franquistas se identifican en que no les gusta Picasso. Una banda fascista incendia una librería en el centro de Madrid, uno de los jefes policiales ha disparado su pistola en la Universidad, y Carrera Blanco, ofendido por una pieza de Brecht, restablece la censura del teatro. La muerte de Franco se cierne como la incertidumbre del poder sobre la certeza del futuro, que se define como «un franquismo sin Franco.» La epidemia de cólera alarma al poder (ese nombre anti-turístico se les antoja una «palabra muy fuerte... casi revolucionaria») y deciden llamarla «diarrea estival» (299). Hasta los policías del régimen buscan su identidad en esa transición sin Franco: «Lo sabemos todo,» sentencian los sabuesos, porque «todos tenemos siempre algo de lo que avergonzarnos, todos podemos ser sometidos al chantaje de nosotros mismos, y es únicamente sobre esa convicción...sobre la que es posible organizar la convivencia de un país. Por eso, al fin y al cabo, somos tan necesarios los policías. Funcionamos como el espejo de la madrastra, reflejamos el mal que anida en los demás y permitimos, así, sus ensueños de redención» (325). España se debe a la policía, cuyo espejo devuelve la identidad del sujeto subyugado.

No hay futuro, se nos dice, sin la memoria de la represión, que es una culpa mutua ganada en el franquismo.

– «¡Vamos, que son como franquitos!

– Como franquitos somos todos un poco en este país, ¿no le parece?».

Y, luego, explota una bomba (tal vez la Providencia ha encendido la mecha, comenta alguien) y vuela por los aires el coche de Carrera Blanco, la cabeza visible de Franco. El asesinato político hiere al régimen, moribundo pero capaz de sobrevivirse, y muy capaz de recuperar su máscara impersonal, gracias a los «franquitos» de bigote cepillado, herederos del Caudillo.

En esta agonía del dragón, por lo mismo, la novela convoca discursos contrarios a la disputa por el valor de la memoria: la identidad de unos y de otros se configura como un relato disputado por las ya no dos sino varias Españas. Son los hijos los que arrojan paletadas de tierra sobre la tumba de los padres y, en consecuencia, sepultan los monumentos discursivos que han perdido al Yo y al Otro en la batalla. Quizá, dice la novela, los hijos de los hijos podrán, en el futuro, escoger a sus padres. Esto es, elegir sin miedo su propia memoria. Escribir, dado el caso, la nueva novela española, sin padrastros ni madrastras, creativamente.

La fuerza de ese tiempo proyectado es en esta novela de Juan Luis Cebrián un exorcismo que libera ya no el pasado excesivo sino el futuro dialogado.

Bibliografía

Juan Luís Cebrián: *La rusa.* Alfaguara, Madrid: 1986.
– *La isla del viento,* Alfaguara, Madrid: 1990.
– *La agonía del dragón,* Alfaguara, Madrid: 2000.
– *Francomoribundia,* Alfaguara, Madrid: 2003.

CH

Encuentros en casa de América



Álvaro Mutis

«La poesía es la única prueba completa de la existencia del hombre»

Ana Solanes

Se define a sí mismo como devoto de la monarquía y suele asegurar que no se ve como un hombre de esta época, sino que preferiría haber vivido en Bizancio o en los tiempos del Siglo de Oro español, y que en este último caso le hubiera gustado tomar partido por Lope de Vega y Góngora en sus disputas con Cervantes, participar en la intriga que llevó a Fray Luis de León a la cárcel y patrocinar el montaje de los *Autos Sacramentales* de Calderón de la Barca en los escenarios de la Corte.

Pero si ése es su autorretrato imaginario, otros grandes autores latinoamericanos han ayudado a dibujar su silueta de escritor y a calibrar la magnitud de su obra. Octavio Paz lo describió como «un poeta de la estirpe más rara en español, rico sin ostentación y sin despilfarro», que compagina «la necesidad de decirlo todo y la conciencia de que nada se dice», capaz de combinar «amor por la palabra, desesperación ante la palabra y odio a la palabra, que son los extremos del poeta.» Mario Benedetti ha escrito que «Mutis inventa a Maqroll el Gaviero como García Márquez a Macondo, Onetti a Santa María y Rulfo a Comala.» Son palabras mayores dichas por los más grandes, pero en realidad la categoría literaria de Álvaro Mutis fue reconocida desde el principio, y prueba de ello es que su primer libro de poemas, *Los elementos del desastre*, apareció en 1953 en la colección «Poetas de España y América» de la editorial Losada que dirigían ni más ni menos que Rafael Alberti y Guillermo de Torre. Su compatriota y amigo desde hace más de cincuenta años Gabriel García Márquez redondea el círculo de

las alabanzas afirmando que «basta leer una sola página de cualquiera de los libros de Mutis para entenderlo todo, porque la obra completa de Álvaro, su vida misma, son las de un vidente que sabe a ciencia cierta que nunca volveremos a encontrar el paraíso perdido: es decir, que Maqroll no es sólo él, que como con tanta facilidad se dice, sino que Maqroll somos todos, y por eso no puede morir.»

Que los viajes, con sus sucesivos mundos conquistados y perdidos, y la comparación entre las realidades de Latinoamérica y Europa sean dos de los temas recurrentes de sus obras, no es extraño en un hombre que, como hijo de diplomático, a los dos años de nacer en Bogotá, en agosto de 1923, cruzara sus primeras fronteras para instalarse en Bruselas, donde permaneció hasta los nueve años cuando, tras la repentina muerte de su padre, regresa a la hacienda Coello, en Colombia. Ese paisaje recuperado es el que, según suele decir, lleva toda la vida intentado reflejar en sus libros. Porque aunque Mutis ha sido periodista radiofónico y televisivo, jefe del departamento publicitario de la Compañía Colombiana de Seguros y director de relaciones públicas de una empresa de aviación o vendedor de anuncios para la televisión en México, su verdadero trabajo ha sido y es el de escritor: por él ha recibido los premios más prestigiosos, entre ellos el Príncipe de Asturias, el Cervantes y el Reina Sofía de poesía. Mejor para sus muchos lectores y también para él, puesto que, según la leyenda, en sus otros oficios pasó más de un apuro. No hay más que leer, de nuevo, lo que dice sobre este asunto Gabriel García Márquez, que por cierto siempre que puede recuerda que fue Mutis quien le regaló su primer ejemplar de *Pedro Páramo*, la obra maestra de Juan Rulfo, con la frase «ahí tiene, para que aprenda», y también el amigo que cada noche, durante 18 meses, fue a su casa a que le leyera los capítulos de *Cien años de soledad* que iba terminando, con lo que no sólo se convirtió en su primer oyente, sino también en una especie de autor adjunto involuntario: «Él los escuchaba con tanto entusiasmo –dice García Márquez– que seguía repitiéndolos por todas partes, corregidos y aumentados por él. Sus amigos me los contaban después tal como Álvaro se los contaba, y muchas veces me apropié de sus aportes. Terminado el primer borrador se lo mandé a su casa. Al día siguiente me llamó indig-

nado: «Usted me ha hecho quedar como un perro con mis amigos», me gritó. «Esta vaina no tiene nada que ver con lo que me había contado». Desde entonces ha sido el primer lector de mis originales. Sus juicios son tan crudos, pero también tan razonados, que por lo menos tres cuentos míos murieron en el cajón de la basura porque él tenía razón contra ellos. Yo mismo no podría decir qué tanto hay de él en casi todos mis libros, pero hay mucho».

Pero nos vamos a permitir abusar un poco más de las palabras de Gabriel García Márquez, para volver al asunto de la azarosa vida profesional de Álvaro Mutis: «Álvaro –escribe el premio Nobel colombiano– había sufrido ya los muchos riesgos de sus oficios raros e innumerables. A los 18 años, siendo locutor de la Radio Nacional, un marido celoso lo esperó armado en la esquina, porque creía haber detectado mensajes cifrados a su esposa en las presentaciones que él improvisaba en sus programas. Más tarde, ya como especialista de relaciones públicas, se equivocó de película en una reunión de beneficencia, y en vez de un documental de niños huérfanos les proyectó a las buenas señoras de la sociedad una comedia pornográfica de monjas y soldados, enmascarada bajo un título inocente: *El cultivo del naranjo*. Fue también jefe de relaciones públicas de una empresa aérea que se acabó cuando se le cayó el último avión. El tiempo de Álvaro se le iba en identificar los cadáveres, para darles la noticia a las familias de las víctimas antes que a los periódicos. Los parientes desprevenidos abrían la puerta creyendo que era la felicidad, y con sólo reconocer la cara caían fulminados con un grito de dolor. En otro empleo más grato había tenido que sacar de un hotel de Barranquilla el cadáver del hombre más rico del mundo. Lo bajó en posición vertical por el ascensor de servicio en un ataúd comprado de emergencia en la funeraria de la esquina. Al camarero que le preguntó quién iba dentro, le dijo que el señor obispo. En un restaurante de México, donde hablaba a gritos, un vecino de mesa trató de agredirlo, creyendo que en realidad era Walter Winchell, el personaje de *Los Intocables* que Álvaro doblaba para la televisión. Durante sus 23 años de vendedor de películas enlatadas para América Latina, le dio 17 veces la vuelta al mundo sin cambiar el modo de ser.»

Tan rica en anécdotas es su vida personal, como en libros su carrera literaria. Álvaro Mutis ha publicado volúmenes de poemas como el ya mencionado *Los elementos del desastre*, *Reseñas de los hospitales de Ultramar*, *Los trabajos perdidos*, la reunión de todos sus volúmenes de poesía que, bajo el nombre de *Summa de Maqroll el Gaviero* conoce ya numerosas ediciones, o el tomo de versos y relatos *Caravansary*, al que siguieron *Los emisarios*, *Crónica regia y alabanza del reino* o *Un homenaje y siete nocturnos*. Su narrativa la forman títulos como *Diario de Lecumberri*, *La mansión de Araucaíma*, *La Nieve del Almirante*, *Ilona llega con la lluvia*, *Un bel morir*, *La última escala del Tramp Steamer*, *La muerte del estratega*, *Amirbar*, *Abdul Bashur, soñador de navíos*, *Tríptico de mar y tierra* o *La verdadera historia del flautista de Hammelin*.

A sus ochenta y cuatro años, acompañado de su esposa y de un nieto al que tiene la ilusión de enseñar París cuando termine el mes que pasará en España entre lecturas, encuentros con amigos y Festivales de Literatura, conserva intacto Mutis su sentido del humor. Y así, entre bromas, asegura sentirse encantado de escapar por un rato de la tranquilidad de la que disfruta en la histórica Residencia de Estudiantes, donde se aloja estos días, para acercarse a la Casa de América a charlar con *Cuadernos Hispanoamericanos* de su obra, de su vida, y, por supuesto, de Maqroll, que sigue dictándole cosas al oído.

– El saludo a Álvaro Mutis siempre debe ser doble ¿cómo se siente aquí en España y cómo está Maqroll?

– Siempre que vengo a España me siento en mi tierra. Soy un entusiasta de este país, me dice siempre muchas cosas y me ayuda a seguir viviendo. Y Maqroll ahí va, como siempre caprichoso y medio perdido, pero ahí lo estoy rescatando para que me cuente

---

«Soy un entusiasta de España, me dice siempre muchas cosas y me ayuda a vivir»

una cosa que puede ser interesante. Y una vez que me la cuente, podré escribirla yo para ustedes.

– García Márquez lo definió una vez como «fabulosamente simpático» ¿Qué le hace perder la sonrisa?

– La verdad es que casi nada, aunque tal vez sí hay una única cosa: cuando algunos amigos empiezan a hablar de política, que es un tema que siempre me ha fastidiado y me aburre, y que no tiene nada que ver conmigo. Tal vez entonces sí pongo una cara menos alegre.

– De hecho es conocido su desapego por la historia y la política contemporáneas.¿Siente que pertenece a otra época o incluso a otro lugar?

– Más o menos sí, así me siento. Yo debí pertenecer a Bizancio, que es una de mis debilidades. En realidad no me interesa ningún fenómeno político posterior a la caída de Bizancio, cuya historia es uno de los intereses a los que he sido más fiel toda mi vida.

– Usted opina que el escritor no debe rebajarse a hablar de política. ¿Y desenmascarar a los tiranos, como hacen el propio Gabo o Vargas Llosa en algunos de sus libros más conocidos?

– El arte no puede estar al servicio de las ideas, en el instante en que esto sucede deja de ser arte. El arte no tiene que ver con situaciones políticas ni con problemas económicos. Puede mencionarlos y puede poner a sus personajes dentro de esos ámbitos, pero nunca con el interés de crear una dirección de sentido político en lo que está sucediendo. No debe estar al servicio de nada.

«En realidad no me interesa mingún fenómeno político posterior a la caída de Bizancio»

– *En alguna ocasión ha dicho que no hay rasgo en Maqroll que no sea suyo y, sin embargo, da la impresión de que él es precisamente quien a usted le hubiera gustado ser. ¿El haber creado un alter ego con tanto peso literario es una forma de vivir dos vidas?*

– Bueno, en realidad tenemos muy pocos rasgos comunes porque yo lo he descrito como lo que yo creo que deba ser un personaje de novela y no he tomado ninguno de mis rasgos para eso. Ya veremos qué nos cuenta ahora, porque Maqroll me ha acompañado en mi poesía desde mis primeros versos. No fue hasta que yo tenía ya sesenta años cuando empecé a escribir mis primeras novelas, un poco continuando la línea de los poemas, los motivos que me impulsaban a escribirlos y que me impulsan todavía, pues los transmitía a las novelas, que realmente son como continuación de mis poemas.

– *Aquel cambio de género ¿fue una determinación consciente o un poema que, sin haberlo planeado, se fue transformando en novela?*

– Lo que pasó es que cuando escribí *La nieve del almirante* sentí que tenía que ser una narración y pensé que iba a escribir un cuento, pero el cuento se fue alargando y se volvió novela, y claro, era una novela en la que Maqroll era el personaje, como lo es en alguno de mis poemas. Era normal.

– *¿Afronta de igual manera un poema y una novela, o el género le condiciona a la hora de elegir un tema o incluso el lenguaje que utiliza?*

– Sé que el género es distinto, no estoy confundiéndolos. Sé que están hechos de inspiraciones que nacen en distintos terrenos, pero seguramente quedan un ámbito común y algunas ideas fijas mías que pueden estar en el poema o en la novela.

«No fue hasta los sesenta años cuando empecé a escribir mis primeras movelas»

– *Maqroll tiene una visión intuitiva del mundo, la visión lúcida de quien ha recorrido gran parte del camino y puede ver lo que otros no ven ¿Qué futuro atisban hoy Maqroll y usted mismo desde su gavia particular?*

– Esta es la más siniestra de todas las épocas. Es una época terrible de barbaridad, de violencia, de crímenes masivos, de holocaustos aterradores... Estamos retrocediendo. Cada vez más.

– *«En dondequiera que se viva, como se quiera que se viva, siempre se es un exiliado. Somos exiliados de nuestra infancia, de nuestra vida misma», ha dicho. Usted es un colombiano que vive en México desde hace muchos años. En su caso ¿el exilio, además de inevitable, es una opción de vida, una forma de estar en el mundo?*

– Sí, claro. Así me siento yo y así he vivido. Esto no es una queja, ni es una lamentación de ninguna clase, pero siempre tengo la sensación y el deseo de ir a otra parte a ver cómo es el mundo y cómo son los hombres a esa otra parte. Llego a ese otro lugar y tengo el deseo de ir a otro más... en fin, continuo movimiento.

– *¿De qué forma le marcó a usted aquella infancia, aquel enorme contraste entre la fría Bruselas donde pasó sus primeros años y la tierra caliente de Colombia, con sus cafetales, las plantaciones inmensas, los ríos y las lluvias torrenciales?*

– Sí, aquel era mi paraíso particular. La finca «Coello», en Tolima: los cafetales y los sembrados de caña de azúcar y los árboles frutales... y los ríos que son fundamentales. A través de ese ambiente y ese paisaje yo descubrí el mundo. Siempre lo tengo presente. En esa naturaleza, el río canta la maravilla de los verdes y de las flores y los cafetos con su fruto maravilloso, las cerecitas

---

«Esta es la más siniestra de todas las épocas. Estamos retocediendo cada vez más»

prodigiosas y los vegetales que están rindiéndole al río un tributo muy grande. A mí el paisaje siempre me dice cosas y suscita dentro de mí cosas muy esenciales, pensamientos, ideas, obsesiones muy esenciales de mi vida.

– *¿Ha conseguido mantener viva dentro de sí la mirada de aquel niño?*

– Lo intento, desde luego. Hay que tratar de conservarlo porque es el que sabe realmente de uno. Y los auténticos deseos, las ansiedades, los sueños que tuvimos de niños son lo más cercano a nuestro yo y a nuestra personalidad. Eso es lo que hay que tratar de conservar, dentro de la madurez.

– *Hablábamos de paisajes, y entre todos, el mar tiene en su obra una fuerza especial, como si fuera un personaje más, dotado de alma.*

– Desde luego, yo imagino una reencarnación cerca del mar. El mar me da una sensación tan rica de opulencia natural, de libertad, de dominio del ámbito donde está. El mar es el mar y no hay nada que lo oculte, que distraiga. Es una totalidad maravillosa. Esa inmensidad, esa bastedad que tiene el mar nos hace pensar en que estamos viendo la entraña del mundo, del universo.

– *Su deuda con los clásicos es evidente en su literatura, pero ¿y en su vida?*

– Mi padre murió muy joven, cuando yo tenía diez años y él veintinueve, y pocos años después empecé a leer a los clásicos franceses y a los historiadores. De ahí nació mi afición por el pasado, de aquéllas referencias históricas que yo leía y se iban metiendo después en mi literatura. Entonces, en la misma época descu-

---

«Los auténticos deseos, las ansiedades, los sueños que tuvimos de niños son lo más cercano a nuestro yo»

brí también a Homero, que supuso para mí una fascinación extraordinaria. *La odisea* es «la» novela para mí.

– *De su amor por La odisea quizá le venga también ese gusto por el desplazamiento como experiencia íntima, esa necesidad de estar cambiando siempre de horizonte*

– Exactamente, desplazarse: dejar el sitio donde estaba uno como sembrado para ser completamente libre y llegar a otro que también quedará sembrado, y después seguir y seguir... Es también una forma de conocerse uno mismo porque es una manera de conocer de forma fiel y continua lo que en esencia somos.

– *La experiencia del dolor y la injusticia también le ha formado como escritor. Me refiero a los dieciocho meses que pasó en el penal de Lecumberri por causa de un error ¿sintió ya entonces –como ha afirmado después– que aquella experiencia terrible le enriquecía sin embargo como persona?*

– Sí, fue duro pero aquellos meses fueron también una lección muy útil. Finalmente el balance de ese período no es de amargura ni de queja. Es una lección magnífica, es la manera de conocer a fondo el carácter de la gente de un país, conviviendo con ella en esa tensión y en ese continuo cambio de sensaciones. Es una gran lección.

– *Y no dejó de escribir. Aquella experiencia en la cárcel la relató en su* Diario de Lecumberri, *y en un sinfín de cartas a sus amigos: a Elena Poniatowska, a Octavio Paz, a Carlos Fuentes... ¿Sigue escribiendo cartas a sus amigos o ha cambiado el papel por el correo electrónico?*

– No, ya no me escribo, aunque entonces sí me escribí muchas cartas con mis grandes amigos. Pero esa máquina no: ¡es la pri-

---

«El tiempo que pasé en el penal de Lecumberri fue también una lección muy útil

mera vez que la veo funcionar! No tengo nada en contra de los ordenadores, sencillamente los desconozco.

– *¿Cree que España y Latinoamérica deberían caminar más unidas para hacer frente a esa globalización y a la uniformización que usted tanto ha criticado?*

– Sí, desde luego. Porque España es un país que ha conservado un carácter muy propio construido, con dolor, con experiencia, con madurez admirable, con visión. Y ese carácter que conserva España en parte también lo tiene Latinoamérica, y entre los dos podríamos hacer un frente a este mundo de zombies en el que estamos viviendo.

– *No es nada optimista con el momento actual ¿estamos en su opinión viviendo una de las peores épocas de la Historia?*

– La más pobre y la más despersonalizada. Desde luego la poesía no se acabará, el hombre siempre será devoto de la poesía, pero hay una especie de destrucción de la persona y de unificación de caracteres y de costumbres, y de visiones y de reacciones frente al mundo todas iguales, semejantes. Nos estamos convirtiendo en una especie de muñecos mecánicos. Es el terrible pensamiento único. Yo no veo salida. Y al mismo tiempo estamos destruyendo la tierra, o sea que nos estamos despidiendo de la vida. Y este es el peor momento porque el afán de destrucción del hombre, que siempre ha existido, se ha hecho mucho más eficaz ahora gracias a la tecnología.

– *¿Escribir, buscar la palabra exacta, es para usted un sufrimiento?*

– Siempre a la hora de escribir lo que a mí me quedan son dudas. Yo por ejemplo no leo nunca un libro mío ya editado. No

---

«España es un país que ha conservado un carácter muy propio, construido, con dolor, con madurez admirable»

lo abro porque siempre empiezo a encontrar defectos y cosas que debiera haber escrito de otra forma y eso es una tortura. Por eso dejo que el libro siga adelante, viviendo su propia vida.

– *¿Le ocurre porque es quizá muy perfeccionista?*

– No es tanto perfeccionismo como fidelidad a la idea que quiero convertir en una imagen o en un poema, o la idea que quiero narrar en forma de narrativa. Y cuando me aparto de esa idea o la descuido, o no queda totalmente evidente en la página pues sí me torturo. Pero yo no tengo planes muy concretos y nunca tomo notas previas. Un día me siento en la máquina de escribir y comienzo a trabajar. Pero sin notas. Ni para los poemas ni para las novelas.

– *La compensación a tanto sufrimiento ¿son los lectores?*

– A veces, no siempre, porque también hay lectores que ven cosas que uno no pensó decir ni plantear de esa forma, aunque por otra parte hay ciertos lectores que responden fielmente a lo que uno quiso decir y entonces es muy satisfactorio, claro.

– *¿La poesía es para usted siempre superior a cualquier otra forma de expresión?*

– La poesía es la única prueba completa de la existencia del hombre, el principio y el final de todas las palabras. Pero yo la poesía y la novela las vivo igual, son dos caminos completamente distintos que no es necesario medir ni calificar.

– *Sin embargo le ha sido infiel a la literatura: ha sido relaciones públicas de una petrolera, ejecutivo de la industria cinematográfica y hasta actor de radio. ¿Ha podido dedicarle todo el tiempo que ha querido a su gran pasión, la literatura?*

«La poesía es la única prueba completa de la existencia del hombre, el principio y el final de todas las palabras»

– Es que yo nunca he vivido de mi actividad literaria. Siempre quise vivir de cosas que no tienen nada que ver con la poesía ni con la literatura para poder estar siempre completamente libre para crear y no esperar un sueldo de lo que estoy escribiendo. Eso nunca me ha sucedido. Por esa razón fui trabajando y escogiendo los cargos que me han tocado en suerte a lo largo de la vida. Aprendí a escribir durante los viajes, por las noches..., nunca sentí que me faltara tiempo para mi verdadera vocación.

– Imagino que tampoco le dejaría Maqroll el gaviero. Tengo entendido que en ocasiones le regaña.

– Sí, a cada rato me regaña y me dice «no, eso no me gusta» o «ése no es el acento que yo uso para hablar», y yo voy corrigiendo y haciéndole caso porque él sabe más que yo. Pero nunca nos hemos peleado. Yo lo quiero mucho.

– Maqroll, es el referente constante en su literatura. Y, sin embargo, Mutis ha creado otros personajes inolvidables. ¿No siente que el gaviero les ha robado un poco de protagonismo al resto de los personajes que pueblan sus novelas?

– No en absoluto. Hay dos o tres personajes femeninos que no son eclipsados por Maqroll, al contrario. Yo a esas mujeres las siento superiores a Maqroll, más sabias y más de acuerdo con la vida.

– ¿Cómo lleva el trajín de actos públicos un hombre para el que el anonimato, como el de Homero que ni siquiera sabemos si existió, es «la mayor forma del éxito»?

– No voy a demasiados actos. Si son en España sí me siento interesado y obligado a venir, pero por el resto no soy muy fiel asistente a los actos públicos. Prefiero quedarme en casa rodeado de mis libros, de mis tres gatas y de mi familia.

«Aprendí a escribir durante los viajes. Nunca sentí que me faltara tiempo para mi verdadera vocación»

– *Uno se imagina su casa como su literatura, llena de brújulas, de mapas, de libros...*

– Sí, tengo un estudio en casa lleno de objetos, con fotografías de los amigos, de mis padres y con paisajes de sitios que recuerdo con mucho cariño, Bélgica y Colombia mismo, y por supuesto, mis hijos.

– *Y a estas alturas de la vida, ¿disfruta más con la lectura o se ha entregado al placer de la relectura?.*

– He sido siempre muy dado a releer. Hay libros que leo tres veces y siempre para mí, cuando vuelvo a leer un libro que me ha llenado, me da más. Cada vez descubro otro libro, otra distancia. Hoy día abro una página del *Quijote* y leo cien páginas encantado.

– *¿Le interesan también sus contemporáneos, la literatura que se está haciendo ahora mismo?*

– De la literatura que se está haciendo ahora mismo sé poco. Hay algunos poetas, como en Colombia Rohka, y en Venezuela Eugenio Montejo que me parecen muy interesantes, a Montejo incluso lo he propuesto para el Príncipe de Asturias cada vez que me consultan. Pero sobre todo vuelvo a leer mis clásicos de siempre.

– *Usted es un poeta viajero, por decirlo así, y sus poemas están emparentados con los de Blaise Cendrars o Paul Morand. ¿Cree que la poesía es un modo de comprender otras culturas, de asumirlas? Su amigo Octavio Paz lo hizo también en libros como* El mono gramático.

– No digamos la totalidad de una cultura, pero sí ciertos aspectos que la poesía puede adivinar, ciertas vetas de ese total

---

«He sido siempre muy dado a releer. Cada vez descubro otro libro, otra distancia»

y definir con mucha claridad, pero no es esa su función única tampoco.

¿Y cuál sería esa función de la poesía, si es que la tiene?

No es otra que la de dar testimonio de la parte más íntima, más profunda y más permanente del hombre ©

«La poesía testimonia la parte más íntima, más profunda y más permanente del hombre»

Biblioteca



Capitalismo o ciudadanía: socialismo o barbarie

Mauro Caffarato

El libro que nos ocupa está, ciertamente, de actualidad; no porque en estas fechas, al comienzo del curso escolar, se haya empezado a impartir la tan polémica asignatura de «educación para la ciudadanía», sino porque es, seguramente, el libro sobre el que más se ha mentido en España en los últimos tiempos. *Educación para la Ciudadanía*[1], el llamado «manual de Zapatero», no sólo no es un manual para aquella asignatura –como cualquier alumno de secundaría entendería de inmediato con sólo abrirlo por la mitad y ojearlo–, sino que derrocha, además, muy poco amor por el Partido Socialista Obrero Español. No es un libro anarquista, no es un libro idealista; no consiste, sobretodo, en ningún ejercicio de adoctrinamiento.

Se trata de pensar seriamente la ciudadanía, es decir, sin la fantasiosa pretensión de establecer un discurso sobre el concepto de ciudadanía sin atender a su encarnación real y sus condiciones de posibilidad. El libro consta de tres partes: en la primera se expone un concepto positivo de ciudadanía y las dos segundas tratan de sus relaciones con el capitalismo y el socialismo.

La ciudadanía no es algo que venga de suyo con la sociedad; la mera asociación de individuos colaborando para persistir en el tiempo no implica nada parecido a la ciudadanía. La ciudadanía:

---

[1] Pedro y Carlos Fernández Liria, Luis Alegre Zahonero: *Educación para la Ciudadanía: Democracia, Capitalismo y Estado de Derecho.* Madrid, Akal, 2007.

¿qué es? Para responder a esta pregunta los autores comienzan por una breve caracterización del juicio científico. Cualquier juicio científico que merezca tal nombre, tomemos, por caso, el teorema de Pitágoras, es impersonal: no importa quién lo pronuncia con niguna de sus condiciones fácticas, lo dicho en su decir siempre será el teorema mismo: que en un cuadrado rectángulo la suma del cuadrado de los catetos es igual a la suma del cuadrado de la hipotenusa; y nada más que eso. No importa que quien lo diga sea negro, hombre, rico, un ángel o un extraterreste; en la medida en que su juicio es científico lo dice desde un lugar especial, un lugar que está *vacío*, en el que todas aquellas instancias no tienen voz ni voto; es, tal vez, el vacío en el que cayó Tales, el lugar en el que comienza la historia de la filosofía.

Pero ¿qué sucede si se piensa este *espacio vacío* cómo un lugar para actuar? ¿Cómo es la acción que se desentiende de si uno es africano o europeo, o mujer u hombre, terrestre o alienígena? Para nuestros autores, este criterio no es otra cosa que el imperativo categórico kantiano: «actúa siempre de tal modo que tu acción pueda valer como fundamento para una legislación universal». Es, pues, una acción que vale para todos, incondicionalmente, más allá de cualquier condición fáctica de quien la lleva a cabo: es una acción justa y libre. Cumple con la forma de ley: precisamente, de hecho, sirve como fundamento para una legislación universal. La ley, el derecho, sólo son tal cosa en cuanto que cumplan con este requisito; nuestros autores dirán por tanto que las leyes deben ser la grámatica de la libertad: sólo quien cumple la ley –la buena ley– es verdaderamente libre. En este sentido, Estado de derecho y anarquía son lo mismo, en cuanto que la anarquía, bien entendida, no es la ausencia de ley sino el el reinado de la libertad, y la libertad no está fuera de las leyes, sino que las leyes *son* la libertad misma.

Una injusticia es, de hecho, precisamente, la excepción a una ley: que algún particular, un individuo o una nación, se arrogue derechos por encima de los demás; todo ser racional entiende que esto no debe ser así. La ciudadanía consiste pues en esto: en actuar desde aquel lugar vacío, desde el lugar de cualquier otro. Que cualquiera esté igualmente obligado y protegido por la ley y que sólo pueda ser ley la generalización de aquella acción que cual-

quiera, independientemente de sus condiciones propias, debe llevar a cabo. Sólo este cualquiera es, pues, ciudadano; la ciudadanía es un vacío, una nada: está despojada de la cultura, los ídolos, las costumbres, los dioses, los tronos, las servidumbres, las injusticias, los caprichos y los intereses criminales que constituyen la sociedad cuando no es aún ciudadana.

¿Pero qué es lo que asegura que las leyes sean verdaderas leyes, es decir, como se ha visto, que se pueda decir de ellas que son universales? ¿Qué dispositivo asegura que las leyes sean buenas leyes? Principalmente dos, y en este orden: el Estado de derecho y la democracia. Una ciudad edificada sobre aquél vacío es una ciudad en Estado de derecho: donde quienes ejercen el poder y vigilan el cumplimiento de las leyes deben cumplirlas igualmente, puesto que éstas son, precisamente, en cuanto leyes, universales. Y esto se consigue mediante la división de poder: la instancia que gobierna no es la que crea las leyes, que a su vez es distinta también de la que vela por el cumplimiento de la ley. Sólo así se asegura que ninguna instancia ocupe el lugar de las leyes, puesto que, recordando a Platón: «Quien esclavice a las leyes, entregándolas al poder de los hombres, debe ser considerado el enemigo más peligroso de la ciudad». Las leyes, en efecto, no tienen nada de humanas, puesto que si son buenas leyes deben ser reconocidas como tales por cualquier ser racional independientemente de su condición humana. Sólo una vez sentado el Estado de derecho tiene sentido la democracia como sistema político: «nadie, ni siquiera el conjunto de la población, puede ocupar el lugar de la ley». Un gobierno, por democrático que sea, no puede gobernar contra la ley ni puede, por sí solo, sin atenerse a otras instancias, cambiar la ley: lo contrario sería absurdo. El apoyo popular no hace justas a las leyes: sólo gracias a un marco legal –una constitución– en que la vida política pueda discurrir en Estado de derecho puede valer la democracia como un sistema de control del gobierno y de la ley: la democracia, apoyada en el Estado de derecho, es el mejor dispositivo posible para discrimar las buenas de las malas leyes, es decir, las que pueden ser *queridas* universalmente de las que no. Sólo entonces se puede hablar propiamente de política y de ciudadanía; fuera del Estado de derecho no hay propiamente política: habrá otra cosa, un entramado de servidumbres, de intereses, de costumbres, pero no propia-

mente política, que implica la discusión racional para tomar las decisiones de la comunidad. Traer al ser la ciudadanía es el proyecto político de Sócrates y Platón, y el proyecto político de la Ilustración.

Sin embargo, no se puede atender sin más a un concepto abstracto de ciudadanía: nuestro Estado de derecho puede no ser tal cosa y nuestras leyes meras apariencias de leyes. Nuestra sociedad es, por encima de todo, una sociedad capitalista. Capitalismo e ilustración... ¿qué relaciones tienen? ¿Son compatibles? El capitalismo consistirá en una tiranía de la producción: se produce, dicen nuestros autores, para producir más. Esto conlleva el absurdo de tener períodicas crisis de sobreproducción, pero sobretodo, bloquea cualquier tipo de instancia política. En el capitalismo, no se decide racionalmente, en base a lo razonable o lo justo, sino atendiendo tan sólo a lo económico: producir más y no parar de producir; cualquier decisión política que pueda frenar o parar la producción será eficazmente suprimida por los mecanismos internos del capitalismo. Si una opción de izquierdas gana unas elecciones, por ejemplo, no tendrá nunca poder real para gobernar. Al contrario, en casos así, semejante aventura termina con un golpe de Estado y varios lustros de dictadura; no faltan ejemplos: España, Guatemala, Chile, Indonesia, Brasil, Bolivia... lo curioso de esta regla es que no tiene excepciones: si acaso Venezuela en la actualidad, pero tan sólo por haber conseguido sobrevivir a múltiples intentos de golpe de Estado. El Capitalismo sería absolutamente incompatible con la democracia y el derecho, puesto que consiste en dirimir las cuestiones siempre por vía no política, atendiendo tan sólo a intereses económicos. Lo que implica que, en aras de la producción, se destruyen los recursos del planeta y se tienen a nueve décimas partes del planeta esclavizadas, proletarizadas: el capitalismo no tiene ciudadanos, tiene proletarios. Si se intenta cambiar esto por vía política, sólo queda esperar un golpe de Estado y un reguero de cadáveres: el capitalismo sólo respeta la democracia a condición de que ésta misma no pueda decidir políticamente sobre aquél. Éste chantaje será la particular *educación para la ciudadanía* que nos regala el capitalismo: de ahí el título del libro.

Las economías socialistas no son competitivas; ésta será, precisamente, su gran ventaja. Las economías socialistas pueden parar-

se a pensar, pueden no quemar el planeta en una búsqueda ciega de la producción, pueden reducir la jornada de trabajo y hasta pueden hacer cumplir la ley, aunque ésta vaya contra los intereses económicos. Un comunista no será pues un radical, será, por el contrario, alguien muy moderado: para defender la destrucción del planeta y la esclavitud de nueve décimas partes de la población, para eso sí habría que ser radical. El capitalismo no permite, tampoco, la libertad de expresión: cualquier periodista dispuesto a defender ciertas verdades incómodas está abocado irremediablemente al paro. Y por supuesto no permite una verdadera democracia, como muy bien nos enseñó Kissinger: «Si hay que elegir entre sacrificar la economía o la democracia, hay que sacrificar la democracia». ¿Qué clase de ciudadanía cabe esperar de semejante estado de cosas? Más bien, para nuestros autores, el capitalismo no deja tras de sí exáctamente una sociedad, sino una realidad basura en la que todas las diferencias culturales son engullidas para mayor gloria de la producción: sólo queda un homogéneo mar de proletarios. Se impone, pues, la clásica disyuntiva: socialismo o barbarie. La izquierda clásica erró completamente al denunciar la Ilustración y el derecho como un producto burgués, cuando lo único que había que denunciar era el capitalismo.

Como se ve, es éste un texto marcadamente kantiano y marxiano. En él se dan cita además temas como la etnografía o el psicoanálisis. No es, por supuesto, un manual al uso para la asignatura homónima, aunque sí está destinado a los más jóvenes, por lo que está escrito en un tono distendido, poco formal –lo que en ningún momento detiene la fuerza de la argumentación–, y prescinde de las referencias de las citas y de aparato de notas. Viene ilustrado, además, con múltiples viñetas de Miguel Brieva[2], que tienen bien poco de infantiles y acompañan perfectamente al texto. Es, en definitiva, un libro, bien o mal, completamente argumentado, escrito para hacer pensar a los adolescentes –y no tan adolescentes–, pero no para adoctrinarles ©

---

[2] Tal vez más conocido por su serie *Dinero* en la revista *El Jueves.*

Habitar el río, nadar la casa

Esther Ramón

Como un conocimiento preexistente, en ocasiones nos es dado un acceso, un paso esencial, una apertura. Aquella que se desprende del hecho incontestable –y difícilmente traducible– de que «la inmensidad está en nosotros. Está adherida a una especie de expansión de ser que la vida reprime, que la prudencia detiene, pero que continúa en la soledad. En cuanto estamos inmóviles, estamos en otra parte; soñamos en un mundo inmenso».

Con la atención absorta en un silencio que nunca lo es del todo, que va quitándole capas de ruido a la realidad y descubriendo nuevas voces –las que se encontraban, modestas y agazapadas, en los rincones más inesperados de lo rotundo–, el individuo se abandona al ensueño, que es «contemplación primera».

La casa, en virtud de su recogimiento, puede ser el lugar más adecuado para favorecer dicha apertura. «La casa alberga el ensueño, la casa protege al soñador, la casa nos permite soñar en paz». Pero también puede convertirse en el objeto del propio ensueño que propicia. Recipiente y contenido (soñador y sueño): una casa auroral, de cristal, de agua, de intemperie. De este modo, es capaz de aunar dos movimientos que parecieran contradictorios, antagónicos: el de crear y el de contemplar lo creado.

Manuel Padorno (Canarias, 1933-Madrid 2002) contempla y crea su *Edenia*, y planta sus cimientos en el agua, lo que le asegura un continuo fluir; y la emparenta de este modo –como esencia más pura del espacio primigenio, del primer jardín o de la primera casa– con el tiempo. Criaturas hechas de agua recorren, una a una, las habitaciones interiores, sin pararse nunca, ni acomodarse

---

Manuel Padorno: *Edenia,* Tusquets, Barcelona, 2007.

en ellas. Pasan incesantes, sucesivas, ya que, pura duración, «algunas desconocen el espacio».

Así el caimán, «de blancas aguas,/ blanquecina su piel, corriente abajo; (...) el más blanco animal interminable».

O las vacas que «intercambian azules poco a poco,/ según entran al llano (...)» O el jaguar, «el más extenso de los animales./ El más largo de todos, el más largo», que «duraba algunos meses». «Igual el jabalí duraba un día. / Todo el día pasaba el cuerpo entero.»

Criaturas de superficie que son también «el fondo mismo, cuanto se veía». También otros, animales imposibles, singulares, pájaros desiguales, algunos «muy grandes, excesivos» otros «pequeños, que se vuelven/ diminutos, escasos por el día»; mariposas acuáticas, de cristal, de soplo; un pájaro incendiado, y su vuelo último, que ilumina y abrasa.

Todos circulando, abocados al cuello del reloj de arena que se invierte, que se estrecha, y a la posterior expansión en las estepas, en el ancho río, cuyas «aguas no se juntan nunca, corren/ paralelas, partidas por el centro», bebiendo unos de la mitad medio fría, libando los otros de la casi caliente, templadas ambas, y por tanto iguales, aunque sabiamente separadas para el diálogo. El poeta debe escucharlos a todos, debe dejar las puertas abiertas, las ventanas abiertas, debe beber –sin alinearse a uno u otro lado– «de la mitad».

Acercarse a *Edenia* es hollar un suelo no pisado, un mundo intacto, que es la materia prima del ensueño. Allí se respiran «los olores más intensos», y las cabras «parecen salirse de la línea». Allí el primer sabor, sin condimentos, recién pintados los «colores apenas vistos, casi inaugurales», «frutos desconocidos, flores iniciales».

Desde allí, donde se borran los límites, puede emprenderse «el más dulce recorrido». Con un salto decidido de la ficha que decide rebasar y contemplar el juego, «al salir de ese círculo (...) Es el camino/ que da precisamente al otro lado». Puede atisbarse el otro territorio, habitando en la marcha el camino y sus umbrales, «el pueblo del otro lado (...) que estaba a media milla/ de la razón». Si existen la puerta, el tirador, la llave, también existe la pulsión –en extremo peligrosa– de franquearlos. «Desde la puerta

misma, en adelante/ comenzaban las nuevas dimensiones/ un poco más a un lado que hacia el otro». Nuevas proporciones, porque en lo inédito se extreman los cambios: «tanto las aves como los insectos,/ los animales y los peces, todos/ cambiaban de tamaño, y de razones».

¿Nace *Edenia* del ensueño del que crea, o del recuerdo de haber sido creado? Perderse en el ensueño es perderse en el deseo de partir, de contemplar el interior de los ramos más apretados, de deshabitarse. Y es el propio deseo el único capaz de esbozar su objeto, que queda siempre acabado, apenas entrevisto. No parece éste sin embargo un engaño, un esfuerzo baldío. La imagen –que «tiende hacia lo infinito y conduce hacia lo absoluto»– bebe con la misma sed de la arcilla de la memoria y del barro no pisado, del lado izquierdo (la mitad solar, medio viva, medio caliente) o derecho del río (la mitad lunar, medio muerta, medio fría), pero siempre de un agua en continuo flujo, continuamente renovada.

Desde el puro centro, «mientras oigo/ que vivo retirado, solitario», a la intemperie («en una de ellas duermo./ La que tiene abiertas las ventanas para siempre»), reconociendo el trazado del círculo, su rostro devuelto, dibujado sobre su propia huella («estas sillas se hicieron muchas veces»), se hace fácil mirar el firmamento, ese «gran árbol de frutos encendidos», bordear su corteza, rasgarla en el traslado. Basta con habitar el río, nadar la casa ©

Masonería: sombras y luces

Isabel de Armas

No es ni una religión positiva, ni una escuela filosófica, ni un partido político. No, la masonería no es eso, decían, dicen y seguirán diciendo los masones en sus declaraciones de principios. La principal tarea de la masonería –añaden– es educar, instruir y moralizar a los hombres. Las contiendas religiosas, políticas y nacionales son obra de la sociedad profana. En la masonería no hay religiones, no hay partidos, no hay nacionalidad, no debe haber por consiguiente discordias ni guerras. Su misión es acabar con las diferencias que separan a los hombres, reconociendo la existencia del gran Arquitecto del Universo.

Sin embargo, y tal vez por aquello de que «cuando el río suena, agua lleva», el tan polémico dualismo masonería-política, y los eternos interrogantes que plantea, sigue en pié. A saber, ¿dónde se sitúa el límite entre el compromiso y la militancia política? ¿Dónde termina para un buen masón la defensa de los ideales democráticos y progresistas, Igualdad y Fraternidad, y dónde comienzan las actividades puramente políticas y partidistas? ¿Es posible realmente establecer una clara y diáfana línea divisoria? ¿Es posible distinguir entre la actuación de los masones como individuos y de la masonería como institución? ¿hasta qué grado pueden involucrarse en la defensa de sus ideales sin violentar gravemente su obligado y pregonado apoliticismo...?

En *Jefes de gobierno masones, España 1868-1936*, José Antonio Ferrer Benimelli, presidente del Centro de Estudios Históricos de

---

JoséAntonio Ferrer Benimelli, *Jejes de gobierno masones. España 1868-1936*, La Esfera de los Libros, Madrid 2007, 390 pp.
Gustavo Vidal Manzanares, *Masones que cambiaron la historia.18 semblanzas masónicas*, Editorial EDAF, Madrid 2007, 299 pp.

la Masonería Española desde 1983, pretende explicar cómo entendían la masonería y la política una serie de personajes que, para bien o para mal, han pasado a engrosar el listado de políticos españoles de una época muy concreta que además fueron masones con más o menos convicción, con lo que nos ofrecen un abanico lo suficientemente multicolor para no intentar fáciles generalizaciones o descalificaciones por un lado, ni convertir a los masones en la panacea y fórmula modernizadora y educacional del mundo contemporáneo español por otro. «La masonería y sus hombres –concluye este especialista de la historia de la masonería, en particular la española y la hispanoamericana- han tenido y siguen teniendo sus luces y sus sombras, quizás más sombras que luces, a pesar de la idealización romántica de algunos o el contubernio partidista de otros».

Entre la revolución de septiembre de 1868 y la sublevación militar del general Franco de julio de 1936, en el panteón de masones ilustres españoles encontramos a diez jefes de Gobierno que lo fueron. «Lista que hubiéramos podido incrementar –dice el profesor Ferrer–, entre el 18 de julio de 1936 y la disolución de la República española en el exilio, en 1977, al menos con otros cuatro más».

El autor de este libro comprueba dos momentos claves en los que la jefatura del Gobierno está desempeñada por masones. Los cuatro primeros, Juan Prim y Prats, Manuel Ruiz Zorrilla, Práxedes Mateo Sagasta y Segismundo Moret y Prendergast fueron miembros del Partidos Progresista y, al menos tres de ellos, protagonistas directos de la revolución de 1868 –que no tardaría en traer la Primera República– . Los demás corresponden a la Segunda República: Manuel Azaña, Alejandro Lerroux, Diego Martínez Barrio, Ricardo Samper Ibáñez, Manuel Portela Valladares, y Santiago Casares Quiroga.

En sus escuetas pero apretadas biografías, Ferrer Benimelli nos habla de las circunstancias personales de cada uno de estos mandatarios, y a través del análisis de sus figuras y trayectorias nos ayuda a comprender los entresijos de ese binomio masonería-política en torno al cual la historiografía se mueve constantemente, intentando mostrar si la masonería es en sí misma política o no y si los masones hicieron o no política a lo largo de la historia de España.

De los diez biografiados, Ferrer destaca que sólo dos alcanzaron los máximos cargos en la masonería, el de Gran Maestre y Soberano Gran Comendador del Grado 33 en la versión del Grande Oriente de España: Ruiz Zorrilla y Sagasta, y uno, Martínez Barrio, el de Gran Maestre de la Masonería, en este caso del Gran Oriente Español. Del general Prim puntualiza que apenas existe documentación fidedigna de su pertenencia a la masonería, si bien los testimonios de sus contemporáneos lo avalan suficientemente. Como contraste, destaca que de Martínez Barrio y su lealtad masónica, íntimamente vivida desde su juventud hasta su muerte, existe documentación abundante y rica. De la militancia masónica de Azaña dice que fue tan breve como anecdótica. De la de Ruiz Zorrilla y Sagasta juzga que en ambos casos estuvo muy vinculada a sus cargos políticos. «Otro tanto cabría decir –añade– de Lerroux, Portela Valladares y Casares Quiroga, en los que hubo connotaciones personales políticas un tanto sospechosas, si bien con matices particulares y por supuesto diferentes en cada uno de ellos».

De este turbulento periodo en el que centra su estudio, Ferrer Benimelli hace especial hincapié en las campañas que se llevaron a cabo contra la masonería en plena Segunda República y antes de la sublevación de Franco, campañas que consiguieron que la masonería en cuanto a organización fuera atacada por todos, empezando por la Iglesia católica y algunos sectores del Ejército, por los carlistas, los falangistas, la derecha, llámese CEDA o Acción Popular, pero también por los socialistas, comunistas, y sindicalistas de la UGT y CNT, a pesar de la militancia masónica de algunos de sus respectivos líderes.

Con este interesante y serio trabajo, su autor consigue poner luz entre no pocas sombras. Porque no es fácil delimitar la frontera entre masonería y política, entre el hombre masón y el hombre político.

Por un mundo mejor

Masones que cambiaron la historia. 18 semblanzas masónicas, es un libro sencillo, de amena y fácil lectura. Dirigido al gran

público no iniciado en el tema de la masonería, quiere ser pedagógico y, por eso, Gustavo Vidal se ha molestado en elaborar abundantes pies de página en los que aclara y explica quien es cada uno de los personajes que cita, cada nombre de batalla; cada fecha o acontecimiento, y hasta el significado de los símbolos más elementales de la masonería: el equilibrio de la plomada, la rectitud de la escuadra, la voluntad del mazo...

Miembro activo de esta sociedad no secreta pero sí discreta, Vidal Manzanares no tiene reparo sino orgullo en manifestar su pertenencia a la masonería. Se inició como masón en la Gran Logia de España de la que es miembro activo, y compagina su vida profesional –es licenciado en Derecho y pertenece al Cuerpo Superior de Técnicos de la Administración en la especialidad de Juristas– con una intensa dedicación a la Orden.

Para sus 18 semblanzas de masones que cambiaron la historia, su autor ha seleccionado seis latinoamericanos (Benito Juárez, José Martí, Simón Bolivar, José de San Martín, Salvador Allende y Lázaro Cárdenas del Río), cuatro españoles (Clara Campoamor, Antonio Machado, Vicente Blasco Ibáñez y Santiago Ramón y Cajal), seis europeos (Wolfgang Amadeus Mozart, Winston Churchill, Alexander Fleming, Henri Dunant , Albert Schweitzer y Garibaldi) y dos norteamericanos (George Washington y Franklin D. Roosevelt). El trabajo finaliza con un Apéndice que incluye una larguísima lista de «otros masones célebres», ya que a la masonería han pertenecido –nos recuerda Vidal– reyes, premios Nobel, escritores, músicos, filósofos, pintores, políticos, filántropos, artistas, pastores protestantes, presidentes de República... y, por supuesto, cientos de miles de ciudadanos humildes. De esta gran lista hemos de decir que, según la opinión de prestigiosos especialistas en historia de la masonería, no fueron masones todos los que en ella figuran. Por ejemplo, Vidal incluye a Castelar. Argüelles, Espartero, Pí y Margall, Mendizábal, Serrano, el duque de Rivas, Esproceda, Echegaray..., mientras que Ferrer Benimelli afirma que ninguno de todos estos, y otros más que también figuran, fueron masones.

Pero, vayamos al grano. Y el grano de este libro son 18 semblanzas, vistas desde la perspectiva masónica de su autor, de algunos de los principales miembros de la masonería, que contribuye-

ron a construir una sociedad más justa, y un mundo mejor, dejando en la historia una huella indeleble. Vidal se pregunta y responde a: ¿De qué modo influyó la masonería en sus vidas? ¿Qué importancia tuvieron las enseñanzas masónicas en sus trayectorias políticas, artísticas o científicas?

No cabe duda de que a estos 18 personajes les debemos una participación protagonista en acontecimientos tales como las primeras declaraciones de Derechos del Hombre, la lucha contra la esclavitud, el sufragio universal, el parlamentarismo, la Ilustración, en hitos científicos como la moderna neurología o el descubrimiento de la penicilina.

Entusiasta de la República, Vidal nos recuerda que, en 1931, la Segunda República de España estableció el sufragio universal, la libertad de prensa y la educación primaria obligatoria. «Docenas de masones –escribe– ocupaban escaños en el Congreso». «Pero la nación española –añade–, arraigada en la superstición de un catolicismo preconciliar, atenazada por el analfabetismo y los odios de clase, difícilmente podía asimilar la modernidad que el nuevo régimen anhelaba imprimir». «No puede decirse lo mismo –finaliza– de la Iglesia protestante española, también llamada Iglesia evangélica. En aquellos tiempos los protestantes jugaron un importante papel en el seno de las logias españolas y en la defensa de la libertad de conciencia y el librepensamiento».

Como nota dominante y positiva de la masonería, Gustavo Vidal apunta el universalismo «que ha llevado a masones de otros tiempos y lugares a fundar la Cruz Roja, los Boy Scout, los Rotarios, la Sociedad de Naciones o la Unión Europea».

El autor de este libro no quiere ser apologista, pero menos, detractor ya que, en todo momento camina por la vía del elogio y nunca de la condena. Está convencido de que el afán de mejora de uno mismo y de la sociedad, así como el uso de la razón y de los ideales de la libertad, igualdad y fraternidad, constituyen el hilo que ha unido a tantas personalidades para ingresar en la masonería.

Ni que decir tiene que, Gustavo Vidal está mucho más cerca de la idealización romántica de algunos que del contubernio partidista de otros.

Del mito a la realidad

Si en sus respectivos libros, Ferrer Benimelli nos habla de la masonería desde la perspectiva del estudioso y Vidal Manzanares lo hace desde el fervor del creyente, hay un tercer libro, también escrito por un español, que complementa la visión de estos dos autores. El título habla por sí solo: *Masonería al descubierto. Del mito a la realidad*, y su autor es Pepe Rodríguez (Editorial Temas de Hoy, Madrid, 1ª edición, octubre 2006).

Rodríguez desmonta en su trabajo todas esas falsas atribuciones que se han ido acumulando durante siglos, proporcionando un minucioso y apasionante relato histórico y sociológico de la masonería. La parte que nos interesa comentar aquí es la que dedica al desarrollo de la Orden en la España de las últimas décadas, tanto en los años de la represión franquista como, fundamentalmente, en la reaparición de la masonería junto al inicio de la transición política y en su agitada evolución y desarrollo hasta el momento presente. Esta última parte, que ocupa casi la mitad de las páginas de este extenso trabajo, es la que me parece complementaria de los dos libros comentados, en los que, tanto Ferrer como Vidal hablan de importantes masones muertos, mientras que Rodríguez trata de masones vivos, poniendo a todos ellos nombre y apellido. Si el primero de estos autores intenta descubrir luz entre abundantes sombras, el segundo nos muestra un remanso de paz y de reflexión, en tanto que el tercero destapa un auténtico guirigay.

De las nuevas obediencias masónicas, Pepe Rodríguez cuenta que en pleno franquismo, en 1953, un pequeño grupo de masones regresados del exilio, sin soporte de nadie, creó una logia, denominada *Delano Roosevelt*, en el barrio barcelonés de Sants, pero fueron detenidos y encarcelados al poco tiempo de poner en marcha su proyecto. «La actividad masónica durante el franquismo –comenta– fue nula en suelo español aunque activa y fructífera dentro de las bases norteamericanas asentadas en España, en las que, tras los acuerdos bilaterales de 1953 con Estados Unidos, se forzó a Franco a aceptar la presencia de logias masónicas abiertas en todas ellas, aunque el dictador impuso por condición que no pudiesen afiliarse a ellas los españoles».

Iniciada ya la transición política, en marzo de 1976 se creó la logia *Cataluña*, sin embargo, la actividad pública de la masonería española durante las tres últimas décadas, anda todavía lejos de ser percibida con normalidad por el conjunto de la sociedad. «La Iglesia católica –escribe Rodríguez– lleva más de doscientos cincuenta años atacándola y difamándola, los políticos de casi cualquier tendencia la han visto con mucha desconfianza, y la universidad la ha ignorado y obviado meticulosamente hasta hoy».

El día 3 de julio de 1979, el Tribunal Supremo fallaba a favor del Gran Oriente Español y ordenaba al Ministerio del Interior, que aceptase la inscripción de dicha entidad en su registro oficial de asociaciones. A partir de entonces, la Orden comenzó a crecer y, también a partir de entonces –como cuenta Rodríguez con todo lujo de detalles–, las desavenencias entre las diferentes logias comenzaron a ser muchas y, al igual que siempre había sucedido en la historia de la masonería española, de ellas surgieron, progresivamente, los núcleos que darían lugar a las principales obediencias actuales. Finalmente, desde marzo de 2001, todas las Logias del Grande Oriente Español suspendieron sus trabajos ritualísticos y abatieron sus columnas, integrándose sus miembros en Logias de la Gran Logia de España.

Mucho, muchísimo se ha escrito sobre la masonería y los masones a lo largo de los últimos siglos. Estos tres libros, por sus variados enfoques, suponen una interesante aportación para quienes deseen empaparse del tema



Sólo los que leen
miran más alto que yo.

fil PR

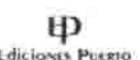
DÉCIMO
ANIVERSARIO

X Feria Internacional del Libro de Puerto Rico
Presentador Oficial
Instituto de Cultura Puertorriqueña
Centro de Convenciones de Puerto Rico, 13 al 18 de noviembre de 2007

Aliados y Patrocinadores

Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe - Facultad de Ciencias Sociales, UPR, RP
Programas de Servicios Bibliotecarios, DE - DEHONITE












RICOH


Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana



Revista Iberoamericana

Directora de Publicaciones
MABEL MORAÑA

Secretario Tesorero
BOBBY J. CHAMBERLAIN

Suscripción anual

Socios	U$S 65.00
Socio Protector	U$S 90.00
Institución	U$S 100.00
Institución Protectora	U$S 120.00
Estudiante	U$S 30.00
Profesor Jubilado	U$S 40.00
Socio Latinoamérica	U$S 40.00
Institución Latinoamérica	U$S 50.00

Los socios del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana reciben la *Revista Iberoamericana* y toda la información referente a la organización de los congresos.

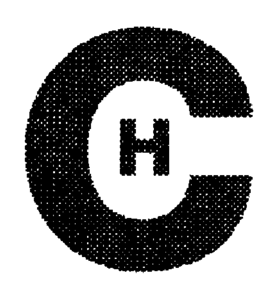
Los socios protectores del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana reciben la *Revista Iberoamericana,* todas las publicaciones y la información referente a la organización de los congresos.

INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA
Revista Iberoamericana
1312 Cathedral of Learning
University of Pittsburgh
Pittsburgh, PA 15260
Tel. (412) 624-5246 • Fax (412) 624-0829
iili+@pitt.edu • http://www.pitt.edu/~iili

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

LOS DOSSIERS

Cuadernos Hispanoamericanos



Boletín de suscripción

DON

CON RESIDENCIA EN

CALLE DE , NUM

SE SUSCRIBE A LA REVISTA **Cuadernos Hispanoamericanos** POR EL TIEMPO DE

A PARTIR DEL NÚMERO,

CUYO IMPORTE DE

SE COMPROMETE A PAGAR MEDIANTE TALÓN BANCARIO A NOMBRE DE **Cuadernos Hispanoamericanos.**

....................DE .... DE 2007

El suscriptor

REMÍTASE LA REVISTA A LA SIGUIENTE DIRECCIÓN

Precios de suscripción

		Euros	
España	Un año (doce números)	52 €	
	Ejemplar suelto	5 €	
		Correo ordinario	*Correo aéreo*
Europa	Un año	109 €	151 €
	Ejemplar suelto	10 €	13 €
Iberoamérica	Un año	90 $	150 $
	Ejemplar suelto	8,5 $	14 $
USA	Un año	100 $	170 $
	Ejemplar suelto	9 $	15 $
Asia	Un año	105 $	200 $
	Ejemplar suelto	9,5 $	16 $

Pedidos y correspondencia: Administración de Cuadernos Hispanoamericanos. Agencia Española de Cooperación Internacional. Avda. de los Reyes Católicos, 4. Ciudad Universitaria. Madrid. España. Teléfono: 91 583 83 96







DIRECCIÓN GENERAL
DE RELACIONES
CULTURALES Y CIENTÍFICAS

